



LAS MUJERES
MUERTAS
NO LLORAN

DANILO **LUNA**

A mi esposa, Rocío.
Por ser la primera lectora,
correctora y crítica de esta historia.

LAS MUJERES MUERTAS NO LLORAN

DANILO LUNA

Selene Vega es una de las personas más peligrosas del planeta. Su capacidad para la violencia solo es superada por su férrea determinación.

Tras desobedecer una orden directa de su misterioso empleador, un hombre solo conocido como El Ruso, fue atacada de forma salvaje por sus ex compañeros y dada por muerta. El gran error fue no asegurarse de que su corazón realmente hubiera dejado de latir.

Cuando de inicio a su venganza, Julieta Bravo, comandante de la División de Investigaciones Especiales de la Procuraduría General de la República se dará cuenta de que la elusiva organización de asesinos que ha intentado rastrear por años es real y está muy cerca de ella, más de lo que había imaginado y mucho más de lo que quisiera.

Quienes fallaron en acabar con Vega pronto entenderán que no es buena idea despojar a una de las mujeres más mortíferas que existen de todo lo que es importante para ella, y la comandante Bravo aprenderá que las mujeres muertas no lloran.

© Todos los derechos reservados.

Las letras son para todos. Si quieres utilizar este texto o parte del mismo, por favor comunícate conmigo.

Mail: eldaniloluna@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/ElDaniloLuna>

Twitter: <https://twitter.com/eldaniloluna>

Las mujeres muertas no lloran

© Danilo Luna Camacho
México, Enero de 2018

CONTENIDO

LAS MUJERES MUERTAS NO LLORAN

Capítulo 1 - El bueno de Martínez

Capítulo 2 - El cadáver en la sala

Capítulo 3 - Un cerdo al matadero

Capítulo 4 - Un aviso

Capítulo 5 - Eligiendo en quién confiar

Capítulo 6 - Cuentas pendientes

Capítulo 7 - El cadáver en calzoncillos

Capítulo 8 - El primer trabajo

Capítulo 9 - Cayendo como moscas

Capítulo 10 - La primera y la última

Capítulo 11 - La enemiga de mis enemigos...

Capítulo 12 - Las asesinas no bailan samba

Capítulo 13 - La mujer misteriosa

Capítulo 14 - Ni las balas duelen tanto

Capítulo 15 - Consulta al oráculo

Capítulo 16 - El filo de las hojas grita

Capítulo 17 - No es lo mismo ver los toros...

Capítulo 18 - Segunda llamada

Capítulo 19 - Un voto de confianza

Capítulo 20 - Ya casi es hora, Julieta

Capítulo 21 - Los rusos duros no ruegan

Epílogo - El mundo no para

Nota del autor

Otras obras del autor:

Capítulo 1

El bueno de Martínez

Jueves, 10:27 P.M.

A Vega le encanta la oscuridad. Ha sido así desde que tenía 11 años. Después de lo que le pasó a esa edad, otras personas —la mayoría de las personas— hubieran desarrollado un miedo incontrolable a la falta de luz, pero no ella. Vega es diferente. Aún ahora no sabe si aquel lejano evento la cambió o solo hizo surgir algo que ya estaba ahí esperando una oportunidad para salir a la superficie.

Al menos se engaña a sí misma al decir que no lo sabe. En su interior conoce la respuesta. A vega le encanta la oscuridad casi tanto como la violencia y lo que le pasó cuando era una niña solo despertó al monstruo que dormía bajo frazadas de la princesa de Disney en turno.

Puede escuchar el sonido de pasos proveniente del exterior del lujoso domicilio a pesar del ruido que hay en la calle en la siempre bulliciosa Ciudad de México. Martínez siempre ha sido muy cuidadoso cuando tiene una misión pero cae en excesos de confianza cuando acaba el día. Ella misma le advirtió en más de una ocasión que ese tipo de zapatos italianos de diseñador que le gusta usar son de suela muy ruidosa, pero por supuesto él respondió que estaba exagerando.

También sabe que llega solo, pero esa no es una sorpresa. Nunca lleva a sus amantes ocasionales a ese lugar, para eso tiene ese pequeño departamento en las afueras, después de todo, en la línea de trabajo que han elegido revelar su homosexualidad causaría que sus compañeros dejaran de respetarlo y sin respeto no duraría mucho tiempo con vida.

Eso, por supuesto, si lo atacaran entre todos, porque gay o no es más que capaz de mandar al infierno a todos sus colegas, uno a uno.

El bueno de Martínez, sin duda el más agradable y mejor compañero de todos, piensa Vega mientras respira profundamente y se asegura de estar lo suficientemente calmada para no hacer un solo sonido. Siempre me pregunté si alguien además de mí sabría de su preferencia, bueno, orientación sexual, que una vez me explicaron que no es lo mismo. Sé bien que sabe que yo lo sé,

pero nunca hablamos de eso, no era necesario. También sé que sabe que mi respeto hacia su trabajo y hacia sus habilidades nunca fue ni será mermado por banalidades como esa.

Y es precisamente por eso que está de rodillas en ese rincón, el más oscuro de la sala mientras espera la llegada del hombre al que ha estado más cerca de considerar una especie de figura paterna durante la segunda mitad de su vida. Ese hombre tiene que morir esa misma noche o todo lo que ha estado planeando por casi un año se irá al carajo. Y muy rápido.

Sabe que es imperativo mantenerse en las sombras y actuar rápido si quiere tener una oportunidad contra él. Un momento de duda, un simple titubeo y se acabó. Martínez es el más peligroso de todos y esa es tan solo una de las razones por la que tiene que ser el primero en morir.

Con sus ojos perfectamente entrenados evalúa el entorno una vez más. Lo más sencillo sería dispararle, pero no, tiene que verla, tiene que saber que es ella quién le quita la vida, además matarlo por la espalda sería indigno para los dos.

Así que observa todo de nuevo como si no lo hubiera hecho decenas de veces en los últimos 90 minutos. Sabe que si es eficiente le bastará con su daga de combate y no tendrá que recurrir a nada más, pero por si acaso ha ubicado el cajón de los cuchillos y dos grandes sartenes de hierro vaciado que pueden ser de mucha utilidad en un momento de desesperación, ya sea como escudos o como objetos contundentes. La sola idea de matar a un hombre que ha acabado con guardaespaldas entrenados, operativos de fuerzas especiales, sicarios, revolucionarios y más *a sartenazos* le hace gracia, pero cuando es tu vida la que está en juego tienes que recurrir a lo primero que encuentres, por poco ortodoxo que parezca.

Escucha el ruido de las llaves chocando unas contra otras dentro de la bolsa del pantalón de Martínez al meter la mano e inmediatamente después el leve chirrido cuando una de ellas entra en la cerradura. Son de esos pequeños sonidos que la mayoría de la gente ya no oye, su cerebro no los considera importantes y los bloquea, pero las personas como ellos son... diferentes.

Sabe muy bien que no puede verla, ni siquiera con la luz que deja entrar al abrir la puerta. Su ángulo de visión, por el momento, no llega a su posición y se aseguró de no hubiera ninguna superficie reflejante que pudiera delatarla.

Martínez y sus 191 centímetros de estatura —mejor ni hablemos de los 95 kilos de peso—, entran con pasos confiados. Vega no puede evitar notar la ironía al verlo dejar sus llaves en el tazón que ella le regaló tres años atrás y

que adorna el mueble junto a la puerta. Camina directo hacia el refrigerador y recuerda que que una vez le dijo que lo primero que hacía al llegar a su casa era sacar una cerveza, solo una, porque nunca ha bebido mucho.

Lo sigue con la mirada y se da cuenta de que ha sido descubierta al verlo dar su tercer paso. Hubo un pequeño cambio de presión al pisar que hubiera resultado imperceptible para observadores con menos entrenamiento que ella, pero ahí está, pudo verlo en la forma en que se acomodó su pierna. Martínez sigue caminando pero es claro que sabe perfectamente que hay alguien observándolo y no solo eso, sabe exactamente en dónde está. Lo que todavía no ha deducido es de quién se trata o ya se hubiera lanzado al suelo disparando hacia su dirección tratando de ganar ventaja.

El bueno de Martínez, de nuevo, con ese exceso de confianza.

Sin dudar abre la puerta del refrigerador y toma la cerveza con la mano izquierda. Quiere tener la derecha libre para tomar la pistola que lleva en la funda aún oculta por el saco que no se ha quitado. La Ciudad de México es fría en noviembre y la necesidad de usar sacos y chaquetas siempre representa una ventaja para quienes acostumbran llevar un arma oculta hasta cuando van al supermercado.

Vega, atenta, nota que sus dedos se tensan por una fracción de segundo, solo un pequeño instante antes de relajarse de nuevo y se da cuenta de que está listo para actuar. En un movimiento rápido, como si fuera una serpiente, saca su Beretta de calibre nueve milímetros de la pistolera y con la misma inercia comienza a girar para buscar a su objetivo.

Y ese momento, el momento en el que muestra su mano armada es el que Selene ha esperado por una hora y media.

Nunca hubo nadie en el grupo que superara su puntería con cuchillos. La daga que lanza desde su posición se clava directamente de forma transversal en la muñeca derecha de Martínez, haciéndolo soltar el arma.

Aprieta los dientes pero no grita. Sabe que tendrá que levantar su pistola con la mano izquierda pero para ese momento su atacante ya está corriendo hacia él con toda la velocidad de la que es capaz.

Coloca sus manos en el respaldo de un sillón y las utiliza para impulsarse en un movimiento que él le enseñó hace años, lo que constituye la segunda ironía de la noche. La luz que sale del refrigerador aún abierto revela su identidad en el mismo momento en que su pie derecho impacta su pecho y el izquierdo su rostro. Martínez la mira con los ojos bien abiertos mientras cae de espaldas y la cerveza se hace pedazos en el piso.

Vega pateo la pistola para dejarla fuera de su alcance y le devuelve la mirada. Podría lanzarse con una rodilla sobre su cabeza y tratar de acabar la pelea en ese momento pero se detiene por un segundo para ver la reacción en su cara. Grave, grave error.

Su antiguo mentor aprovecha ese instante para ponerse de pie como impulsado por un resorte. Con la mano izquierda toma la daga que hasta hace un par de segundos estuvo clavada en su muñeca derecha. Los dos saben que de momento las palabras sobran y también están conscientes de que él es mejor peleador que ella. En condiciones normales no tendría oportunidad.

Lanza un filoso golpe directo a su cuello; a diferencia de ella quiere acabar la pelea rápido. Vega sabe que desperdició una oportunidad única pero no tiene tiempo para maldecir su estupidez, ya podrá hacerlo si es que sale con vida. Lo único que espera es que la herida en su muñeca le de una pequeña ventaja. Y lo hace. Esquiva el letal embate y golpea con el dorso de la mano el punto sangrante. Martínez ni siquiera gruñe pero no puede evitar que su cuerpo se frene por un momento. La asesina aprovecha para lanzar una patada directa a su mano y la daga cae rodando por debajo del mueble en donde está empotrada la estufa, fuera del alcance de ambos.

Él la mira con cierto respeto, ella le devuelve una mirada vacía. Sería muy aventurado decir que Martínez siente miedo cuando jamás en su vida se ha sentido intimidado por nadie, pero también es cierto que nunca había visto unos ojos como los que tiene su malograda pupila en ese momento.

Sabe que puede vencerla, pero también sabe que no es algo que se va a dar de forma sencilla. Comienzan a intercambiar golpes sin cuartel. Ambos son expertos en *krav magá* pero él le ha enseñado muchos de los movimientos que domina y eso comienza a notarse. Vega empieza a preocuparse al darse cuenta de que aunque sus golpes encuentran el cuerpo de Martínez parecen hacer menos daño que los que ella recibe. Le queda claro que no va a durar mucho si sigue peleando a su ritmo.

Así que tiende la trampa. Después de evitar un codazo baja su brazo izquierdo dejando al descubierto su cabeza para darle un blanco perfecto y difícil de ignorar. Martínez muerde el anzuelo y lanza una patada lateral con suficiente poder para destrozar su craneo, si lo hubiera encontrado, pero la cabeza de Vega va hacia atrás aún antes de que la pierna empiece su movimiento. Martínez se da cuenta de su error cuando su pierna va en el aire y ella ve en sus ojos que sabe que está perdido.

Aún así su pie pasa a milímetros del rostro de su ex colega. Sujeta su

muslo con el brazo izquierdo en forma de gancho y cierra la mano derecha justo por debajo su rodilla. Gira levemente para asegurarse de que el talón y la parte interna del tobillo estén justo sobre la solida barra de la cocina, que también había medido mientras esperaba, y se deja caer con sus 65 kilos de peso para rodar de forma explosiva al tocar el suelo. El sonido del fémur al dislocarse de la pelvis no es nada comparado con el horrible crujido de la tibia al partirse en dos y dejar una sangrienta fractura expuesta con el hueso asomando por el pantalón.

Es claro que la pierna derecha ya no le sirve de nada y el brazo del mismo lado está adormecido por la herida en la muñeca pero Vega no piensa tomar más riesgos. Su oponente ni siquiera trata de resistirse cuando toma su brazo izquierdo y le parte el hombro en un solo movimiento. Martínez se queja por primera vez, pero ni siquiera en ese momento se permite gritar.

Supongo que no me vas a dar ese gusto, piensa Vega mientras lo ve, con la mirada vacía. No te preocupes, no lo esperaba. Con que mueras es más que suficiente.

Se coloca en cuclillas frente a él, recargándose en uno de los muebles para recobrar el aliento y lo ve directamente como si fueran un par de amigos compartiendo un momento. Después de todo, lo son.

—Te ves muy bien, Selene. Sobre todo considerando que tienes un año muerta —dice con una sonrisa.

La única respuesta de su parte es el silencio. No tiene nada que decirle y la pelea la dejó agotada.

—Supongo que lo que sigue es matarme. No te preocupes, te entiendo perfectamente. Te mereces tu venganza y mereces disfrutarla. Después de lo que hicimos no puedo decir que te culpo.

Estoy de acuerdo pero ¡maldita sea!, no lo estoy disfrutando. No siento placer, no siento odio. No siento nada.

—Aunque si de verdad quieres vengarte, deberías dejarme vivo —continúa con un ligero temblor de dolor en la voz que se está volviendo imposible de disimular—. Evidentemente mi pierna nunca volverá a ser la misma, posiblemente hasta la pierda; mi hombro izquierdo puede sanar, pero desde este momento sé que nunca recuperará la fuerza que tenía y mi mano derecha, bueno, no puedo mover los dedos, así que estoy seguro de que cortaste los nervios de tajo. Me has convertido en un perfecto inútil.

Vega sigue en silencio. Una de las razones por las que tenía que ser el primero es porque él era el mejor, el más hábil y el más listo. Si hubiera

empezado con los otros él se daría cuenta de quién los está matando y seguramente también encontraría la forma de tenderle una trampa.

Pero hay otra razón: Martínez era su amigo, tal vez todavía lo considera así. Ni siquiera lo culpa. En este negocio sigues las ordenes que te dan o te pasa lo que le pasó a ella. Tenía que ser el primero en morir para evitar que algo la hiciera cambiar de opinión y pensara en dejarlo vivir.

—Sí, lo más cruel sería dejarme vivo —repite sonriendo—. Ya no soy apto para hacer este trabajo y si me dejas así sufriré bastante dolor antes de que sean ellos mismos quienes decidan que es mejor acabar conmigo. Pero por supuesto, tú no eres de las que dejan cosas a medias y eso me da gusto, porque si me dejas vivo, Selene, me mataré yo mismo en el momento en que salgas por esa puerta.

No, Vega no es de las que dejan cosas a medias. Toma un cuchillo de cocina con su mano izquierda y coloca la punta sobre su pecho, justo sobre el corazón, mientras pone su palma derecha en la parte superior del mango. Su mirada sigue sin expresión cuando empuja con un solo y limpio movimiento y ve los ojos de su ex compañero abrirse desmesuradamente.

—Lamento mucho lo que te hicimos —susurra con las pocas fuerzas que le quedan mientras un hilo de sangre sale de sus labios—. Sabes muy bien que estaba en contra de eso, lo estaba, de verdad, pero en este mundo, en este trabajo de mierda que elegimos, órdenes son órdenes.

A pesar de todo hay sinceridad en esos ojos moribundos y ella lo sabe. Lo sabe, aunque ya no hace ninguna diferencia.

—No te preocupes por eso, ya está en el pasado, ya no me importa —contesta al fin mientras saca el cuchillo de su pecho para provocar el ingreso de aire y acelerar su muerte—. Las mujeres muertas no lloran.

Capítulo 2

El cadáver en la sala

Viernes, 01:15 A.M.

El sonido del teléfono la despierta casi de inmediato. Julieta Bravo hace esfuerzos por enfocar la vista y el parpadeante reloj del buró le dice que es la 01:15 de la madrugada. Tras 10 años como agente de la Policía Investigadora y tres de ellos como comandante de la División de Investigaciones Especiales sabe que quien le llame a a esa hora no lo hará precisamente para ofrecerle un nuevo plan de datos móviles o aun beneficio extra en su seguro de vida.

Además de eso, el nombre que aparece en la pantalla del móvil le indica que no le hablan para darle una buena noticia. También le dice que tiene que contestar aunque no sienta deseos de hacerlo.

—¿Qué demonios quieres a esta hora, Montaña?

—Lo siento, comandante. No le llamaría si no fuera urgente.

—Sí, sí, cómo sea. Dime, ¿qué pasa?.

—Tenemos a un muerto. Asesinado dentro de su casa de una manera bastante violenta y siento que me estoy quedando corto. Le mando la ubicación a su teléfono en este momento.

—Espera, espera —reclama mientras reprime un bostezo—. ¿Cómo que me mandas la ubicación? Dices que es un homicidio, pues que se encargue el comandante Pérez, que a fin de cuentas es quien lidera la División de Homicidios y de seguro ni necesita ni desea mi ayuda.

Montaña queda en silencio. Si no fuera porque escucha el ruido de los agentes en la escena del crimen, Julieta pensaría que se cortó la llamada.

—¿Por qué te quedaste callado Montaña, qué pasa?

—comandante, es que... fue precisamente el comandante Pérez quien me pidió que la llamara. Lo que pasa es que...

—¡Habla, Montaña que no son horas de andar con idioteces!

—Hay una nota junto al cadáver. Solo tiene cinco palabras, pero creemos que va dirigida a usted. Bueno, puede haber otro comandante Bravo pero no nos vino nadie a la mente.

—¿A mí? Montaña, te juro que si sigues con rodeos voy a hacer que te

asignen a cuidar el pinche rancho de un político en el lugar más alejado que encuentre. ¿Qué dice la nota?

—Solo dice: *Siempre tuvo razón, comandante Bravo.*

Julieta tarda unos segundos en comprender las implicaciones de escuchar su nombre en el funesto mensaje. ¿Es una amenaza? Trata de llegar a varios posibles escenarios pero invariablemente acaba aterrizando en la misma conclusión, recordando la última vez que apareció una nota misteriosa con su nombre, seis años atrás. Esta puede ser la prueba de que estaba en lo correcto y sin embargo nunca había querido tanto estar equivocada.

El mensaje, por supuesto, lo cambia todo. Enciende la luz y pone el teléfono en altavoz mientras empieza a quitarse su eterna camiseta para dormir, legado de un ex novio, aunque no recuerda bien de cuál mientras se pregunta en dónde dejó el jodido sostén. Aún con la gravedad de la situación se toma un par de segundos para admirar el recién hecho tatuaje de mandala justo debajo de sus pechos.

Más vale que funciones, piensa al recordar que el tatuador le dijo que las mandalas de estrellas significan protección. En realidad a ella solo le gustó el diseño.

—¿Quién es la víctima, Montaña?

—Según su licencia, se llamaba Luis Fernando Martínez Muñoz, ¿el nombre le dice algo?

El nombre le dice mucho, pero no piensa compartir esa información en primera instancia. No hasta saber más.

—¿Te dice algo a ti?

—Nada, no tiene antecedentes, pero llevaba una pistolera de las que ocultan el arma dentro del saco. Encontramos la pistola tirada debajo de un sillón, una nueve milímetros. Balística tiene que confirmarlo, pero aparentemente no fue disparada.

—Entiendo.

De pronto se percata de que no ha preguntado la causa de la muerte, pero, ¿matar a alguien tan peligroso —sí, el nombre le dice mucho— sin que tuviera siquiera oportunidad de disparar para defenderse? Sin duda fue un trabajo profesional. Pensaría que obra de un francotirador pero entonces el arma no habría estado bajo el sillón, sino en la misma funda.

—¿Causa probable de la muerte? —pregunta mientras termina de ponerse el pantalón y trata de ubicar los zapatos.

—Un cuchillo clavado directo en el corazón. Ya no lo tenía en el pecho,

pero sí estaba tirado al lado, lleno de sangre. Antes de eso lo molieron a golpes. Tiene hematomas por todo el cuerpo, una fractura expuesta en la pierna, un brazo completamente al revés, una herida de arma blanca en la muñeca, por mencionar lo más visible.

—¿Cuántos atacantes?

—Tendremos que confirmarlo, pero todo parece indicar que fue una sola persona.

Esa última aseveración hace que Bravo se detenga por un momento. ¿Un solo atacante? Si la mitad de lo que sabe de ese hombre es cierto le parece imposible de creer. Ella por lo menos y con todo su entrenamiento dudaría en enfrentarse a él aunque estuviera desarmado y ella tuviera un machete.

—Enterada. Voy para allá —dice después de confirmar que la ubicación ha llegado a su teléfono móvil.

Mientras conduce hacia la escena no puede evitar pensar que está a punto de meterse en algo muy peligroso. Luis Fernando Martínez Muñoz es —era— posiblemente una de las personas más peligrosas de México, pero claro, eso no lo sabe casi nadie.

El destello de las luces rojas y azules le dice que está a punto de llegar. A pesar de que lo había investigado por mucho tiempo, nunca pudo averiguar en dónde vivía, ciertamente no pensó que sería en Polanco, una de las zonas más exclusivas de la Ciudad de México con departamentos que cuestan entre un millón y un millón y medio de dólares. Nada mal para un asesino.

Se estaciona esquivando a los curiosos que a pesar de la hora se encuentran por fuera del domicilio. Desde ese momento puede adivinar cuáles serán las declaraciones de los vecinos: *era una excelente persona, nunca nos imaginamos nada malo, era tan amable con todos*. Lo típico en estos casos.

Los agentes la miran con curiosidad e incluso con desconfianza en cuanto se baja del auto. Eso le dice que quienes están adentro no han hecho un buen trabajo protegiendo la información y todos afuera saben de la nota con su nombre, pero bueno, no podía esperar mucho de Pérez, la aborrece tanto que no dudaría que la información no se haya filtrado por accidente sino porque él lo haya ordenado.

El recuerdo de la quijada de su colega quebrándose en aquella sesión de entrenamiento más de nueve años atrás cuando ambos eran novatos y él dijo que *las viejas deben dedicarse a la casa y no a ser policías*, pone una sonrisa en su rostro.

¿Quién hubiera pensado que además de machista sería rencoroso?, piensa divertida. Después de todo solo le tomó seis meses poder volver a masticar. Debería agradecerme por todo el peso que bajó con esa dieta líquida.

—¿Algo te parece gracioso, Bravo? —pregunta Pérez parándose frente a ella con su estúpida gorra de camuflaje y su horrible camisa de tipo hawaiano con palmeras, flores y peces de colores.

A pesar de estar en una escena del crimen en donde por cierto hay un tétrico mensaje con su nombre, Julieta tiene que hacer gala de todo su autocontrol para no echarse a reír.

—Nada, Manuel. De pronto recordé algo —contesta con toda la seriedad posible—. Después de tantos años deberíamos ser capaces de llamarnos por nuestros nombres de pila, ¿pasamos?

—No te llamamos para socializar y la situación en la escena está bajo control, Bravo. —Mueve la cabeza como niño berrinchudo al decir su apellido—. Te llamamos para que nos expliques por qué encontramos tu nombre en una escena de asesinato.

—¿Me dejas pasar? No pienso decir nada hasta que lo vea.

El comandante de la División de Homicidios la mira directamente. Ella se da cuenta de que está pensando mandarla a la mierda y técnicament, podría hacerlo, pero a pesar de que es un maldito cerdo no es un completo idiota a la hora de hacer su trabajo. También sabe que puede tener información relevante.

—Adelante —dice alargando la palabra y haciendo una estúpida reverencia como si estuviera tratando a una princesa.

Todos los agentes de la División Científica que están en el departamento se detienen en cuanto pone un pie dentro. Están tratando de decidir si el mensaje con su nombre la hace complice o blanco de una amenaza. Cualquiera que sea la respuesta, probablemente no sea buena idea estar cerca de ella en ese momento.

Camina directamente hacia el cuerpo. Nunca había visto a la víctima en persona y la única foto que tiene de él fue tomada hace más de 15 años, pero su rostro, aún golpeado, es inconfundible. También están ahí sus dos viejas cicatrices: una sobre el ojo derecho y otra en la quijada, entre la oreja izquierda y la barbilla.

Sabe por la información a medias que ha recolectado que mide más de un metro 90, de complexión atlética, musculoso, pero no exagerado,

posiblemente con peso por encima de los 90 kilos. Al verlo tirado en el piso le parece que se ve mucho más pequeño.

Lo primero que mira es el hueso saliendo de su pierna. Se necesita mucha fuerza para lograr algo así. A menos que...

—Le quebró la pierna sujetándola desde arriba y abajo de la rodilla y haciendo palanca con esta barra —afirma señalando el mueble de la cocina mientras se imagina el dolor que debió de sentir.

—¿No me digas? Aunque te parezca increíble, ya habíamos deducido eso sin ti, *Sherlock* —contesta Pérez con su molesto tono de voz.

Bravo voltea a verlo directamente a los ojos pero se detiene un segundo mirando su quijada. Su expresión le dice que el gesto y el punto en el que se enfocó no han pasado desapercibidos.

—Mira, Julieta —dice con un tono repentinamente conciliador—, no te llamé para discutir. Si hay algo que puedas aportar en este caso podemos verlo juntos, pero por lo pronto lo más importante es que me digas qué sabes de la víctima y por qué dejaron una nota con tu nombre a un lado. Si estás en peligro, debemos protegerte.

Eso o interrogarme, piensa Bravo. Ambos sabemos cuál de las dos opciones te gustaría más.

Sabe muy bien lo que seguirá después de la respuesta. Casi todos sus colegas, si no es que todos, niegan la existencia de este grupo, incluso han corrido el rumor de que esta loca y de que pronto será sometida a exámenes psicológicos que no pasará, así que aquí vamos, ya casi puede escucharlos: *la desquiciada de Julieta Bravo de nuevo hablando de conspiraciones y organizaciones secretas al estilo de James Bond.*

Aun así, se atreve a hablar. Tiene años siguiendo pistas que acaban en callejones sin salida y esta puede ser la primera oportunidad real que tiene de llegar al fondo de un tema que la ha obsesionado por años.

—Tal vez porque me estoy acercando y por alguna razón quien mató a este hombre quiere que siga indagando —dice mirándolo a los ojos—. Pérez, he investigado a la víctima de forma intermitente durante varios años, recolectando lo que puedo de aquí y de allá, aunque admito que he tenido poco éxito.

—¿A qué te refieres? —dice con una mirada de incredulidad—. No tiene antecedentes de ningún tipo.

Julieta Bravo respira profundamente antes de dar la respuesta. Voltea a ver el cadáver de nuevo antes de levantar la mirada para ver a su colega

directamente a los ojos.

—Luis Fernando Martínez Muñoz era el asesino más peligroso de *Samedi*, una organización responsable de más de 100 homicidios en varios países alrededor del mundo durante casi dos décadas.

Capítulo 3

el segundo en la lista

Jueves, 11:32 P.M.

Vega está completamente molida después del encuentro con Martínez. Le encantaría irse al sucio departamento que ha estado rentando por meses, sentarse en el piso de la regadera y quedarse dormida bajo el chorro de agua caliente, pero tiene que aprovechar el tiempo lo más que pueda antes de que los otros se pongan en alerta, si no es que lo han hecho ya.

No, es muy temprano para eso. Está segura de que aún no han encontrado el cuerpo de su ex mentor y puede acabar cuando menos con uno más, posiblemente incluso dos antes de que eso suceda.

Se recarga en el asiento del auto, un muy común Nissan Versa modelo 2015 escogido precisamente para no llamar la atención y siente cómo crujen sus articulaciones. Una mujer de 27 años no debería sentirse como una pobre anciana adolorida, pero es lo que hay.

Aún así le queda claro que pudo ser mucho peor. Tuvo suerte de que Martínez no la matara. Siempre le echó en cara su exceso de confianza y en esta ocasión la que estuvo a punto de fallar por ese motivo fue ella. Aunque sabe que los otros no son tan hábiles como lo era él, piensa que más le vale aprender de sus errores si quiere vivir lo suficiente para poder llevárselos a todos por delante. Especialmente a El Ruso.

Lo que pase con ella al final no le preocupa en lo más mínimo, siempre y cuando logre su objetivo.

Observa su reflejo en el espejo con esa cicatriz en el cuello que le recuerda lo que le hicieron y siente que también le duelen las que tiene sobre los pechos, las de los costados, las de las piernas. Aún así, y muy a su pesar, ve su imagen y reconoce a una mujer joven muy atractiva. Al menos por fuera, por dentro no ha quedado nada bonito.

Para ellos estás muerta, nada e impide largarte de este país y empezar una nueva vida, dice una voz interior que es ignorada de inmediato.

Su mente regresa al día en que se unió formalmente a *Samedi*. Tenía 22 años y si de algo estaba segura era de que no pensaba pasar el resto de su vida en un trabajo de oficina.

El día que la presentaron Ernest Richter fue el primero que reparó en ella.

¿Cómo no iba a hacerlo? Una mujer joven, alta, de 1.74 metros de estatura, cuerpo atlético y bien formado, cara bonita, larga cabellera negra y ojos verdes. No necesitaba abrir la boca para revelar qué estaba pasando por su mente en ese momento.

Richter, de ascendencia alemana, nacido en España y emigrado a México cuando era aún un niño aprovecha cada oportunidad posible para presumir que su abuelo paterno formó parte de los *Einsatzgruppen*, el escuadrón de la muerte de la Alemania Nazi al que se le atribuyen las muertes de más de un millón cuatrocientas mil personas durante la Segunda Guerra Mundial.

Si le preguntan afirma que es un teutón puro, de sangre aria, —lo que sea que eso signifique en su mente— aunque del idioma alemán solo conoce los insultos y realmente no los pronuncia de forma correcta.

Es, además, un misógino con todas las letras y no se preocupa por ocultarlo. Cuando Martínez explicó que Vega estaba ahí para convertirse en una asesina y no para lo que él estaba pensando, se echó a reír.

—¿No me digas? ¿La vamos a usar para seducir objetivos calientes y matarlos después de que le den una buena cogida? —preguntó mientras la desnudaba con la mirada y se apretaba los genitales con la mano derecha—. Si es así, yo quiero ser el primero en probar sus habilidades. Ya saben, control de calidad antes de sacarla al mercado.

—Si tanto quieres una probadita —contestó la aspirante mientras se quitaba la chamarra—, ven por mí.

Lo que Richter ignoraba es que Martínez había preparado y entrenado a Vega durante casi un año, previendo precisamente una situación como esa. La encontró en la calle cuando un imbécil le agarró el trasero sin saber con quién se estaba metiendo.

El asesino se divirtió como si estuviera en una función de cine mientras Vega le destrozaba la cara al desafortunado acosador que no dejaba de pedir perdón, gemir y rogarle que se detuviera; afortunadamente para él un par de policías municipales pasaban en una unidad y la detuvieron antes de que terminara de matarlo a golpes.

Sin nadie que intercediera por ella y mucho menos dinero para costear a un abogado, Selene pensó que eso la mandaría al menos unos meses a prisión, sin embargo fue liberada en menos de cuatro horas sin recibir muchas explicaciones al respecto.

—Por alguna razón, el tipo al que casi matas no solo no va a presentar cargos, sino que te otorgó un perdón legal —dijo extrañada la agente de

policía que le devolvió sus artículos personales al sacarla de la celda—. Además, el agente del Ministerio Público no le dará seguimiento de oficio, lo que es raro considerando que fue una agresión pública con testigos. Ve tú a saber qué hiciste para convencerlo, *mamacita*.

A Vega no se le escapó que la policía la observó groseramente de arriba a abajo de forma acusadora, insinuando que recurrió a un favor sexual para arreglar la situación en la que se había metido, pero decidió tomar sus cosas e irse sin tentar a su suerte reclamando. No había caminado ni tres cuadras cuando se dio cuenta de que la estaban siguiendo.

—¿Qué? ¿Tú también quieres lo tuyo? —preguntó en el mismo instante en que volteaba y lanzaba un par de golpes que Luis Fernando Martínez esquivó con facilidad.

—Tranquila —contestó el asesino casi riendo—. Quedé gratamente impresionado por la demostración que acabas de dar, pero eso es lo de menos. Muchas mujeres con algún tipo de entrenamiento y unas cuantas clases de defensa personal en cualquier *dojo* de barrio pudieron haber sido capaces de derribar y golpear a ese idiota, pero la forma en la que te ensañaste con él cuando estaba en el piso, la forma en que casi lo matas. Eso me dice algo. Eso me habla de furia y de determinación.

—¿Y tú qué eres? ¿Un jodido acosador? ¿Qué demonios te importa si tengo o no tengo furia?

—Digamos que soy una especie de reclutador y puedo ofrecerte un trabajo en donde vas a perfeccionar y explotar esas habilidades. El dinero, por supuesto, tampoco es malo. ¿Te interesa?

Estuvo a punto de mandarlo al diablo pero hubo algo en su expresión que le dijo que hablaba en serio.

En el tiempo en que tardaron en tomarse un café le habló del equipo. No tuvo reparos en decirle lo que hacían, la forma en que operaban e incluso le presumió algunos objetivos famosos, nacionales e internacionales. Era demasiada información para soltarla de manera tan descuidada a una completa desconocida. Tiempo después Vega entendió que si se hubiera negado a formar parte del equipo hubiera muerto en ese mismo momento. *Samedi* no dejaba cabos sueltos y Martínez no se andaba con medias tintas.

Ojalá y me hubiera negado.

Vega no se hace ilusiones sobre quién es y tampoco se interesa en engañarse a sí misma. No es una buena persona. No lo era mientras crecía y el tiempo no la ha cambiado para bien. La sola idea de tener la oportunidad

de ganarse la vida quitando otras le excitó enormemente. Tanto, que a pesar de que Martínez se veía mucho mayor que ella, estuvo a punto de proponerle que la acompañara a su departamento y celebrar su ingreso a su nuevo trabajo en la cama, pero pensó que si iba a ser una profesional tenía que empezar a comportarse como tal.

De cualquier forma después se dio cuenta de que la invitación hubiera sido en vano.

Cuando aceptó, su mentor le explicó que no iba a introducirla al grupo todavía; tenían mucho trabajo por delante antes de eso.

—Si te llevo hoy, esos cabrones te van a comer viva y sería un completo desperdicio de potencial —aseguró.

Entrenaron en secreto de formas que ella ni siquiera me había imaginado. Nada de bailecitos ridículos de karate que solo lucen en las películas. La especializó en *krav magá*, el combate cuerpo a cuerpo israelí que consiste principalmente en golpes a corta distancia con puños, codos y rodillas diseñados específicamente para causar el mayor daño en el menor tiempo posible.

En los momentos en los que no estaban peleando, la entrenaba sobre el uso de todo tipo de armas, técnicas de espionaje, vigilancia. Todo lo necesario para acercarse a cualquier objetivo, por más protegido que estuviera y acabar con él sin alertar a los encargados de su seguridad.

—Hay excepciones, pero generalmente nos encargamos de objetivos de alto nivel y esos siempre tienen guardaespaldas —le explicó.

Un año después estaba lista para presentarse. Martínez le había advertido que el grupo era pequeño, con asesinos de élite que aún eran mejores que ella y casi tan buenos como él. No era precisamente modesto, pero tampoco tenía que serlo.

—Además de mí hay cuatro operativos más, así que en total somos cinco. Cinco y El Ruso, aunque él ya no hace trabajo de campo así que para fines prácticos no lo contamos. Seremos seis si te aceptan y ese ya es un número demasiado grande para nuestro gusto, así que podemos esperar resistencia. No aceptamos a cualquiera y no tenemos prisa por agregar más gente —advirtió—. Todos hombres, en un *trabajo de hombres*.

A Vega, que ya se había dado cuenta de que Martínez era homosexual, no se le escapó el tono entre sarcástico y burlesco con el que pronunció la última frase.

—Alguno de ellos va a tratar de meterse contigo —continuó— y por

ningún motivo puedes quedarte callada. Si alguien te molesta, lo retas. Y si lo retas, más te vale que ganes. Esa será tu primera prueba.

—Estoy lista para lo que sea.

—Sé que crees que lo estás, pero debes de tomártelo en serio —dijo con voz seria—. Si pasas la prueba, estás dentro. Si no, estás muerta. Comprenderás que no podemos ir dejando cabos sueltos.

—¿Hay alguien en especial de quién deba cuidarme? —preguntó.

—Todos son buenos peleadores. El mejor es Richter.

Y por supuesto tenía que ser Richter.

—Si tanto quieres una probadita, ven por mí.

Richter se acercó con una sonrisa y la mirada fija en los pechos que sobresalían bajo la apretada camiseta pegada a su cuerpo.

—Voy a ponerte una golpiza y después voy a usarte para lo único que sirves —dijo mientras tronaba sus dedos—. Me vas a rogar que te mate.

—Estoy a punto de rogarte que me mates tan solo para dejar de oler tu aliento, idiota.

Las risas de los otros tres inundaron el área de entrenamiento mientras Martínez miraba con rostro serio.

Después de eso, pasaron a las manos.

Nunca estuvo segura de cuánto tiempo duró la pelea, pero los otros dijeron que fueron más de 10 minutos. Sin pausas, sin respiro, sin descanso. Quien quiera que haya visto una pelea de box habrá notado que los boxeadores necesitan descansar e hidratarse cada tres minutos, bueno, cuando peleas por tu vida no tienes eso.

Richter terminó con un brazo dislocado, nariz rota y dos dientes menos; ella sufrió fractura en dos costillas, esguince cervical y no pudo sentir su pierna izquierda por tres días.

Posiblemente uno de los dos hubiera muerto de no ser por la intervención de El Ruso, que había visto todo desde el piso superior.

—Basta —dijo sin levantar la voz—. Richter, ganaste, pero la chica demostró que pertenece aquí. Martínez, ¿cuál es su apellido?

—Me llamo...

—No te pregunté a ti —interrumpió.

—Vega. Su apellido es Vega —contestó Martínez con una sonrisa.

—¿Tú la avalas?

—Yo la traje —contestó Martínez a modo de respuesta.

—Bien, Vega, bienvenida. Richter, acompáñala a ver a nuestro médico.

Asegúrate de que la atienda primero a ella y después a ti.

—¿Primero a ella porque es mujer? —preguntó molesto.

—Primero a ella porque tú eres un maldito imbécil, nunca me has caído bien y de cualquier forma no puedes quedar más feo.

El Ruso se retiró inmediatamente acompañado de Martínez mientras el resto ayudaba a los combatientes a ponerse de pie.

—Sigo sin estar seguro de que este sea lugar para una mujer, pero no puedo negar que eres una fiera peleando —dijo Richter—. ¿Alguna posibilidad de comprobar si también eres una fiera en la cama?

—Primero muerta. Y eres un pendejo —contestó riendo mientras le daba un abrazo—, pero creo me vas a caer bien. Vamos con el doctor antes de que me den ganas de seguirte arreglando la cara.

Los recuerdos de vega se interrumpen al ver a Richter abrir la puerta de su casa para echar a la prostituta con la que acaba de pasar el rato. Aún a la distancia puede ver que la pobre chica está golpeada y tiene dificultades para caminar.

Siempre te ha gustado golpear mujeres y sí, el consenso fue que ganaste esa pelea. Por muy poco, pero la ganaste. Esta vez será diferente.

Capítulo 4

Un aviso

Viernes, 01:29 A.M.

El Ruso levanta su teléfono celular, un viejo Nokia 1100 sin conexión a Internet, imposible de intervenir. Reconoce el número que se muestra en la pantalla.

—Martínez está muerto —dice la voz al otro lado de la línea.

Aunque solo dura tres segundos, el pesado silencio se siente como una eternidad.

—Llama a los otros.

Capítulo 5

Eligiendo en quién confiar

Viernes, 02:30 A.M.

El Procurador General de la República la mira con enfado. No puede culparlo. No todos los días la comandante de una de las divisiones a su cargo le habla de organizaciones secretas compuestas por asesinos de élite sin mas pruebas que un hombre muerto, sin antecedentes, sin testigos, sin absolutamente nada que respalde el caso.

Al menos puede decir que le da el beneficio de la duda por sacar el trasero de la cama y acudir a su oficina en la Procuraduría a mitad de la noche. Su predecesor cuando mucho le hubiera hecho una llamada telefónica para citarla en su oficina a primera hora de la mañana, pero Óscar Lagarda es más joven, muy ambicioso y un poco menos idiota.

—Voy a escucharte porque durante tu carrera has demostrado que eres una de las mejores agentes investigadoras del país, Selene, pero quiero que entiendas que tu puesto como comandante de la División de Investigaciones Especiales está en juego. Y sabes bien que hay muchos dentro de la Procuraduría que han estado pidiendo tu cabeza.

Lagarda no miente. Si ser mujer policía en un país tan tradicionalmente machista como México es complicado, ser ascendida a comandante de una de las divisiones más codiciadas por sus colegas era una formula infalible para hacerse de muchos enemigos e incluso enemigas que en lugar de apoyarla no habían tenido reparos en esparcir rumores a sus espaldas.

—Se lo agradezco, señor —contesta sin poder ocultar que sigue entre asustada y emocionada—. Entiendo que es un tema complicado y difícil de creer en primera instancia, pero si no hay pruebas de su existencia es precisamente porque así de buenos son.

—No me agradezcas todavía —responde mientras bebe café de una cursi taza decorada con el escudo de la Procuraduría en un lado y una foto de él y el presidente Morales de la Huerta en el otro—, háblame de la víctima. De ese supuesto asesino profesional.

De nuevo le asaltan las dudas, pero sabe que si quiere tener esperanzas de

llegar al fondo de esto —y salir con vida en el proceso— tiene que encontrar todo el apoyo posible, aunque de momento no está segura de en quién puede confiar. Aún así se decide a decirle a su superior todo lo que sabe, o mejor dicho, lo poco que sabe del misterioso cadáver.

Pone un expediente sin sellos oficiales sobre la mesa, uno que ha engrosado practicante sin apoyo durante varios años y comienza a hablar como si estuviera en una exposición escolar.

—Luis Fernando Martínez Muñoz nació en 1975 en la Ciudad de México, entonces Distrito Federal. Hijo de un ex militar chileno que se exilió a nuestro país a finales de 1973 para escapar de Augusto Pinochet tras el golpe de estado que cimbró las bases en ese país. Mostró desde niño una inclinación natural a la violencia.

»Pasó de una escuela a otra siendo expulsado constantemente hasta que por fin pareció entrar en razón y consiguió terminar la preparatoria para ingresar después al Colegio Militar, de donde también fue expulsado meses antes de graduarse por romperle el brazo a su oficial superior, aunque el hecho fue registrado como accidente de entrenamiento y no se levantaron cargos. Después de eso no hay nada sobre él en el sistema, efectivamente no tiene antecedentes, ni una maldita multa de tránsito.

»Después de ser dado de baja emigró a Estados Unidos, en donde a sangre y fuego consiguió hacerse de un nombre en el mundo del hampa, principalmente en la costa este. Se especializó en técnicas de combate con y sin armas, especialmente cuerpo a cuerpo en diversas disciplinas, pero sobre todo se dedicó a aprender los secretos del éxito de los líderes de organizaciones criminales; increíblemente se las arregló para formar parte de varios grupos, incluso rivales, pasando de uno a otro sin que lo mataran.

»Una vez que aprendió lo suficiente y al sentir que el FBI cada vez les hacía las cosas más difíciles en ese país, pensó que era hora de regresar, así que volvió a México en el año 2003.

»En ese mismo año fue reclutado por un misterioso hombre de quien no se sabe absolutamente nada más que su apodo, *El Ruso*, para formar un grupo criminal denominado *Samedi*. En pocas palabras encontró un lugar en donde sentirse como en casa.

—¿Sábado? —pregunta el procurador.

Bravo sonrío al recordar que ella tuvo que buscar la palabra en *Google* mientras que Lagarda la identificó de inmediato.

—No sabía que hablaba francés, procurador, pero no precisamente.

Efectivamente *Samedi* es sábado ese idioma, pero supongo que ellos no la usan por eso, sino en referencia al *Barón Samedi*, una especie de dios *vudú* de la muerte.

—Oh, ¿qué demonios tienen que ver con el *vudú* un ruso y un mexicano?

—Nada. Supongo que solo les gustó el nombre —contesta Bravo dejando notar un tono de exasperación en la voz, producto de ser interrumpida en su narración.

—De acuerdo —concede Lagarda—. Continúa, por favor.

—Desde el principio eligieron trabajar con blancos de alto nivel, principalmente millonarios, políticos o incluso líderes criminales. Objetivos a los que un sicario común y corriente no podría llegar sin causar un escándalo alrededor.

»En otras palabras, en tareas donde otros cumplirían la encomienda disparando a todo el mundo sin control y llevándose con ellos a guardaespaldas, choferes, familiares, etcétera, *Samedi* actuaría de forma casi quirúrgica. Rara vez había daños colaterales y muchas veces incluso hacían pasar el homicidio como accidente.

»En un inicio eran El Ruso y Martínez quienes se encargaban de todo, pero no pasó mucho tiempo para que se ganaran su reputación y expandieran su... negocio. Se dice que El Ruso solo mató durante los primeros 12 o si acaso 18 meses, por eso es tan difícil conseguir datos de él. No hay imágenes, pistas sobre su verdadero nombre, complexión, gustos; no hay nada para probar su existencia. Ni siquiera puedo asegurarle que sea verdaderamente de Rusia.

»De hecho —admite Bravo, consciente de que esa es la principal falla de todo su expediente—, no tengo nada de ninguno de los asesinos que integran el grupo, a excepción de Martínez. Y aun así es muy poco considerando que fungió como una especie de reclutador y contacto con clientes durante 15 años.

—¿Cómo sabes esto, Bravo? —interrumpe mirándola a los ojos—. ¿Cómo puede ser que tú, entre todos los y las policías estés enterada de algo que todos tus colegas ignoran?

—¿Está seguro de que lo ignoran? —La pregunta lleva toda la intención—. *Samedi* es real, tan real que causa terror. Tanto terror que hay quienes prefieren decir que no existen, señor. Si has estado en este trabajo suficiente tiempo debes haber oído los rumores, y también debes haber oído que no es

buena idea meterte con ellos. Quienes lo nieguen, están mintiendo.

—Yo tengo poco más de tres años en el cargo y no he escuchado ningún rumor, ¿piensas que miento?.

—Con todo respeto, procurador, su puesto es político. Usted no ha estado en la calle como el resto de nosotros. No es algo que vaya a escuchar en una cena de su partido.

Óscar Lagarda La mira fijamente y por un momento Bravo teme haber cruzado una línea. Maldice su maldita costumbre de no callarse nada.

—Supongo que tienes razón —contesta después de unos segundos—. Aún así, si estás en lo correcto, si ese grupo es real y podemos no solo exhibirlos, sino detenerlos. Sería un gran impulso para nuestras carreras.

El brillo en sus ojos no deja lugar a dudas. Bravo entiende que el país está a punto de cambiar de gobierno y aunque los puestos políticos son los primeros en los que se exigen renunciaciones, detener a una organización capaz de asesinar blancos en cualquier país del mundo con precisión quirúrgica pondría a Óscar Lagarda en la conversación para mantener su puesto.

Y de paso mantener el jugoso cheque que probablemente no juntemos ni entre 10 policías, piensa Bravo mientras echa una mirada a la evidentemente cara camisa Louis Vuitton que viste su superior.

—*Samedi* —advierde Bravo recalcando sus palabras después de decidir rápidamente que el uso que Lagarda le quiera dar a su dinero es cosa de él—, es el grupo de asesinos más mortífero que haya existido en este país, con contratos y blancos internacionales y Martínez Muñoz, fue durante los últimos quince años su más respetado y peligroso integrante.

Después de asegurarse de que el procurador entiende en qué se está metiendo continúa con su resumen.

—Supe de ellos siete años atrás, cuando un senador que lideraba las preferencias para convertirse en candidato a la Presidencia del principal partido opositor fue asesinado. Un solo disparo a la cabeza, a corta distancia mientras viajaba en su auto con su chofer y guardaespaldas, un ex militar con altas condecoraciones como operativo de Fuerzas Especiales como único acompañante.

»El chofer, por supuesto, fue el único sospechoso. El hecho de que huyera dejando el cadáver en el auto a mitad de la carretera fue tomado como prueba de culpabilidad manifiesta.

»En aquel tiempo yo no estaba asignada a la Unidad de Investigaciones Especiales, sino a Homicidios, junto al ahora comandante, Manuel Pérez. De

otra manera no hubiera estado cerca de caso. El destino quiso que el caso se me asignara a mí y no a él o a otro y yo misma encontré al chófer. Cuando le pregunté por qué lo había hecho, contestó temblando que dejáramos de jugar al tonto, que todos sabían muy bien que ese había sido un trabajo de *Samedi*.

»Al preguntarle de qué hablaba, más por seguir el procedimiento que por tomarlo en serio, el sospechoso comenzó a temblar diciendo que no había dicho nada, que olvidara la conversación y que confesaría y firmaría lo que le dieran. Se negó a decir una palabra más.

»Esa misma noche lo encontraron muerto en su celda. Colgado de los barrotes con su cinturón. El mismo cinturón que supuestamente debieron haberle quitado cuando lo procesaron. Entonces pensé que había algo que no cuadraba. A eso habría que agregarle que los informes de balística demostraron que no había pólvora en sus manos.

»Hablé con quién era Procurador en ese entonces y me ignoró. Me dijo que la gente quería un culpable y que ya lo teníamos. Incluso recibí un reconocimiento público por la rapidez con que se resolvió el homicidio.

—Recuerdo bien el caso —dice Lagarda—, el senador Romero. También recuerdo que no hubo dudas sobre quién era el culpable.

—No las hubo, pero desde ese momento esa palabra quedó grabada en mi mente: *Samedi*. Pregunté a todos mis soplones, también a mis colegas. La mayoría decían no saber nada, pero a algunos se les veía el temor en el rostro. Tuve mi siguiente pista real un año y medio después.

Lagarda da un sorbo a su taza de café y le pide con un gesto que continúe. Al menos está intrigado, si no convencido.

—Uno de mis informantes, un cómplice de varios asaltos grandes que ya había estado en la cárcel en dos ocasiones me llamó preocupado, su voz denotaba temor. Me dijo que necesitaba verme y que necesitaba dinero para irse del país. Cuando le dije que no iba a darle nada a menos que me adelantara algo, lo dijo sin rodeos.

»*Has estado preguntando por ellos, tú sabes de quiénes hablo. No sé mucho, pero sé algo. Al menos puedo darte más de lo que tienes*, me dijo apresuradamente.

»Tengo más de un año haciendo preguntas, incluso a ti —le reclamé—, y siempre has negado saber algo. Creo que estás mintiendo para sacarme dinero.

»*No estoy mintiendo —gritó desesperado—, voy a adelantarte algo. Se llama Martínez. Tienes que buscar a un hombre llamado Martínez y tienes*

que buscar a *El Ruso*.

»¿Martínez, alias *El Ruso*? —pregunté, aún no convencida.

»No, no, no, no. *Pon atención. El Ruso es el jefe, Martínez es el contacto y el segundo al mando. Es todo lo que te diré por teléfono. Si quieres saber más te veo en el lugar de siempre. Lleva dinero, suficiente para que pueda irme del país o ni te molestes en ir.*

»Llegué al lugar acostumbrado más tarde y el informante nunca apareció. Cuando me iba, encontré una caja en el asiento de mi auto. El forense confirmó que el ADN de la lengua ensangrentada pertenecía al soplón. La nota que me dejaron era clara y estaba limpia de huellas: *No nos metemos con policías y rara vez dejamos víctimas colaterales. Olvídense de nosotros, agente Bravo.*

Para reforzar el relato, Julieta saca con mucho cuidado la única evidencia, si es que califica como tal, que tenía hasta antes de encontrar el cadáver de Martínez. Le muestra la nota a Lagarda, quien la examina con atención por varios segundos como si mirándola fijamente pudiera descubrir quién la escribió.

—De eso han pasado seis años. Mendigando pistas por aquí y rumores por allá he conseguido armar una especie de carpeta y aunque admito que no hay mucho en ella, todo mi instinto de policía me dice que *Samedi* es real, procurador, real y extremadamente peligrosa.

Óscar Lagarda levanta la vista de la nota y mira sorprendido a su subordinada. Bravo interpreta lo que ve en su rostro como una mezcla de miedo y de ambición por resolver un caso que podría impulsar su carrera política.

—Por lo que me dices, y todavía no estoy completamente convencido de que sea real y no estés persiguiendo fantasmas, es gente de cuidado. ¿Estás dispuesta a llegar al fondo de esto?

—¿Voy a tener su apoyo si lo necesito? —contesta con otra pregunta.

—Ya lo tienes.

—Entonces vamos por ellos.

Capítulo 6

Cuentas pendientes

Jueves, 11:53 P.M.

Si la casa de Martínez era pulcra y ordenada, el sucio departamento de Richter es precisamente todo lo contrario. Vega camina muy lentamente mientras cuida el ruido de sus pasos. Mantenerse en silencio es todavía más complicado cuando encuentras restos de pizza, latas de cerveza, colillas de cigarro y hasta condones usados en el piso, pero acercarse a sus objetivos sin ser detectada siempre fue una de sus especialidades.

Quisiera decir que está decepcionada o al menos sorprendida por lo que ve, pero no es así. De hecho es justo lo que se había imaginado durante años. Ernest Richter, con toda la presunción de su sangre alemana y sus aires de superioridad que no impresionan a nadie no es más que un maldito marrano viviendo entre porquería.

Richter aún no se ha dado cuenta que hay una intrusa dentro de su casa. Es un excelente peleador, tirador competente, aunque su especialidad son los estrangulamientos y un asesino despiadado, pero es tan descuidado con su seguridad como con su higiene personal. Cuando sabes que hay pocas personas que pueden atreverse a intentar algo en tu contra, es normal que creas que nadie va a entrar a tu casa.

La chica que tuvo la desgracia de aceptar el pago por sus servicios se fue hace más de 30 minutos. Vega esperó para ver si su víctima se metería a bañar, pero simplemente se sirvió un trago de ese asqueroso *whiskey* barato que sabe a orines de gato y le encanta más por su precio que por su sabor y se sentó frente al televisor a ver un programa de chistes de mal gusto; después se sirvió un trago más y en este momento disfruta del tercero después de ese.

Bien, no me molesta que tus reflejos estén más lentos de lo normal.

Si después de la pelea que tuvieron al conocerse pensó que podían llegar a ser amigos, o al menos buenos compañeros, estaba muy equivocada. Richter es un machista con todas las letras. Considera a la mujeres inferiores y si por él fuera serían esclavas o incluso objetos. Durante años fingió que la aceptaba como parte del equipo pero siempre estuvo atento por si tenía una

oportunidad de acabar con ella.

Bueno, teutón de mierda, la tuviste. Ahora estoy aquí para asegurarme de que no vuelvas a tener otra.

Lo observa por varios minutos tirado en ese sucio y desvencijado sillón sin nada encima más que unos sucios calzones blancos., que ya no se ven precisamente blancos.

No es tan alto como Martínez, pero si pasa del metro con 85 centímetros, de cuerpo exageradamente musculoso gracias a los esteroides y prácticamente sin grasa a pesar de su dieta nada saludable, cortesía de un metabolismo hiperacelerado y del abuso de sustancias que no se consiguen en cualquier tienda de suplementos alimenticios. Quienes dicen que todos los hombres en buena forma física son atractivos a la vista, seguramente cambiarían de opinión en un instante al verlo a él.

Muy a su pesar cruza por su mente que es una maldita idiota por no acabar con su víctima con un simple disparo en la nuca, puede hacerlo en ese momento y ni siquiera escucharía el disparo, pero sabe muy bien que nunca fue una opción. No para ella. No después de lo que hizo. Si Martínez tenía que mirarla y reconocerla antes de morir, Richter tiene que sufrir y rogar por su vida. Rogar por clemencia que de ninguna manera obtendrá.

El programa que está viendo entra a un segmento de cortes comerciales y la pantalla se pone negra por medio segundo. Solo medio segundo pero es suficiente para que Richter vea el reflejo de la intrusa observándolo detenidamente dos metros detrás de él.

Richter no reacciona y Vega sonrío ante su esfuerzo por disimular. No mueve un solo músculo pero ella sabe que su mente está pensando cuál es la mejor forma de iniciar el ataque. Podrá ser un maldito puerco, pero está más que preparado para enfrentar contingencias como esta. Lo que Richter ignora es que ella visitó su casa antes de que él regresara.

La asesina esquivo con facilidad el pesado vaso que el asesino lanza directo a su rostro sin siquiera voltear a verla, pero su intención no era golpearla sino distraerla mientras rueda hacia el mueble que está junto al televisor en un movimiento increíblemente rápido considerando lo voluminoso de su cuerpo. Mete la mano por debajo y se detiene al instante. Solo cuando entiende que el arma que busca ya no está ahí se pone de pie y voltea a verla.

—Ese hijo de puta no hizo lo que tenía que hacer. Nunca debí habérselo dejado a él —dice mientras ve a Vega apuntándole con su propia pistola, la

pistola que buscaba. Una ridícula pero efectiva *Parabellum*, también conocida como *Luger*, que fue junto con la *Walther P38* una de las pistolas reglamentarias del Ejército Alemán durante la Segunda Guerra Mundial.

Selene Vega no contesta. Richter la conoce bien, pero jamás había visto esa mirada en sus ojos. De hecho, jamás había visto una mirada así en los ojos de nadie.

—Bien, Vega. No hagas ninguna estupidez —pide mientras muestra las manos con las palmas extendidas hacia ella—, lo que pasó fue una simple cuestión de negocios y lo sabes.

No tiene nada que hablar con él. Seguramente intentará convencerla con dinero o incluso ofreciéndole su ayuda para vengarse de El Ruso. No está interesada en ninguna de las dos cosas.

La expresión nerviosa del alemán da paso a un rostro sonriente cuando ve a su ex compañera quitarle el cargador al arma, expulsar la bala alojada en la recámara y tirar la pistola hacia el fondo del pasillo. Hace crujir su cuello moviéndolo de un lado a otro.

—Oh, *dumme Frau*. Acabas de cometer el último error de tu vida —dice mientras da un paso hacia a ella, transformando sus palmas en puños—. Para nosotros estabas muerta, debiste quedarte muerta. Veremos qué te parece ser violada en un sótano por días, probablemente semanas hasta que me harte de ti y decida sacarte de aquí en pedacitos.

Es completamente capaz de hacer eso y Vega lo sabe. Es un maldito sádico enfermo que podría cortarla pedazo a pedazo mientras sigue abusando de ella, de eso no le queda duda. Lo que él no sabe es que aún si tuviera éxito, no sentiría nada. Hace mucho que ya no siente nada.

El primer golpe pasa a centímetros de su rostro y solo encuentra aire. Richter tiene un gancho poderoso y lo sabe, su desventaja es que es predecible y siempre lo utiliza al principio.

En otras circunstancias, Vega estaría más que encantada de medirse con él en una pelea más larga, incluso justa, dentro de lo que cabe, pero después de la golpiza que le propinó Martínez se sabe en franca desventaja si deja que el encuentro se extienda demasiado, así que decide probar suerte y se impulsa hacia el frente elevando su pierna derecha con todas sus fuerzas. Su pie solo se detiene cuando encuentra el punto blando justo en la entrepierna de Richter.

Cae de rodillas con su masiva humanidad profiriendo un gemido y dejando escapar baba por su boca mientras lleva sus manos a sus testículos.

Con la inercia del movimiento, su verdugo dirige la rodilla izquierda hacia su cabeza y escucha el sonido seco al impactar con su craneo.

Mientras cae de lado toma su brazo derecho y lo parte en dos con un giro de su cuerpo. Siempre ha sido de sus movimientos favoritos y esta noche ha tenido oportunidad de utilizarlo en dos ocasiones. A diferencia de Martínez, Richter grita. Grita mucho. Vega da sendos pisotones con todas sus fuerzas sobre sus rodillas, fracturándolas al instante sin tomar en cuenta los quejidos que ya se están convirtiendo en sollozos.

—¡Hija de puta! —grita el asesino mientras se retuerce en el piso—. ¡Te vas a morir por esto!

Coloca su rodilla sobre el brazo izquierdo, la única extremidad que no le ha fracturado y pone sus manos en su cuello para mostrarle la forma en que le quitará la vida mientras él hace inútiles y patéticos esfuerzos por moverse.

Comienza a apretar, cada vez más fuerte, cada vez más firme. Cuando nota que su víctima está a punto de desmayarse suelta su cuello para que pueda respirar de nuevo.

—Espera, por favor —ruega con los ojos llenos de lagrimas. No queda ni un vestigio del asesino valiente que presume ser—. Espera. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. Tengo dinero. Además no fui yo, fue El Ruso, lo sabes. No puedes llegar a él sola. Puedo ayudarte.

Oh, Richter. Tan predecible, tan estúpido y tan cobarde. Tan muerto.

Empieza a apretar de nuevo y ve las venas rojas llenar la parte blanca de los ojos de su víctima. Entonces lo vuelve a soltar. Si procuró que la muerte de Martínez fuera rápida, con Richter quiere tomarse su tiempo.

—Te van a matar por esto, *schlampe*, y lo sabes —alcanza a decir trabajosamente—. Van a saber que fuiste tú y van a ir por ti. Esta vez no van a fallar.

—¿Y quién dice que fallaron la primera vez?

Capítulo 7

El cadáver en calzoncillos

Viernes, 03:21 A.M.

Julieta Bravo sale de la oficina del procurador Lagarda después de casi una hora hablando de *Samedi*. Está pensando si vale la pena ir a su casa o simplemente debería ir a a tratar de cerrar los ojos un momento en su oficina cuando recibe la llamada.

—¿Qué pasa ahora, Pérez?

—¿Estás bien?

—Sí, estoy saliendo de la oficina de Lagarda, ¿y tú desde cuando te preocupas por mí?

—Déjate de juegos, Julieta. Encontramos a otro muerto, también en su casa. Mismo porte de tipo duro, al menos estoy seguro de que lo era antes de alguien le quebrara las rodillas, le partiera el hombro y lo estrangulara. Parece que con este se tomó su tiempo.

Guarda silencio mientras su mente le da vueltas a lo que acaba de escuchar. Si pensó que Martínez podría representar un caso aislado, una segunda muerte echa la teoría por tierra. Por otra parte, si tratar de encontrar y dismantelar a un grupo de asesinos de élite es peligroso, intentar de detener a quien sea que los esté matando debe ser una completa locura.

—¿Estás seguro de que el caso está relacionado? —Formula la pregunta aunque sabe muy bien la respuesta.

—Hay otra nota *cariñosa* para ti, Julieta. Tiene el mismo estilo y sin ser experto me atrevo a decir que la hoja salió de la misma libreta y fue escrita con la misma pluma. Evidentemente es también la misma letra. No te la voy a leer por teléfono.

Aún con todos sus años de experiencia, Julieta Bravo siente que se le revuelve el estómago. Trata de que no se note el temblor en su voz cuando le solicita a su colega que le envíe la ubicación.

Mientras conduce nota su boca seca y se pregunta en qué demonios ha metido. Aunque odie admitirlo, se cuestiona si será muy tarde para echarse para atrás. Casi nadie sabe de ellos, la mayoría de los policías incluso dicen

que no existen. Tal vez si deja las cosas así se olviden de ella. Está segura de que puede meterle miedo a Lagarda para que dejen todo en el olvido. Nadie podría culparla por tratar de mantenerse con vida.

Sí, como si lo estuvieras pensando en serio, contesta la implacable policía dentro de su cabeza.

Definitivamente la víctima, quien quiera que sea, no compartía los gustos caros de Martínez; la colonia Central de Abasto es uno de los barrios más peligrosos y violentos de la Ciudad de México. Incluso los policías más experimentados y aguerridos dudan en atender reportes a menos que tengan tres o cuatro unidades como apoyo.

Aún está oscuro cuando llega al lugar. A diferencia del caso anterior esta vez los estrobos de las unidades de policía no están encendidos, evitando que el resplandor azul y rojo llene el cielo negro. Pérez coincidió con ella en que si están tratando con una serie de homicidios es mejor procurar no atraer demasiada atención.

De cualquier forma y a pesar de la hora aquí hay muchos más vecinos que los que había afuera de la casa en Polanco. La mayoría con sus teléfonos celulares en la mano, listos para capturar la foto o el video que les dará 15 minutos de fama en forma de cientos de comentarios en redes sociales. El morbo por ver un cadáver siempre jala a las masas. Bravo se pregunta si el asesino se encuentra entre los espectadores admirando su obra pero desecha la idea inmediatamente.

No. Este no es un homicida cualquiera y definitivamente no creo que quiera que lo atrapen, decide. *Quien quiera que sea, apuesto que está lejos de aquí.*

Los agentes que están fuera de la casa la miran con miedo, igual que en la otra escena. Su mente de policía está de acuerdo con ellos aunque no quiera admitirlo. Una nota con su nombre en una escena de homicidio ya es demasiado para pensar en una casualidad, ya no digamos dos.

Camina directo hacia la casa sin saber muy bien qué va a encontrar y Manuel Pérez la recibe en la entrada con su horrible camisa multicolor. Ve en sus ojos que está tratando de tomarlo como un caso más pero puede detectar algo parecido a genuina preocupación.

¿Quién diría que se mortificaría por mí? Después de todo puede que no seas un completo desgraciado, dice para ella misma.

—Hola de nuevo, Bravo —dice mientras asiente con la cabeza—, pasa. Pedí que no levantaran el cuerpo hasta que lo vieras, primero para verificar si

lo has visto en alguna parte y segundo, bueno, para que me ayudes a entender a quién nos estamos enfrentando.

Esta vez no hay una reverencia burlesca cuando se hace a un lado para que su colega entre. Bravo cruza el umbral de la puerta y casi es regresada por el olor que sale del interior. No proviene del cuerpo, aún es demasiado pronto para eso, el olor es de humedad, restos de comida y sabrá Dios qué más y proviene de la cocina, del baño, de los cuartos. Toda la maldita casa es un chiquero.

La víctima es una masa de músculos. Puede ver a simple vista que es de menor estatura que Martínez pero si el primero se veía pequeño, reducido, este parece inmenso.

La escena es sobrecogedora. Las fracturas en las rodillas, ambas con pedazos de hueso y cartílago saliendo de la piel son impresionantes. El brazo derecho está completamente al revés y las marcas rojas en el cuello indican que murió por estrangulamiento.

De pronto nota que Pérez ya le había dicho todo eso y recuerda que no está ahí para investigar el homicidio, sino para tratar de descubrir por qué hay alguien que se interesa tanto en involucrarla.

—No lo había visto en mi vida —le dice a su colega mientras trata de imaginarse quién puede ser capaz de acabar con una persona tan ridículamente grande de esa manera—. ¿Dices que hay una nota?

Pérez le muestra un pedazo de papel previamente colocado dentro de una bolsa de evidencias transparente. Lo pone en sus manos y la comandante lo lee en silencio.

Estamos buscando lo mismo, Bravo.

Lee el mensaje en su mente una y otra vez hipnotizada por las palabras. Aún no lo han llevado a la División Científica pero está segura que no van a encontrar una sola huella.

—¿Y bien? —pregunta Pérez sacándola de su estupor y quitando la bolsa de evidencia de sus manos de una forma que trata de ser casual, pero firme.

—No tengo la menor idea, Manuel.

—No me salgas con eso, Julieta —revira calmado, pero con tono duro—. La nota dice que buscan lo mismo. ¿Qué demonios significa? Mira que no es momento para guardar información.

—No tengo una puta idea —responde en el mismo tono—. ¿Crees que esto es un juego o que me siento muy contenta? ¿Crees que no temo que me vuelen la cabeza en cuanto salga de aquí? ¿Qué explote mi auto? ¿Qué quien

hizo esto me esté esperando en mi casa?

Se miran fijamente por un par de segundos como dos pistoleros de películas del viejo oeste midiendo al rival antes de disparar. Los ojos de él dicen lo mismo que los de ella: agentes de menor rango los están viendo y deben comportarse como los profesionales que son.

—Muy bien —dice al fin Bravo, rompiendo la tensión—, me queda claro que tú llevas el caso, Manuel, y no quiero inmiscuirme. ¿Hay algo que me puedas decir o algo en lo que crees que pueda ayudar?

—No tiene identificaciones en su billetera. Ni licencia de conducir, ni credencial de votar. Nada. Tampoco hemos encontrado un solo documento con su nombre en la casa y los vecinos metiches de afuera dicen que solo lo conocía como “*El Alemán*”, aunque aparentemente no le llamaban así en su cara, no por miedo, sino porque no se relacionaba con nadie. Aún así, creemos que su apellido es Richter.

Bravo voltea a ver el cuerpo de nuevo tratando de encontrar algún tatuaje, una cadena o algo que le diga cómo llegaron a esa conclusión.

—¿Y de dónde sacan eso, si se puede saber?

—Está bordado en la parte interna del elástico de sus calzoncillos.

Bravo y Pérez se miran por un par de segundos antes de empezar a carcajearse como dos niños de escuela, como si no tuvieran el cadáver de un posiblemente peligroso asesino a sueldo a menos de un metro de ellos.

—¿Me estás diciendo —pregunta Julieta sin poder contener la risa que incluso provoca lagrimas en sus ojos—, que este tipo se ha tomado la molestia de deshacerse de todos sus documentos para evitar que alguien sepa su nombre, pero tiene su apellido bordado en sus calzones?

—¿Qué quieres que te diga? —responde su colega tratando de hablar entre risas—, tal vez se las regaló su mamá. Los tipos malos cargados de esteroides también tienen madre, ¿sabías?

Estallan en carcajadas de nuevo mientras los agentes investigadores los ven, probablemente pensando que se han vuelto locos.

—Muy bien, basta de esto —dice la comandante mientras se limpia las lagrimas causadas de tanto reír—, ¿algo más?

—Había una pistola en el pasillo, el cargador al otro lado de la sala y una bala en la mesa. También encontramos un rifle de asalto bajo la cama, una escopeta escondida detrás de una toalla en el baño y un revolver en el cajón de las cucharas en la cocina. Todas las armas cargadas y sin seguro.

—Supongo que estaba preparado para defenderse por si alguien intentaba

algo contra él. Evidentemente no fue suficiente.

—Evidentemente no.

Bravo continua mirando a Pérez. No es la persona más amable del mundo y no cree ni por un momento que vayan a ser buenos amigos pronto, pero no puede negar que es un policía competente y es conocido por dar resultados. Mide bien las siguientes palabras antes de que salgan de su boca.

—Escucha, Manuel. No tengo intención de meterme en tus asuntos. Homicidios es tu división y estos casos son tuyos, ¿de acuerdo?

—Escúpelo de una vez, Julieta, que igual me queda muy claro para dónde vas.

—Si estamos en lo correcto esto es mucho más grande que dos simples homicidios, por muy violentos que sean y creo que ya lo sabes —explica tratando de matizar el tono—. El procurador Lagarda quiere que lleguemos al fondo de esto y quiere que lo hagamos rápido.

—¿Quieres decir que quiere que *tú* llegues al fondo de esto? ¿Estoy fuera de los dos casos?

—De ninguna manera —responde con tono conciliador—. Lagarda sugirió, y su sugerencia fue más bien una orden, que trabajemos juntos. Tú te encargas de lo relacionado con los homicidios como tales mientras yo trato de unir todas las piezas hasta encontrarle sentido al cuadro completo. No estoy tratando de quedar bien contigo cuando te aseguro que no puedo hacerlo sin tu ayuda.

Pérez aprieta los labios. Bravo entiende que sabe perfectamente lo que significa y no le gusta, pero de cualquier forma tiene que dejarlo claro. No hay espacio para malas interpretaciones y mucho menos lo habrá cuando avancen en la investigación.

—No soy tu jefa, Manuel. Tenemos el mismo rango, pero hasta que descubramos que está pasando aquí, tú me vas reportar a mí. ¿Tendremos algún problema con eso?

Manuel Pérez la mira fijamente por un par de segundos. Aprieta la quijada por reflejo y la suelta mientras voltea a ver el cuerpo tirado en el piso. Se asegura de voltear a ver los ojos de Bravo antes de responder.

—¿Estás completamente convencida de que ese supuesto grupo del que has hablado por años, *Samedi*, es real? ¿Una jodida asociación de asesinos de élite como de película operando justo debajo de nuestras narices sin que nadie intente siquiera ponerles un alto?

—Nunca había estado tan segura como lo estoy hoy.

—Bien, entonces sería una mierda de colega si te dejo enfrentarlos sola, ¿no lo crees? Vamos a atrapar a esos hijos de puta, comandante.

Capítulo 8

El primer trabajo

Viernes, 01:10 A.M.

Vega ve el abanico de techo estático sobre su cabeza sin saber a ciencia cierta si está dormida o despierta, sin saber si está recordando o está soñando. Desde hace meses, cuando cierra los ojos todo se vuelve confuso. El presente se mezcla con los recuerdos del pasado, especialmente con lo ocurrido desde que tuvo la mala fortuna de unirse a *Samedi*.

Cierra los ojos y de pronto está ahí de nuevo. La ciudad es Nueva York, el año es 2013. Su objetivo: la hija de un juez.

La chica, Emma, tiene apenas 11 años y Vega entiende perfectamente el motivo por el que El Ruso le asignó ésta como su primera misión. Necesita saber si es capaz de todo. Además, la edad de la niña... 11 años, los mismos que tenía ella cuando su vida empezó a irse al demonio. Aunque es una novata dentro de *Samedi*, sabe que no se trata de una coincidencia, no puede tratarse de una. Su empleador aceptó este trabajo específicamente para dárselo a ella, para ponerla al límite y ver de qué esté hecha.

Cuando supo los detalles de su blanco sintió que algo se movía en su interior, pero no había nada que pudiera hacer. Antes de presentarla al grupo Martínez le dijo que una vez que aceptaban un trabajo era como si el objetivo estuviera muerto. Como si ya estuviera hecho. Si un operativo fallaba, simplemente asignarían a otro.

Básicamente, si se hubiera negado la habrían matado en el momento y de cualquier manera enviarían a alguien más a cumplir con el encargo. En su mente lo más piadoso por hacer fue callarse la boca y asegurarse al menos de que la pequeña muriera sin dolor, sin miedo. Algo que a los otros no les parecería importante. Ni siquiera quiere pensar cómo moriría la niña si cayera en manos de Richardson o de Richter.

No por eso deja de ser algo horrible. Esa pobre niña está a punto de perder su vida a tan corta edad porque el tonto honesto de su padre, un juez federal de la corte de Nueva York, no entendió que cuando un capo de la mafia te ofrece un soborno millonario por arreglar su caso en realidad no es

una oferta, sino una orden.

Los miembros del grupo criminal están perfectamente vigilados por las corporaciones de justicia de Estados Unidos, así que no pueden tomar el asunto en sus manos. Además, que todos vayan a estar presentes en la audiencia pública de su jefe ante la corte les presenta una coartada perfecta, así que tiene que ser ese mismo día.

Ella, por supuesto, fue enviada con una semana de antelación para estudiar todos sus movimientos y encontrar el lugar ideal.

—La chica muere el martes 20 o vas a terminar en el fondo del *East River* —le advirtió Martínez— y no podré ni querré hacer nada para evitarlo. ¿Lo entiendes? Ahora eres una de nosotros. Una más... y nada más.

La tarea es bastante sencilla, si se puede decir eso de un homicidio. La parte contratante quiere asegurarse de que sus cómplices tengan coartadas firmes, pero también fue clara al explicar que se trata de mandar un mensaje fuerte y directo a todos los involucrados en el proceso legal. Por ningún motivo debe parecer un accidente.

Un choque automovilístico no es opción; veneno tampoco. El malnacido del capo quiere ver la cara del juez cuando le avisen de la muerte de su hija en plena audiencia. Quiere reírse de él cuando se eche a llorar, como seguramente lo hará. A Vega le da asco tener que complacerlo, pero, de nuevo, no hay nada que pueda hacer sino seguir ordenes. Se consuela pensando que tal vez pueda matar al jefe criminal después, en su tiempo libre. Solo para equilibrar la balanza.

Era una buena idea, pero en realidad nunca se tomó el tiempo para hacerlo.

Se coloca con el rifle de francotirador en la azotea de un edificio ubicado a mil 300 metros de la prestigiosa *Dalton School* y espera pacientemente la hora de salida. Entonces la ve, caminando sonriente al lado de un compañero de escuela sin saber que está viviendo los últimos segundos de su vida. Incluso a la distancia y a través de la mira telescópica puede notar la química que existe entre los dos. Las sonrisas no mienten.

Curiosamente en ese momento no piensa en la niña a la que está a punto de matar, sino en el chico que la acompaña. Está a punto de tener la peor experiencia de su vida, pero al menos seguirá respirando.

Lo piensa por un par de segundos y se maldice por dudar. Su cerebro trabaja a velocidad extra sopesando las consecuencias de no cumplir la misión, una posible ruta de escape para evadirlos. Sin duda hay países en

donde no podrán encontrarla. Y aún si la encuentran, al menos morirá sin tener en su conciencia la muerte de una niña.

Entonces Emma llega hasta el punto elegido con anterioridad y Selene Vega aprieta el gatillo. La bala cruza el aire por encima de *Central Park* a una velocidad de 3 mil 180 kilómetros por hora y dos segundos después la pobre niña cae sin vida con un hoyo en el centro del pecho. Ni siquiera supo qué moría. Objetivo eliminado.

Abandona el pesado rifle en el mismo sitio. No hay ninguna huella digital en él y le aseguraron que es completamente imposible de rastrear. Baja los seis pisos a buen paso pero con mucha calma, sabiendo que el único guardaespaldas de la víctima es su chofer, un mediocre ex policía venido a menos incapaz de saber de dónde vino el tiro. Probablemente en ese momento esté agachado temblando a un lado del auto.

Al salir del edificio se dirige directamente a la estación del metro de la calle 86. Se quita la peluca, los lentes de sol y la chaqueta en la mitad de las escaleras sin aminorar el paso y sin que nadie repare en ella. La rubia que seguramente fue captada por las cámaras de seguridad de la entrada de la estación no estará dentro de ella.

Espera pacientemente y toma un tren del Servicio Uno hacia el norte hasta la calle 145 en *Upper Manhattan*. Deja su chaqueta en una banca segura de que alguien va a tomarla y sube las escaleras con calma, desde ahí toma un taxi en el que vuelve a cruzar la ciudad, ahora con dirección al sur para llegar al Hotel Lexington en *Turtle Bay*.

Antes de entrar decide tomarse un café en el Starbucks que está justo al lado, después de todo, no piensa dejarlo entrar a su habitación.

No acaba de ordenar y sentarse cuando un hombre moreno, de tupido pelo negro se sienta frente a ella como si estuvieran en una cita. Cruza la pierna y se pone cómodo antes de empezar a hablar.

—Vaya vueltecitas que nos has hecho dar —dice Oliveira con una sonrisa—. Podías haber venido hacia acá directamente y no pasaba nada, ¿sabías? Nadie te estaba siguiendo.

—Nunca está de más tomar precauciones —responde Vega—. Y tú me estabas siguiendo. No me puse a averiguar si tenían café de tipo brasileño, así que te lo pedí negro.

—¿Cuándo me detectaste? —pregunta haciendo caso omiso al comentario del café—. ¿Antes o después de subir al edificio?

—Te detecté hace cinco días, aunque por supuesto no fue una sorpresa.

Sabía que uno de ustedes iba a estar vigilándome. Aún así, tengo una duda, ¿te mandó El Ruso o Martínez?

Antes de contestar sonrío con esa mueca idiota que por algún motivo cree que lo hace verse sexy.

—Oh, *menina*. Tienes que entender que esos dos rara vez hacen algo sin discutirlo antes.

—No me vuelvas a decir niña —exige mientras lo ve fijamente, evaluándolo una vez más.

Oliveira mide un metro con 71 centímetros. Está 1 centímetro por encima de la estatura promedio mundial de los, pero aún así es el más bajo del grupo. Mide incluso tres centímetros menos que ella y uno menos que Yagami. Aunque ese centímetro es casi imperceptible siempre ha sido motivo de burla de parte de Richardson, quien dice continuamente, aunque se equivoque, que ellos son la prueba de que si los japoneses son pequeños, los brasileños lo son aún más.

Como todos ellos está en excelente forma física, pero los músculos no son lo suyo. Es más bien delgado, como un corredor de media distancia, sin llegar a ser tan flaco como un maratonista. Calcula que no debe pesar más de 68 kilos, tal vez incluso 65.

Su especialidad son las armas de fuego. Es, sin atisbo de duda, el mejor tirador del grupo a corta, media y larga distancia. El hijo de puta presume que acabó con un blanco a 2 mil 823 metros, superando por 349 metros el récord oficial registrado por un francotirador británico en Afganistan en el año 2009.

Esa hazaña, si es que es verdadera, no aparecerá en ningún libro de récords. No te dan reconocimientos públicos por matar al director de uno de los medios de comunicación más grandes de Canadá.

Oliveira también es, tal vez compartiendo el lugar de dudoso honor con Richardson, el peor peleador cuerpo a cuerpo, pero claro, incluso el coyote más débil puede devorar a una oveja sin problemas y este coyote en particular ha cazado mucho. Fue de hecho el primero de los miembros de *Samedi* en ser reclutado por El Ruso y Martínez.

Vega no está completamente segura de si lo enviaron solo para vigilarla, para matarla si no cumplía la tarea o porque cambiaron de opinión sobre ella y la quieren muerta, cumpla o no, pero más le vale estar lista para lo que sea.

Sus pensamientos son interrumpidos cuando la barista grita el nombre *Derek* con dos vasos de café en la mano. Vega sonrío y hace una seña a Oliveira pidiéndole que vaya por las bebidas.

—¿Qué? ¿No crees que tienes cara de *Derek*?

Oliveira menea la cabeza pero no puede negar que le causó gracia. Se levanta y va por los cafés.

—Muy bien, Vega. No estaba tratando de ofenderte —dice conciliador, mientras se sienta de nuevo—. Vaya que te tomaste tu tiempo en apretar el gatillo, ¿sabes? Pude haberte matado.

—El objetivo es primero, ¿no?. Estoy segura de que en ese momento le estabas apuntando a ella y no a mí.

La única respuesta de Oliveira es una sonrisa. Esa estúpida sonrisa que seguramente practica frente al espejo cada mañana.

—*Muito bem*. Estás aprendiendo. Por supuesto que la estaba viendo a ella, completamente listo para apretar el gatillo si se acercaba demasiado al auto en donde la esperaba ese pobre imbécil. Tengo que decirte que el tiro fue perfecto. La chica murió antes de tocar el suelo.

No responde al extraño cumplido. Trabajo es trabajo y sabe que he pasado la prueba, pero no puede dejar de pensar que se trataba de una niña de 11 años pagando con su vida la honestidad de su padre por el capricho de un criminal que de cualquier forma irá a prisión por muchos años.

—Bueno —continúa mientras pone las manos en la mesa y se acerca a ella—, felicidades, la misión fue exitosa. Ahora, tengo entendido que te quedas dos días más y mi vuelo sale mañana. ¿Qué te parece si subimos a tu cuarto? La muerte siempre tiene algo que me excita.

Oh, Oliveira. La mujer que te haya mentado diciéndote que tienes una sonrisa encantadora no sabe el daño que nos ha hecho al resto de las mujeres de mundo.

El pensamiento nunca llega a sus labios, después de todo sigue siendo la nueva y ofender a sus compañeros de trabajo es mala idea. Casi tan mala como acostarse con ellos.

—Yo voy a mi cuarto, *galán*, tú puedes irte a un prostíbulo. Estoy segura de que conoces alguno aquí, después de todo eres famoso en los de México —le dice mientras empieza a levantarse de la mesa—. Somos compañeros de trabajo, Oliveira. Que no se te olvide.

—Está bien, está bien. Qué descanses —contesta entre risas mientras Vega camina hacia la puerta. Le queda claro que está viendo su trasero—. Un día voy a tener un buen round contigo, Vega. Y tú serás la que me lo pida, posiblemente hasta por favor. Ya verás.

Abre los ojos y el recuerdo termina. Ve de nuevo las horribles sábanas de

seda negra brillante sobre las que está acostada; sin duda combinan con el resto del decorado de mal gusto de la habitación.

Bien, Oliveira, ¿así que querías un round conmigo? Estás a punto de tener uno y no vas a disfrutarlo. Espero que no te moleste que te espere en tu cama.

Capítulo 9

Cayendo como moscas

Viernes, 02:14 A.M.

Ninguno de los tres hombres que espera en el gran salón que generalmente utilizan para planificar operaciones parece tener intención de sentarse. A los tres les llegó el mismo mensaje en clave: *El segundo jugador se ha retirado*. Eso significa que Martínez está muerto y lo sabían, evidentemente, desde antes de llegar. El problema es que han pasado 14 minutos desde la hora fijada para el encuentro y Richter tampoco está en la habitación.

Que un miembro del equipo decida no acudir a una llamada cuando acaban de matar a otro solo puede significar una de dos cosas: O es él quien lo mató o también está muerto. Ninguna de las dos posibilidades significa nada bueno para ellos.

Pero la verdadera razón por la que no tienen intención de sentarse es porque en realidad ninguno de los tres cree que el alemán pueda atreverse a enfrentar a Martínez solo, mucho menos a traicionar a *Samedi*. Es un idiota y un hablador, pero nada más.

Eso significa que con toda seguridad en este momento es un fiambre más y que las tres personas que están en ese frío lugar en el que han planeado tantos asesinatos, viéndose con justificada cautela, deben de ser considerados los principales sospechosos. Se necesita a un depredador para acabar con otro, ya no digamos con dos en la misma noche.

Y sentarte cómodamente es la peor estupidez que puedes cometer cuando sabes que un animal salvaje está al acecho; ni Katsuro Yagami, ni Rodrigo Oliveira, ni Derek Richardson tienen intención de bajar la guardia.

El Ruso entra al salón y reprime una sonrisa. Verlos de pie, desconfiando unos de otros le causa gracia. Tener a tus subordinados divididos es después de todo una de las mejores técnicas para evitar que piensen en unirse para traicionarte. Se sienta en el lugar de siempre y pone los codos sobre la mesa entrelanzando los dedos de sus manos junto a su barbilla. Mira directamente a cada uno a los ojos antes de iniciar.

—Siéntense. —No es una sugerencia.

Los tres asesinos se dirigen lentamente a sus sillas. No pueden evitar ver los tres lugares vacíos.

—¿Richter? —pregunta Oliveira.

El Ruso no responde, al menos no con palabras. Con el tiempo han aprendido a descifrar su mirada.

—¡Con una chingada! —exclama Richardson, incapaz de contenerse—, ¿al menos sabemos quién los mató? ¿Es una amenaza para nosotros?

—Tranquilo, vaquero —dice Oliveira con una sonrisa burlona. El americano y él nunca se han llevado bien y no es un secreto para nadie—. Pensé que los texanos no le temían a nada.

—A que tu puta madre confiese que soy el papá de tus hermanos, *asshole*. A eso le temo.

Oliveira sonrío y se acomoda en la silla. Ninguno de los dos lleva armas y eso es bueno. Es mejor no facilitarle el trabajo a quien quiera que sea que los esté matando.

—Norteamericanos, sudamericanos —dice Yagami moviendo la cabeza—. El caso es que de este lado del Pacífico todos son igual de imbéciles.

Los dos voltean a verlo con miradas amenazantes. Richardson está a punto de gritarle algo cuando El Ruso abre la boca. Nadie habla cuando El Ruso toma la palabra, ni siquiera lo hacía Martínez.

—¿Quién le dio el tiro de gracia? —pregunta con tono duro—. ¿Quién se aseguró de que muriera?

La pregunta los toma por sorpresa. Están a punto de pedirle que aclare de qué está hablando cuando, de nuevo, sus ojos dicen la respuesta.

—¿Vega? —pregunta Richardson con una sonrisa estúpida debajo de su bigote al estilo Chuck Norris—. No, no, no. Te equivocas, jefe. Selene Vega está bien muerta.

El Ruso tensa las manos y la mirada de Richardson se dirige inevitablemente a los musculosos antebrazos que parecen a punto de explotar. Lo conoce desde hace 9 años y aunque nunca lo ha visto en acción, si la mitad de lo que dicen de él es cierto no duda que pueda romper su cuello como si fuera una rama seca. No tiene intención de poner su hipótesis a prueba y baja la mirada incomodo, como un perro reconociendo al alfa de la manada.

—Lo que quiero decir es que nadie puede sobrevivir a todo lo que le hicimos. Ni siquiera esa perra.

El Ruso lo mira de forma retadora mientras habla con ese maldito tono pausado que siempre los ha desesperado.

—Fue nuestra compañera por cinco años. Tomé la decisión que tenía que tomar, pero eso no significa que no la respetara, así que por favor no vuelvas a llamarle de esa manera. Ahora, voy a repetir la pregunta.

Sin embargo no la repite. Al menos no con palabras. No tiene que hacerlo y ellos lo saben. Richardson, con el rostro enrojecido después de la amenaza se mantiene en silencio. Yagami voltea a ver a Oliveira y es el brasileño al fin quien le da la respuesta.

—Martínez —responde mientras se acomoda el cuello de la apretada y brillante camisa de color negro, visiblemente incomodo. Martínez nos ordenó que nos fuéramos. Dijo que al menos se merecía morir de una forma honorable, sin nuestras miradas de burla alrededor. No es que importe en este momento, pero con eso se refería a Richter y a Richardson que no dejaban de verla como perros rabiosos en celo.

—Vete a la mierda, enano —replica el texano.

Richardson no es tan alto como Richter, mucho menos como Martínez, pero sí pasa de un metro con 80 centímetros. La diferencia de estatura con Oliveira es notable pero el brasileño siempre ha pensando que puede con él sin mayor problema. Sobre todo considerando que el norteamericano está algo pasado de peso y su especialidad no es el combate, sino los explosivos. Hace ademán de levantarse pero es detenido por los ojos azules de El Ruso. Saben bien que mientras él esté presente, nadie se mueve si no lo ordena.

—Martínez la encontró, la entrenó y la trajo a nosotros, eran amigos. Y ustedes simplemente lo dejaron solo con ella sabiendo la orden que les había dado. ¿He de creer que son estúpidos? —No es una pregunta, aunque esté formulada como tal.

—¿Amigos?, Esos dos eran más que amigos, eran mucho más que eso. Se la *estaba dando*, como dicen en México —replica Richardson riendo mientras forma un aro con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda y lo penetra con el índice de la mano derecha—, se los dije a estos *son of bitches* mientras nos íbamos pero no me escucharon.

—No eres más imbécil porque no eres más rubio, yanqui de mierda. A Martínez no le gustaban las mujeres. Era homosexual. Ho-mo-sex-ual —dice Oliveira moviendo la cabeza—. Y de Vega la verdad no estoy seguro, porque generalmente las mujeres no me rechazan y nunca pude meterla en mi cama, pero eso es lo de menos.

El norteamericano ve fijamente al brasileño antes de echarse a reír, pero su risa se corta al instante cuando su expresión inmutable le dice que no está bromeando.

—¿Martínez era maricón? —Voltea a ver a Yagami, que tampoco se está riendo—. ¿Tú sabías eso?

—Los únicos que no lo sabían eran tú y Richter —continúa Oliveira—. Tan igual de estúpidos los dos.

Richardson voltea a ver a su jefe con genuina furia en los ojos.

—¿Me tuviste nueve años trabajando con un maldito chupapitos y no me dijiste nada? Ahora entiendo la razón por la que se me quedaba viendo raro en los entrenamientos. *Fucking faggot*.

El Ruso apoya ambas palmas en la mesa y se inclina hacia el frente sin llegar a levantarse.

—Primero le llamas perra a una mujer que demostró su valía durante el tiempo que estuvo con nosotros y ahora insultas a quien hasta hace unas horas era tu superior. No sabía que tenías tantas ganas de morir.

El rostro del asesino enrojece de nuevo. Entiende que si se levanta y se lanza contra su líder es hombre muerto, pero también sabe que si se queda callado, el poco respeto que pueden tenerle Yagami y Oliveira se va por el caño. No puede darse ese lujo, mucho menos en ese momento.

—Es la segunda vez que me amenazas en cuestión de unos minutos, *boss*. Tal vez deberías considerar que soy más que capaz de defenderme. No me reclutaste por mi cara bonita.

El Ruso sonrío. Richardson, por supuesto, no es rival para él pero le da gusto saber que conserva su bravuconería. Tal vez tenga un uso para él antes de que acabe todo.

—Muy bien, *gringo*. Supón que te hubiera dicho que Martínez era homosexual. ¿Qué hubieras hecho? ¿Caerle a golpes? ¿Retarlo a un duelo uno a uno? Porque tú y yo sabemos que te hubiera hecho pedazos con una mano amarrada a la espalda.

La carcajada de Oliveira y la risa burlona de Yagami terminan por enfurecer al norteamericano.

—¡Nada de que me hubiera hecho pedazos! ¡*Fuck that!* A mí ningún maricón me va a ganar una pelea. Pero bueno, lastima que nunca tendremos ocasión de comprobarlo.

—Sí, lastima —coincide Oliveira con una sonrisa burlona.

Richardson nota el sarcasmo en el tono de voz de su compañero y está a

punto de responderle cuando El Ruso habla una vez más.

—Bien, si ya terminaron de ver quién la tiene más grande, volvamos a lo nuestro. Fue ella. No lo estoy preguntando y no lo estoy suponiendo. Selene Vega mató a Martínez y a Richter y ni siquiera está tratando de ocultarlo. La pregunta es ¿quién de ustedes sigue?

Los tres asesinos miran a su jefe aún incrédulos. La última vez que la vieron estaba al borde de la muerte. Ni siquiera están seguros de cuántas heridas tenía en su cuerpo, pero estaba casi sumergida en un espeso charco de sangre. Y la mayor parte era suya.

El Ruso abre un folder frente a él y lanza un juego de fotografías a la mesa. Las fotografías son de los cuerpos sin vida de Luis Fernando Martínez y Ernest Richter.

—¿Notan algo en particular? —pregunta.

Los tres analizan las imágenes con cautela. Yagami, as su estilo, las observa en completo silencio, Oliveira hace lo propio con un molesto “tst, tst, tst, tst” saliendo de sus labios y Richardson las ve con una expresión que solo puede clasificarse como placer morboso. En su mente disfruta de ver los cuerpos masacrados de sus ex compañeros de armas, sin reparar en que él podría ser el siguiente en terminar igual.

Este ultimo es el primero que se atreve a abrir la boca.

—Pues les pusieron la golpiza que se merecían y queda claro que no eran tan buenos como presumían, pero no entiendo de dónde sacas que los mató ella. Esto pudo hacerlo cualquiera. Bueno, cualquiera que tenga entrenamiento, claro.

—El hombro derecho —dice Yagami al fin.

Richardson regresa la mirada a las imágenes, primero al cuerpo de Richter y después al de Martínez; ambos tienen ese hombro fuera de su posición natural y el brazo volteado al otro lado.

Aún así, la mirada en sus ojos dice que no lo entiende todo, hasta que Oliveira decide intervenir.

—¿Ya se te olvidó aquella sesión de entrenamiento en donde te rendiste a gritos cuando ella casi te fractura ese mismo hombro? —pregunta el brasileño con un tono que no deja lugar a dudas sobre sus intenciones mientras le acerca una de las fotografías—. Era uno de sus movimientos preferidos, dislocación de hombro y fractura de brazo en un sol giro.

—Estás soñando, enano. Nunca estuvo a punto de frac...

—Ay, cállate. A partir de ese momento inventabas pretextos cada vez que

te tocaba entrenar con ella.

—Me negaba a pelear con ella porque no quería golpear a una mujer. ¿Crees que soy un cobarde? ¿Quieres que vayamos a pelear tú y yo para demostrarte que te equivocas? ¡Let's go, right now!

El fuerte golpe que da El Ruso sobre la mesa pone fin a la estéril discusión.

—Es ella. Punto. No terminaron el trabajo, termínenlo hoy. Si Vega llega vida al sábado, ustedes no lo harán.

Los asesinos guardan silencio por unos momentos. Oliveira no puede evitar pensar en el sonido que haría el cuello de Richardson crujiendo, pero ya habrá tiempo para eso. Al menos eso espera.

—Bien —dice Richardson—, recojamos nuestro equipo y vamos a buscarla. ¿Cree que va a acabarnos uno por uno? Pues veamos la cara que pone cuando lleguemos todos juntos.

—No. Ella nos esta buscando y está actuando como una profesional. Mató a Martínez y a Richter en sus casas, supongo que ahora estará en casa de alguno de ustedes y también supongo que ustedes estarán ansiosos de demostrar su valía acabando con ella. Sin ayuda.

Los tres guardan silencio entendiendo las implicaciones de la orden. Efectivamente podrían acabarlo juntos y ella no tendría oportunidad, pero aún en ese momento El Ruso continúa con sus juegos. Su hombre de mayor confianza está muerto y al que consideraba el peleador más salvaje del grupo también, así que quiere saber quién es el mejor de los que quedan.

Yagami es el primero en levantarse de la mesa. El japonés hace la mitad de una reverencia hacia su jefe y se retira sin decir una palabra. Sin voltear a ver a sus compañeros.

Oliveira se encoge de hombros y se va con una sonrisa tarareando una canción que solo él conoce.

Richardson, mientras tanto, parece reacio a moverse y tiene la mirada fija en la mesa.

—¿Algún problema? —pregunta El Ruso.

—Solo creo que si trabajamos juntos podríamos acabar con esto rápido. Ella nos traicionó y ahora estamos cayendo como putas moscas, no entiendo el motivo por el que debemos tratarla como si aún fuera una de nosotros. No entiendo por qué sigues teniendo consideraciones con ella.

El Ruso se levanta y se acerca a Richardson, quien se levanta a su vez lentamente, asegurándose de que no haya nada en sus movimientos que

indique que piensa atacar a su empleador.

Ambos tienen estatura similar, pero Richardson pesa al menos 15 kilos más y la mayoría de ellos están sobre y alrededor la cintura, aunque si le preguntan dirá que no está gordo, sino que viene de familia con huesos grandes y debajo de esa grasa hay puro "*Texas made muscle*".

—Y yo creo que a pesar de toda tu palabrería tienes miedo. Esta es tu oportunidad de demostrar que tus compañeros, quienes piensan que tu único talento es hacer explotar autos y casas, están equivocados.

El Ruso se va dejando a Richardson con los puños apretados y el rostro congestionado por la rabia.

Capítulo 10

La primera y la última

Viernes, 03:42 A.M.

Que Oliveira haya salido de su casa en mitad de la noche no le parece raro, siempre ha presumido de su vida nocturna. Sabía que en ese punto las cosas empezaban a complicarse e incluso esperar dos, tres horas —o el tiempo que sea necesario— está dentro de sus planes.

Le queda claro que ya saben de las muertes de Martínez y Richter. Nada sorprendente considerando los contactos que tienen dentro de las corporaciones policíacas. A estas alturas lo único que se pregunta es si ya saben que se trata de ella.

Es casi una pregunta retórica, por supuesto. Vega está segura de la respuesta y eso también lo tenía contemplado. El Ruso podrá ser muchas cosas, pero no es estúpido. Sabe que ningún otro grupo de asesinos se metería con ellos en su propio territorio. Sabe que la asesina es ella y ya dio aviso a los demás. Es por eso que Oliveira no ha regresado a su casa.

El Ruso. Maldigo el día que lo conocí, maldigo el trabajo que me encargó en Nueva York y maldigo el día en que regresé y pidió hablar conmigo.

Muy a su pesar, la mente de Vega regresa a aquel momento, apenas unos días después de asesinar a la hija del juez.

—Muy bien, Vega. Háblame de tu primer asesinato —pregunta El Ruso en el mismo momento en que pone un pie dentro de su oficina con ese incomodo color rojo proveniente de unos focos en cada una de las esquinas del cuarto.

—El objetivo murió al instante. Fue un disparo limpio y dejé el rifle en el lugar para que pierdan tiempo intentando rastrearlo, aunque nosotros sabemos que eso es imposible —contesta sin poder disimular que el recuerdo de haber ejecutado a una chiquilla le causa incomodidad.

—No, Selene. Te pedí que me hables de *tu primer asesinato* —dice con esa maldita sonrisa condescendiente de quien sabe la respuesta a lo que está preguntando y solo está cazando una mentira—. Y por favor, no vuelvas a

tratar de verme la cara de estúpido.

No debería tomarla por sorpresa, pero lo hace. Según ella aquello no quedó registrado en ninguna parte y nunca se lo ha contado a nadie, ni siquiera a Martínez, pero de alguna manera El Ruso se las ingenió para averiguarlo. Su mente trabaja a velocidad extra pensando que la única forma es que se lo haya dicho... ella, pero eso no tiene ningún sentido. Debe de haber otra explicación, pero no tiene idea.

—¿Y bien? —insiste impaciente.

—Yo tenía 14 años —dice por fin—. El tipo era un maldito perverso que merecía morir y no me arrepiento ni por un solo segundo, ¿realmente necesitas saber más?.

—No se trata de lo que necesito, se trata de lo que quiero. Pero para ser sincero, planteé mal el tema. No quiero que me cuentes la historia desde ahí, es decir, no solo de tu primer asesinato, ni siquiera desde el momento en que llegaste al orfanato. Quiero que vayas más atrás. Hasta el 13 de abril del año 2002, por decir una fecha cualquiera.

Por supuesto el día es demasiado exacto para tratarse de una fecha cualquiera. Es el día en que le arrancaron lo que más le importaba en la vida. La primera vez, al menos.

En ese entonces tenía 11 años de edad y era una niña feliz, cargada de ilusiones y aunque suene cursi, llena de amor. Su padre era un abogado litigante y su madre era maestra de preescolar. No eran ricos, pero se las arreglaban para darle a su hija todo lo que necesitaba y un poco más.

La mirada impasible de su jefe le dice que es hora de comenzar a hablar, así que traga saliva y lo hace.

—Me habían llevado a ver una película en el cine, La Era de Hielo. Por obvias razones jamás pude volver a verla. Ya habíamos llegado al auto cuando el ladrón nos sorprendió. Estaba escondido entre unos matorrales y un bote de basura.

»*¡Las llaves del coche y el dinero que traigan! ¡Es todo lo que quiero y ustedes se van!*, gritó mientras le apuntaba con una pistola a mi padre.

»Yo era muy pequeña para entender muchas cosas, pero había escuchado a mi papá y a mi mamá discutir en algunas ocasiones por el revolver que él había comprado apenas unos meses atrás para defensa personal. Él insistía en que era mejor tenerla y no ocuparla, que ocuparla y no tenerla, además, estaba debidamente registrada ante las autoridades.

»*Dale lo que pide, por favor, solo dale lo que pide*, rogó mi madre

temblando, pero mi papá creyó ver una oportunidad. Lo peor de todo es que tenía razón, la oportunidad estaba ahí, pero no supo aprovecharla. Era solo un abogado, tenía el arma pero no sabía como usarla, no era...

—¿Cómo tú? —pregunta El Ruso.

—No era como yo —responde antes de continuar el relato.

El Ruso se acomoda en la silla divertido. Lo está disfrutando y eso es lo que más le molesta a Vega, pero sabe que tiene que continuar.

—El revolver estaba en el compartimiento de la puerta del conductor y el ladrón pasó de apuntarle a mi padre, a mi madre, así que mi papá, que ya tenía la puerta abierta, lo sacó, apuntó y apretó el gatillo. Nunca recordó que tenía que quitar el seguro.

»*¡Mierda, mierda!*, gritó mi papá mientras trataba de buscar la pequeña palanqueta hasta que la pistola se le cayó de la mano.

»El ladrón se estremeció al escuchar el *clic*, pero su mirada de terror se convirtió inmediatamente en una de odio.

»*Espera, espera. Puedes llevarte el auto, el dinero y te puedo dar más. Deja a mi familia aquí y vamos a sacar dinero*, rogó mi padre al ver que el criminal apuntaba su pistola hacia él. Fueron sus últimas palabras antes de recibir un disparo directo a la cara. Su cabeza chocó contra el cristal de la puerta del conductor con tanta fuerza que lo rompió en pedazos. La imagen del vidrio lleno de sangre me siguió durante muchos años.

»Entonces me apuntó a mí. Estaba a punto de dispararme cuando mi madre le propuso un trato.

»*No, por favor*, dijo llorando, *a mi niña no. Hagamos lo que dijo mi esposo. Déjala aquí, yo me voy contigo y llegamos a un cajero automático a sacar todo el dinero que podamos.*

»Mi madre era una mujer muy atractiva. El asesino ya no estaba pensando en el dinero cuando le dijo que aceptaba su propuesta y la obligó a subir al carro. Me dejaron llorando en el estacionamiento mientras algunos curiosos que escucharon el disparo comenzaban a llegar.

Vega se detiene con la mirada baja, cuando levanta la vista ve a El Ruso observándola fijamente y sabe que aún no está satisfecho.

—El cuerpo de mi madre fue encontrado casi una semana después. La policía no me dio detalles, quiso reservarlos debido a mi edad pero me las arreglé para encontrar periódicos. Sobre todo los amarillistas que eran muy leídos por los guardias del orfanato. A mis once años me enteré de que mi madre fue violada en múltiples ocasiones por al menos cuatro personas

diferentes hasta que a uno de ellos se le pasó la mano y la estranguló. Después discutieron, posiblemente por eso y se mataron a balazos entre ellos. Llore mucho en ese momento, pero después entendí que fue lo mejor que pudo pasarle. Me refiero al final, por supuesto, si no hubiera muerto quién sabe cuánto tiempo más la hubieran tenido, cuánto tiempo más hubieran abusado de ella.

—Y entonces acabaste en esa casa hogar —interrumpe El Ruso con un tono perturbadoramente amable.

—Y entonces acabé en la *Casa Hogar Lugar Feliz*. Lo que pasó ahí estoy segura de que ya lo sabes y no pienso hablar de eso. Si eso significa que estoy fuera o... algo más... que así sea.

El Ruso se mantiene en silencio. Vega casi se cree su mirada de compasión, pero es perfectamente claro que está haciendo un esfuerzo por no reírse.

A él le importa una mierda lo que le haya pasado a mi familia y solo está tratando de jugar con mi mente.

—Con eso será suficiente por el momento. Pero eventualmente hablaremos de tu primer asesinato —advierte—. Ahora sí, háblame de lo que pasó en Nueva York.

—Como te dije, la misión fue completada. El objetivo murió al instante y de una forma completamente limpia. Tu cliente debe de estar satisfecho.

—Eso lo sé, lo que quiero saber es qué tal te fue después. Con tu conciencia, quiero decir. Oliveira me dijo que dudaste un poco al momento de apretar el gatillo.

—Oliveira debe tener problemas de la vista —revira molesta—. Esperé a que el blanco llegara al punto exacto para tener el disparo preciso y no perder la oportunidad, eso fue todo.

—*Emma*.

—¿Qué?

—Sigues diciendo *el blanco*. Eso está bien para la mayoría de los trabajos. En esta ocasión quiero que digas su nombre. Se llamaba Emma.

Mira sus ojos y se da cuenta de que no está bromeando. Tampoco es una solicitud. Es una orden.

—Me aposté en el edificio que había seleccionado desde un principio y esperé a que *Emma* caminara hasta el punto exacto que había elegido— dice sin retirar la mirada y haciendo énfasis en el nombre.

—¿Y luego qué pasó? Y no me digas que el objetivo fue eliminado, que

eso es obvio.

Toma aire, siente sus mejillas enrojecer por la furia y sabe que es demasiado tarde para disimular.

—Luego disparé y atravesé el corazón de una pobre niña de 11 años que no le había hecho daño a nadie en el puto mundo. Eso fue lo que pasó. ¿Eso quieres escuchar?

El Ruso sonríe. No está acostumbrado a que le hablen así, mucho menos a que lo reten, pero no parece molestarle, al menos no en esa ocasión.

—Fue un buen trabajo. Me alegro de que Martínez te haya traído con nosotros. Creo que serás un operativo muy útil— dice antes de levantar la pantalla de su *laptop*, en una señal de que la conversación ha terminado.

Vega camina hacia la puerta, pensando que salió bien librada. Sabe que debe irse sin más, pero se detiene. Años después, después de lo que le hicieron, entendió que ese fue el principio del fin.

—Por favor, no me vuelvas a pedir que mate niños.

El Ruso baja la pantalla de su portátil y la mira. Mantiene la sonrisa en su rostro, pero la expresión de sus ojos ha cambiado. Es la primera vez en mucho tiempo que Vega siente miedo.

—Qué sea la primera y la última vez que me dices qué puedo y qué no puedo hacer contigo.

Capítulo 11

La enemiga de mis enemigos...

Viernes, 04:37 A.M.

Bravo y Pérez abren la puerta de la oficina del procurador general. Apenas ha pasado una hora y pocos minutos desde que Julieta salió de ahí y no esperaba volver tan pronto, pero claro, en ese entonces solo tenían el cuerpo de un asesino y ahora son dos cadáveres los que esperan en la morgue. Óscar Lagarda esta de pie junto a la ventana con las manos cruzadas y la vista fija en ningún punto en particular.

—Comandante Pérez, comandante Bravo, adelante, por favor —dice mientras voltea y se acomoda las mangas de la camisa.

Julieta no puede evitar notar que mencionó a su colega primero que a ella. Podría parecer algo insignificante, pero considerando que es ella y no él quien dirige la investigación lo toma como un intento de hacer que Pérez no se sienta menoscabado o menos importante. De cualquier forma, decide no darle mucha importancia.

—No son ni las 5:00 de la mañana y ya andamos a las carreras —dice mientras hace un gesto con la mano invitándolos a sentarse—. ¿Les puedo ofrecer un café?

Ambos lo rechazan de forma cortés. Para esa hora ya se han bebido al menos un par cada uno.

—Bien, vayamos al grano —continúa Lagarda—, ¿así que tenemos a otro muerto en condiciones muy similares?

Bravo voltea a ver a Pérez y asiente con la mirada, indicándole con esa expresión que está de acuerdo en que sea él quien tome la palabra para los detalles que tienen que ver con el homicidio.

—Más que similares —responde Manuel—, los dos homicidios comparten las mismas características, la misma violencia, fracturas expuestas, incluso el hombro derecho partido de la misma manera. Si tuviera que hacer conjeturas, y no me gusta mucho hacerlas, diría que se trata del mismo asesino, que los conocía perfectamente y que además los mató por un tema muy personal, posiblemente una venganza.

—O asesina —complementa Bravo.

—¿Cómo dices?

—Dijiste *el asesino*, pero creo que no debemos descartar aún la posibilidad de que se trate de una mujer. Después de todo en ninguna de las dos escenas hay nada que indique lo contrario.

—¿Acaso viste a los dos muertos? —responde Pérez, que empieza a tomar el molesto tono de voz que usa cuando empieza a perder la paciencia—. Con todo lo que me has dicho que eran ¿realmente crees que una mujer podría derrotar a esa clase de sujetos en peleas cuerpo a cuerpo?

Yo podría derrotarte a ti, piensa Bravo recordando el crujido de la quijada de su colega al fracturarse, pero se asegura de que el pensamiento se quede con ella. Después de todo durante las últimas horas Manuel no se ha comportado como un completo patán.

—Estamos hablando de asesinos profesionales, entrenados de formas que podrían ser consideradas tortura en la mayoría de los países —dice conciliadora—. No creo que en esos casos importe mucho si es hombre o mujer y solo digo que no debemos descartar la posibilidad.

Pérez se mueve incomodo en la silla. Es claro que también recuerda a Bravo haciéndolo quedar en ridículo frente al resto de los agentes en aquella pelea, pero como la mayoría de los hombres en esos casos ha pasado años convenciéndose a sí mismo que se trató de un golpe de suerte y de que es más que capaz de vencerla si tuvieran que llegar a eso.

Se equivoca, por supuesto. No era rival para ella antes y no lo es ahora con esa barriga que hace lucir su camisa hawaiana como si fuera el envoltorio de regalo de un balón de fútbol.

Al fin, es Lagarda quien rompe la tensión.

—¿Hay algo más que te haga pensar que puede tratarse de una mujer, Bravo? Me parece que no dirías algo así a la ligera.

Julieta aprieta los labios antes de convertir la mueca en una sonrisa, algo nerviosa.

—Puede parecer una tontería —acepta al fin—, incluso admito que estoy cayendo en un ridículo cliché machista y posiblemente debería avergonzarme de eso pero...

Ambos la miran mientras saca tres fotografías, una de cada nota encontrada junto a los cuerpos y la otra del mensaje recibido seis años atrás, cuando su informante desapareció de la faz de la tierra.

—Esta es la nota que recibí cuando supe que *Samedi* era dirigida por un

hombre conocido como El Ruso, apoyado por su segundo al mando, Martínez, quien ahora está en una plancha de metal. Vean la escritura, los trazos más duros, la forma en la que parece ir de arriba abajo y de abajo arriba, remarcando en algunas partes. Miren especialmente la *B* de mi apellido, es como si hubiera remarcado el *palito* principal y se hubiera detenido antes de hacer el resto.

Los dos hombres asienten al ver la nota, saben para dónde va, pero deciden no interrumpirla.

—Ahora veamos las notas de hoy. Pueden notar los trazos más finos. No remarca tanto la pluma.

—La *B* de tu apellido está mucho más clara y hecha en un solo trazo. La tinta y el papel son lo de menos, pues han pasado seis años, pero a simple vista se ve que la letra es diferente —dice Lagarda.

—Exacto —complementa Bravo—. Envié las notas a la División Científica para que las revisen con alguien que se especialice en caligrafía, pero a mí me parece, y conste que solo es una hipótesis que bien puede ser refutada, que la nota de hace seis años la escribió un hombre y las dos de hoy, una mujer.

—Coincido en la diferencia de la letra, pero conozco mujeres con letra horrible y hombres con caligrafía perfecta —interviene Pérez—. Yo, por ejemplo, escribo muy bien.

—Me queda claro —concede Bravo—, es por eso que no lo estoy dando como hecho, solo estoy diciendo que no debemos descartar la posibilidad.

De nuevo, el silencio incomodo llena la sala por unos segundos hasta que el procurador toma la palabra.

—Muy bien —dice mirando a Bravo—, si te soy honesto, y por favor no me acuses de machista, yo tampoco creo que una mujer pueda hacer todo esto, sobre todo viendo el estado en el que quedó el segundo tipo que era una maldita masa de músculos.

Pérez sonríe ligeramente, pero Lagarda voltea hacia él.

—Sin embargo, coincido con Bravo en que no debemos de descartar ninguna posibilidad. Por el momento asumamos que podemos estar buscando a un hombre o a una mujer, ¿de acuerdo?

Ambos agentes asienten con la cabeza.

—¿Algo más sobre el modo en que los mató?

—Como dije al principio, ambas muertes fueron muy similares en lo que se refiere a la pelea. Una golpiza brutal, violenta, pero hay una diferencia

final que no creo que sea accidental —dice el comandante Pérez—, con Martínez, el asesin... la persona que lo mató le clavó un cuchillo en el corazón para sacarlo casi inmediatamente después.

—¡Para asegurarse de que muriera rápidamente! —exclama Bravo, maldiciéndose por dentro por no haber notado ese detalle.

—No entiendo —admite Lagarda—, de cualquier forma era imposible que la primera víctima sobreviviera con un cuchillo en el centro del pecho, ¿o me equivoco?

—No se equivoca —agrega Pérez—, y ese es exactamente el punto. Martínez iba a morir irremediablemente y el asesino, o asesina, lo sabía perfectamente. Pudo haberle dejado el cuchillo clavado para que la muerte tardara más, sabiendo que seguramente estaba sufriendo mucho dolor no solo por esa herida, sino por todas las demás. La fractura en la pierna debió de ser especialmente dolorosa. Al sacar el cuchillo prácticamente lo salvó de su agonía.

—Sin embargo con el otro, con quien creemos que se apellida Richter — complementa Bravo, harta de estar en silencio —, se tomó su tiempo. Después de fracturarle el hombro y ambas rodillas se sentó sobre él y lo estranguló. Dicen que es una de las peores formas de morir porque notas cómo se te va la vida y no puedes hacer nada, sobre todo si tu verdugo se toma su tiempo apretando y aflojando, y sospecho que ese fue el caso.

—Verdugo o *verduga* —bromea Pérez.

—No seas mamón, Manuel. —El falso eclamo va acompañado de una sonrisa y un ligero golpe con el codo.

Lagarda está sentado en su silla con ambos codos sobre el escritorio y las manos juntas en la barbilla, en actitud pensativa, procesando lo que acaba de escuchar.

—Entiendo, pero eso puede tener múltiples explicaciones. Tal vez Martínez se sacó el cuchillo él mismo para evitar que lo siguiera torturando, o simplemente decidió matarlo rápido porque escuchó algo.

—Puede ser —admite Pérez—, pero no lo creo. Pienso que odiaba más a la segunda víctima. No sé si sea un dato que pueda servirnos de algo más adelante, pero vale más tenerlo presente.

—Bien, volviendo a las notas —retoma Lagarda—, creo que nos hemos tomado muy a la ligera que en ambas escenas del crimen haya una mensaje directo para ti, Julieta.

La comandante Bravo guarda silencio. No diría que se lo está tomando a

la ligera, no, pero tiene que admitir que por menos que eso ella misma hubiera recomendado poner a otros agentes bajo custodia. Ya sea para protegerlos, para investigarlos o las dos cosas.

Pérez también se nota algo incomodo. Respira profundamente y el balón de futbol que está envuelto para regalo en su abdomen sube y baja de una forma casi graciosa.

—Voy a preguntarles algo, y sepan que estoy dispuesta a aceptar cualquier respuesta y para hacerme a un lado si lo consideran necesario. ¿Ustedes confían en mí?

Los dos hombres en la espaciosa oficina voltean a verla. Si hay indecisión en sus miradas, ella no es capaz de detectarla.

—Confío en ti, Bravo, pero también estoy preocupado.

—Gracias, procurador. Eso es importante para mí. ¿Manuel?

—No me caes bien, Julieta. Nunca me has caído bien.

—¿No me digas? Aunque te parezca increíble, ya había deducido eso sin ti, *Sherlock* —contesta a modo de burla recordando lo que le dijo apenas unas horas en la escena del primer asesinato.

—Déjame terminar. No me caes bien y aún así estoy de tu lado. Así que la respuesta es sí: confío en ti.

Aunque no busca aceptación y mucho menos validación, Bravo siente que le han quitado una pesada loza de encima. También siente algo de remordimiento por dentro al admitir que ella probablemente no confiaría en Pérez si la situación fuera al revés, pero después de tantos años luchando por ser reconocida en un mundo que los hombres piensan que les pertenece y después de todos los rumores que se dijeron sobre ella cuando fue ascendida a comandante, ¿quién puede culparla?

—Gracias a los dos. Ahora que me han dicho que confían en mí me gustaría decirles mi teoría y por favor, por favor tomen en cuenta que es solo una teoría. Sé tan poco como ustedes, después de todo.

Ambos asienten.

—Creo que el autor de la primera nota, hace seis años, fue Luis Fernando Martínez. Era su apellido el que me dieron, era él al que me estaba acercando y, según la información que tengo, era él quién se encargaba de los contactos. Se podría decir que era la persona más visible dentro de una organización invisible. También creo que a partir de ese momento me mantuvo bajo vigilancia y que la única razón por la que sigo viva es porque la investigación se estancó y nunca pude llegar a nada.

—Hasta ahí tiene sentido —dice Pérez. Lagarda simplemente asiente.

—Con respecto a las notas dos y tres, está claro que las escribió la misma persona que mató a las víctimas, en eso estamos de acuerdo. Sospecho que es una mujer y si es capaz de hacer eso debe ser una asesina profesional tan capaz y tan peligrosa como ellos. Creo que tenía una relación lo suficientemente cercana con Martínez como para saber de la primera nota, de ahí la piedad que le mostró al final, si se puede llamar piedad a destrozar a alguien a golpes y después acelerar su muerte, y la única razón por la que mandó las otras dos notas es para tratar de ganarse mi confianza, para que si es necesario yo esté un poco más abierta a considerarla como una especie de aliada.

—¿Aliada? —Lagarda casi salta de su silla—. ¿Considerar como aliada a una asesina?

Pérez nota que de golpe Lagarda y Bravo actúan como si ya no hubiera dudas de que están hablando de una mujer, pero prefiere no decir nada por el momento. Sigue escuchando a su colega pero toma su teléfono celular para revisar el mensaje que acaba de llegar

—Sí. Permítame explicarme. Realmente no creo que ella o él, —dice Bravo, que sí notó la incomodidad de Pérez—, realmente pretenda que le ayudemos, pero sí quiere tener los cimientos para poder construir el puente en caso de que el río sea más ancho de lo que esperaba. Ya sabe, algo así como que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—O en este caso la enemiga de mis enemigos —interviene Pérez—. Revisa tu teléfono. Sánchez, de la Científica nos acaba de mandar un mensaje: el especialista en caligrafía coincide contigo, Julieta. Las notas de hoy fueron escritas por una mujer.

Bravo abre el mensaje en su teléfono mientras Pérez le muestra el suyo a Lagarda. Obviamente el especialista no puede estar seguro al 100%, pero está convencido de que su apreciación es correcta.

—Esto es bueno para nosotros —dice Lagarda—. Me disculpo de antemano por volver al tema machista, Bravo, pero estoy seguro de que si hablamos de asesinos entrenados, el radio de búsqueda se reduce considerablemente si buscamos a una mujer y no a un hombre.

—Estoy de acuerdo —coincide la comandante—. Pérez, ¿podemos empezar a hablar con tus soplonés? Tal vez alguien haya oído hablar de ella. En este momento nos sirven incluso los rumores.

—Sí, me pondré a revisar eso. Pero les adelanto que yo jamás he

escuchado de una asesina profesional operando en el país. No es fácil dar con fantasmas. Además debemos de considerar que no sea de aquí, tal vez la manda una organización rival que opera en otra parte. Ya saben, eliminando la competencia.

—No. Si fuera eso hubieran sido ejecutados de disparos a la cabeza, explosiones en los autos, veneno, ¿qué sé yo? Esto es personal. Ella los conoce. Me juego la placa a que incluso es o era una de ellos.

—¿Y entonces por qué los está matando? —pregunta Lagarda.

—No lo sé, pero para que se ensañe de esa manera, deben de haberle hecho algo muy malo. Y eso la vuelve extremadamente peligrosa.

—Sobre todo para nosotros, si nos metemos en su camino —dice Pérez.

Capítulo 12

Las asesinas no bailan samba

Viernes, 04:32 A.M.

No tiene idea de cuánto tiempo lleva esperando a Oliveira, pero sabe que irse en ese momento es como un lanzamiento de moneda y lo que está en juego es su vida. Si como ella sospecha se han dado cuenta de quién los está cazando, lo más razonable es pensar que El Ruso les ordenó terminar el trabajo. *Samedi* no deja cabos sueltos y ella es uno muy peligroso tanto para sus vidas como para su reputación, después de todo, ningún cliente querrá contratar a un equipo de asesinos que no puede ni siquiera matar a quien pone en peligro su propia organización.

Casi puede ver a Oliveira escondido a algunos cientos de metros de la casa, en algún techo con su rifle de francotirador esperando a que ella se canse y salga por la puerta principal para acabarla con un disparo en el centro de la frente. El brasileño no falla.

Entonces tiene que tomar una decisión: salir por la puerta frontal o por la trasera. Oliveira no puede cubrir las dos partes y duda que esté trabajando junto a otro. Si conoce a El Ruso, debe considerar hasta divertido ver quién de los restantes podrá acabar con la amenaza.

Sus pensamientos son interrumpidos por el teléfono fijo que está al lado de la cama y no puede evitar preguntarse quién demonios sigue utilizando teléfonos fijos en pleno 2018. Levanta el auricular y se lo pone en la oreja sin decir una palabra.

—Buenos días, Selene —dice Oliveira con una voz que trata de ser estúpidamente seductora—, después de la nohecita que has tenido debes tener hambre. ¿Te invito a desayunar? Conozco un sitio para trasnochadores como nosotros que está abierto las 24 horas y tiene especialidades brasileñas que te van a hacer replantearte todo lo que sabes de gastronomía.

Se mantiene en silencio con la mirada fija en la puerta de la habitación, después de todo, puede ser una trampa.

—Oh, ya veo —continúa el brasileño—, estás en modo silenciosa y mortal. Siempre ha sido tu estilo. ¿Sabes? La mayoría tenemos que aprender

técnicas de autocontrol y relajación para poder controlar nuestra respiración y ser tan sigilosos como tú, pero a ti se te da natural. Siempre te envidié eso, pero por otra parte me pregunto qué te habrá pasado en tu vida para que desarrollaras esa habilidad que no suele ser natural.

Vega lo escucha, pero su cerebro está muy lejos. Las palabras de Oliveira la llevaron de regreso la *Casa Hogar Lugar Feliz*, en el año 2002. Incluso el maldito nombre era una burla. Ese fue el lugar en donde aprendió a dormir sin hacer ningún ruido, tratando de pasar desapercibida. El lugar en donde aprendió a dormir con miedo hasta que decidió que era momento de dejar de tenerlo. Para siempre.

—Sabía que mi madre era hija única y sus papás, mis abuelos, habían muerto algunos años atrás, pero nunca supe a ciencia cierta el motivo por el que no teníamos más familia del lado de mi padre. El caso es que nadie se interesó en reclamarme.

»Los primeros días en el orfanato, mientras aún se ignoraba el destino que había sufrido mi madre, tuve un trato que se puede llamar especial. El trato que tenían las niñas de nuevo ingreso. Una habitación privada, muchos cuidados, palabras dulces. Supongo que la administración del orfanato no quería que tuviera motivos para quejarme en caso de que mi mamá estuviera con vida y me recuperara.

»Las cosas cambiaron después de que se confirmó que nadie iría por mí. Me enviaron a una enorme habitación comunitaria en donde ya había 10 niñas, en un espacio en donde no debería haber más de cinco. El resto de las habitaciones estaba igual de saturada.

»Nos bañábamos con agua fría, la comida era horrible y el trato que nos daban tanto los vigilantes como las supuestas maestras de escuela, que más bien actuaban como carceleras, era terrible. Era como si nosotros tuviéramos la culpa de estar ahí, pero eso no era lo peor. Aunque era una niña, hubiera podido aguantar eso. Lo peor era él. Lo peor era Matías.

»Había pasado menos de dos días desde que se confirmó la muerte de mi mamá y me pasaron a la habitación comunitaria cuando ocurrió por primera vez. Sentí que alguien me tocaba el hombro en mitad de la noche y al abrir los ojos, vi el horrible rostro sudoroso de Matías observándome directamente con una mirada que en ese momento no alcancé a entender.

»Me dijo que necesitaba mi ayuda de forma urgente para cerrar una puerta que se había quedado atorada y abierta. Que no podía hacerlo solo y no podía dejarla así, por nuestra seguridad.

»*Es una reja que da al exterior, me dijo sonriendo con esos horribles dientes amarillos, si no la cerramos puede meterse algún delincuente.*

»Matías era el velador nocturno, así que, naturalmente, le creí. Pensé que estaba preocupado por nosotras. Me levanté de la cama para ir con él cuando sentí que alguien más me sujetaba el brazo.

»*Vuelve a la cama*, me ordenó Laura con una expresión triste, llena de resignación pero también de determinación. *Yo voy a ayudar a Matías con lo que necesita.*

»Laura Navarro tenía 14 años y era la mayor del dormitorio. Cuando se ofreció a ayudar vi una mirada de decepción en los ojos del guardia, pero al fin accedió a llevarla a ella. Cuando regresó casi media hora después, arrastrando los pies y con los ojos rojos y le pregunté por qué lloraba, me dijo que se había lastimado una rodilla con la puerta y que no me preocupara.

»Matías nos visitaba una o dos veces por semana. Supongo que el resto de los días iba a los otros cuartos. A veces quería que le ayudara yo, a veces otras niñas, siempre aseguraba que había algún problema relacionado con la seguridad del lugar. Una puerta, una cámara, un cable suelto, la llave del gas. Lo que fuera. Y Laura siempre se ofrecía a ayudarlo, deteniendo a las otras. Siempre regresaba llorando en silencio.

»Era una tonta. Me tomó casi dos años entender lo que realmente estaba pasando. Cuando lo supe le dije a Laura que no tenía que seguir haciendo eso sola. Tenía miedo, sí, apenas había cumplido los 13 pero estaba preparada para hacer mi parte, por decirlo de alguna manera. Así al menos habría ocasiones en que ella no tendría que soportarlo, pero nunca me lo permitió. Laura continuó aguantando el abuso durante un año más. Es decir, tres años desde que llegué yo y quién sabe desde cuánto tiempo antes para protegernos a las demás. A las menores. A sus *hermanitas de a fuerzas*, cómo nos decía de cariño.

»Hasta que una noche decidí acabar con eso. Me aseguré de quedarme despierta para escuchar los pasos de Matías acercarse al cuarto y me levanté para encontrarlo en el pasillo antes de que tuviera oportunidad de despertar a Laura o a alguien más.

»*¿Y tú, qué haces despierta?*, preguntó mientras me miraba con lujuria de arriba a abajo.

»*Te estaba esperando*, dije tratando de contener mi miedo. *Ahora quiero que me toque a mí.*

»*¿Qué te toque qué?*, dijo tratando de disimular. *Vengo a pedir ayuda*

porque no puedo hacer que una llave deje de tirar agua en el baño y no quiero que se inunde todo y que ustedes puedan hasta perder sus cosas.

»No necesitas decir eso, dije asqueada por dentro. Laura me contó todo lo que hacen y no se vale que solo le toque a ella. Quiero probar. Vas a ver que conmigo va a ser mejor.

»El maldito pervertido se relamió los labios y me tomó de la mano mientras me conducía a hacía unos desvencijados sillones en un área de juegos. No dijo nada mientras prácticamente me arrastraba en todo el camino, pero vaya que se le soltó la boca al llegar.

»Muy bien, zorrita, dijo mientras se bajaba el pantalón y los calzoncillos. ¿Así que quieres jugar a la niña grande?, pues vamos a jugar, pero te advierto que no me voy a detener por mucho que grites.

»Hubo gritos, sí. Muchos. El primero fue cuando clavé en sus testículos el enorme tornillo que había quitado de un columpio y que había estado afilando durante semanas con una piedra.

»El segundo grito se ahogó con su sangre cuando le introduje el mismo tornillo en la parte baja de su cuello.

»En ese entonces no sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero por lo que había visto en la televisión pensé que se moriría al instante. Me llevé una sorpresa cuando vi que intentaba arrastrarse hasta el teléfono.

»Entonces tomé el tolete que aún estaba en su cinturón, en los pantalones que estaban tirados en el suelo y empecé a golpearlo en los sitios que me parecieron más dolorosos. Codos, rodillas, antebrazos, espalda. En sus bolas ensangrentadas también. El guardia solo lloraba y pedía con una mano en la garganta y otra en los huevos que llamara a una ambulancia, que no me acusaría, diría que alguien se metió a robar y lo atacaron y aseguró que jamás volvería a tocarnos.

»Por supuesto, no lo hice. Cuando me cansé de golpearlo y me aseguré que las fracturas en sus extremidades le impidieran moverse, me senté en el sillón en donde tantas veces había violado a Laura y quién sabe a cuántas niñas más y lo vi desangrarse hasta morir. Después me lavé las manos y volví a mi habitación. Cuando caminaba hacia mi cama pensé que lo que había pasado me mantendría despierta, pero me dormí profundamente en cuanto mi cabeza tocó la almohada. Fue la mejor noche de sueño que tuve en años.

»La investigación, si es que la hubo, fue completamente superficial. El rumor entre las niñas fue que los directores del orfanato ya sospechaban lo que Matías estaba haciendo, pero que no les importábamos lo suficiente

como para hacer algo. Si hubieran ordenado una investigación a fondo alguien hubiera descubierto lo que había estado pasando durante años debajo de sus narices y hubieran rodado muchas cabezas.

»Laura y yo éramos las mejores amigas desde antes de eso, pero a partir de ahí nos volvimos realmente inseparables. Cuando cumplió 18 años y salió, siguió visitándome e incluso cuando llegó mi turno de salir me invitó a vivir con ella por mientras conseguía trabajo y un lugar en dónde quedarme.

—¡Vaya! ¡Qué clase de historia, Vega! —dice Oliveira a través del teléfono—. Aunque no entiendo por qué me la cuentas. A menos qué... un momento. ¿Laura, dijiste?

Vega se maldice al darse cuenta de que no estuvo recordando la historia en su mente, la estuvo diciendo en voz alta. Es uno de sus recuerdos mas privados y se lo contó todo a uno de los malditos que quiere asesinar.

Aún así, se esfuerza para que la jugadora de *poker* dentro de ella salga a la superficie. Que no se dé cuenta que su mente la ha traicionado.

—Te lo cuento porque ustedes me la quitaron y quiero que tengas bien claro el motivo por el que voy a matarte.

Ahora es Oliveira quien guarda silencio. Por supuesto sabía los motivos por los que su ex compañera los estaba matando, estuvo ahí y tomó parte de todo, pero después de esto la entiende a total plenitud. Comprende lo importante que era para ella y el significado real de lo que le hicieron. Laura no era simplemente una amiga.

—Muy bien, Vega. Hagamos esto como profesionales, ¿te parece? —No espera una respuesta, así que continua—. Reitero mi invitación a desayunar, ¿recuerdas el sitio a donde te invitaba a bailar samba y nunca aceptaste? Pues justo enfrente se encuentra el restaurante de comida brasileña del que te hablo. A esta hora no hay clientes, pero como te podrás imaginar, no estoy solo. Estoy con *Renata* y me dijo que tiene muchas ganas de verte.

Vega deja el teléfono descolgado y toma sus cosas. Si se tratara de Richardson o de Richter, no sería tan estúpida para creerle, pero a pesar de todo siempre tuvo en alta estima a Oliveira en lo que respecta a su torcida honorabilidad. Sabe que está diciendo la verdad.

El lugar está a alrededor de 30 minutos en auto. Está a punto de tomar el que ha estado utilizando pero decide dejarlo. El vehículo ha estado estacionado por horas y aunque cree que sus ex colegas están trabajando por separado, no puede arriesgarse a que Richardson le haya colocado un explosivo. Es, a fin de cuentas, la única forma en la que ese gringo gordo

podría con ella.

Resuelve la situación robándose el primero que encuentra en la calle. Uno de los vecinos de Oliveira va a empezar muy mal el día cuando intente salir en la mañana y no encuentre su lujoso Camaro 2018. Basta de tratar de pasar desapercibida, si es el último día de su vida vale la pena darse ciertos lujos.

Durante el trayecto, utiliza el espejo retrovisor para mirarse a los ojos e insultarse a sí misma por haber contado esa historia. Esa historia era de ella, era para ella y para nadie más. Hace un gran esfuerzo para tranquilizarse sabiendo que de otro modo será una presa fácil.

Cuando entra al restaurante está perfectamente calmada. No aminora el paso ni siquiera al darse cuenta del lugar que eligió Oliveira para sentarse y la posición en la que se sentará ella.

Oh, Oliveira, no te has dado cuenta que esas estupideces ya dejaron de importarme, piensa mientras se dirige hacia la mesa.

Su ex compañero está sentado cómodamente en un sillón tipo *booth* mientras toma una taza de café. Ella se percata de inmediato de la servilleta que está sobre la mesa, con un evidente bulto debajo de ella. Se pregunta a cuántas personas habrá matado con *Renata*, su querida pistola escuadra calibre .45 que descansa debajo de ese pedazo de tela.

Oliveira se asegura de mostrar las manos en un movimiento que parece casi casual antes de levantarse de su sitio para que ella tome asiento. A pesar de todo el maldito imbécil sigue comportándose como si estuvieran en una cita.

—Hola, Selene —dice mientras la invita a sentarse—. ¿Quieres algo de desayunar? Recomiendo ampliamente el *amarajé*. Sé que es temprano, pero te aseguro que nunca has probado camarones así.

Vega se mantiene en silencio, con la quijada apretada y los ojos fijos en el objetivo.

—Oh, volvemos a la silenciosa y mortal. Ya veo. Escucha, como te dije hace unos minutos, te entiendo perfectamente. Igual y hasta te mereces tu venganza pero eso no quiere decir que te la vaya a poner fácil. Lamento lo que te hicimos pero no tengo ningún deseo de morir hoy.

Vega saca su Glock de 9 milímetros lentamente, mostrando que no va a usarla, al menos no en ese instante. La pone sobre la mesa y la cubre con una servilleta al igual que Oliveira hizo con *Renata*.

—Bien, bien. Con huevos hasta el final *caralho*—dice el brasileño sonriendo ampliamente—. O con ovarios, en tu caso. Como sea. Es una

buena forma de irse, para cualquiera de los dos. En una de esas y para los dos.

Oliveira está quieto como una estatua, pero Vega nota un ligero cambio en el color de la piel que cubren los nudillos de su mano izquierda —Al igual que ella, es zurdo— producido al cambiar el ángulo de presión de un lugar a otro mientras se prepara para tomar el arma. Ella hace lo propio.

Ambos se mueven veloces, como un par de serpientes. Los dos disparos suenan prácticamente al mismo tiempo, solo que la bala disparada por Vega encuentra el centro del pecho de Oliveira, mientras que el proyectil de calibre .45 se impacta en el sillón del restaurante.

—*Filho da Puta*, se suponía que esto era un baile a la vieja escuela. No sabía que estaba permitido moverse —dice Oliveira escupiendo sangre mientras Vega regresa a su posición inicial después de haberse inclinado hacia la izquierda.

—Te lo dije muchas veces cuando insistías en enseñarme a bailar, galán —responde mientras le quita a *Renata* de la mano y le apunta con ella al centro de la frente—. Las asesinas no bailan samba.

Capítulo 13

La mujer misteriosa

Viernes, 05:33 A.M.

La comandante Bravo espera paciente a que la mesera del restaurante *Iguarias Do Brasil* dé un trago más a su café. Hasta el momento la mujer ha sido cooperativa y sabe que si presiona demasiado estará en riesgo de perderla. No puede permitirse eso.

—Muy bien, señora Lopes (sí, así con s), entiendo que acaba de vivir una experiencia terrible y sé que ya habló con un oficial de Policía, pero ahora necesito que me lo cuente a mí. Cualquier cosa que recuerde puede ser muy importante para nosotros.

Adriana Lopes deja la taza con las manos temblorosas y respira profundamente. Ha trabajado en ese restaurante desde hace 22 años y jamás había visto algo como eso.

—Es que simplemente no lo entiendo —dice al fin—, ¿por qué le hizo eso al señor Rodrigo? Él era tan buena persona, era muy educado, siempre sonriente. Dejaba buenas propinas pero lo más importante es que siempre era amable. Nunca le hizo daño a nadie.

Excepto que era un asesino profesional que ha matado solo Dios sabe a cuántas personas, piensa Bravo.

—Entonces su nombre es Rodrigo —dice Bravo reprimiendo aquel pensamiento y utilizando deliberadamente la palabra *es*, y no *era*—, ¿sabe cuál es su apellido?

Adriana hace memoria por unos momentos y a pesar de la situación se permite una sonrisa.

—No, nunca lo había pensado. Ha sido un cliente habitual por más de 10 años y nunca supe su apellido. Sé que era originario de Salvador de Bahía, en Brasil. No sé si eso le sirva de algo.

—Probablemente sí —dice Bravo procurando que su interlocutora la siga viendo a ella y no volteé a ver el al equipo forense que empieza a levantar el cadáver aún recargado en el sillón tipo *booth* en el que estaba tan cómodamente sentado antes de que alguien interrumpiera su café y le metiera

un tiro en el pecho y otro en la frente.

No se había sorprendido al recibir la llamada que le avisaba de otro homicidio violento, lo que sí le llamó la atención fue que este se hubiera llevado a cabo en un lugar público.

Incluso llegó a pensar que no necesariamente estaría relacionado con los otros dos homicidios, después de todo, la Ciudad de México con nueve millones de habitantes —o 21 millones de almas si se incluye la Zona Metropolitana del Valle de México— registra un promedio de cuatro homicidios diarios, así que no era descabellado pensar que se tratara de un caso aislado. Siempre hay locos y locas con motivos para matar y siempre, lamentablemente, hay víctimas.

La idea desapareció en cuanto le dijeron que sobre la mesa había una nota dirigida a ella.

No confíe en ellos, comandante Bravo. Ese fue mi error.

—Muy bien —dice regresando su atención a la testigo—. ¿Estuvo presente el momento en que lo mataron?

—Estaba en la cocina ayudando cuando escuché el primer disparo, entonces, a pesar del miedo me atreví a asomarme por la ventanilla de la puerta y vi el tiro de gracia. Directo a la frente. Sin darle oportunidad de nada. Nunca había visto algo así. Solo en las películas.

—¿Vio bien al asesino? —pregunta utilizando deliberadamente el sustantivo masculino mientras la mira directamente esperando la respuesta que confirme su teoría.

—Asesina —dice Adriana—, fue una asesina.

Julieta siente que su corazón late un poco más rápido. El análisis de los mensajes escritos a mano ya señalaban esa posibilidad casi como una certeza, pero saberlo a ciencia cierta es una cosa muy distinta. Es un paso adelante para resolver ese maldito rompecabezas que estuvo imposiblemente disperso por años y está empezando a tomar forma inesperadamente en cuestión de horas.

—Hábleme de ella, por favor. Y confíe en mí cuando le digo que no está en peligro alguno. Estoy segura de que la asesina tuvo tiempo suficiente para matarla a usted y al cocinero si hubiera querido eliminar a los testigos. No le interesa quien la vea.

—Sí, eso me queda claro. Incluso volteó hacia la puerta de la cocina después de matar a Rodrigo. Me quedé congelada y no pude ni siquiera agacharme. No creo haber visto una mirada tan vacía en toda mi vida.

Muertos, esa es la palabra que busco. La *menina* tenía los ojos muertos.

—¿Menina?

—Discúlpeme —dice la testigo con una sonrisa—, es una palabra en portugués para decir chica, niña, muchacha. En este caso lo que quise decir es chica.

—Entonces era una mujer joven —inquiere Bravo cada vez más interesada en lo que la única testigo hasta el momento puede aportar al caso—. ¿Qué edad diría que tiene?

—No lo sé, joven. Definitivamente menos de 30, tal vez 25. Lo más irónico es que... bueno, no. Es una tontería a estas alturas.

—Nada de lo que nos pueda informar será una tontería. Por favor, dígame lo que está pensando.

Adriana duda. Dentro de ella siente que puede estar traicionando a Rodrigo al hablar de él, pero por otro lado piensa que si lo que diga servirá para atrapar a la asesina, entonces debe valer la pena.

—Bueno, el señor Rodrigo era... ¿cómo lo puedo decir? Constantemente traía chicas a desayunar aquí, evidentemente después de pasar la noche con ellas porque siempre venían muy temprano. Yo creo que era como su forma de sacarlas de su casa después de. Ya sabe... Siempre eran mujeres muy atractivas, todas, pero ninguna vez lo vi con una tan bonita como esta. Cuando la vi entrar pensé que ojalá y se quedara con ella, y mira, lo acabó matando.

—¿Por qué pensó que eran pareja? ¿Llegaron juntos? —Definitivamente eso no cuadraba.

—No. El señor Rodrigo llegó primero, pero cuando le pregunté qué quería comer me dijo que por lo pronto solo café, que estaba esperando que llegara una vieja amiga.

—¿Vieja amiga? ¿Está segura que dijo eso? —Eso podría confirmar sus sospechas.

—Sí, esas fueron sus palabras exactas, de hecho me las dijo en portugués, *velha amiga*. Ella llegó después y fue directo a su mesa. Solo platicaron unos minutos antes de que se escucharan los disparos.

Bravo está más que complacida. No solo ha confirmado que se trata de una mujer, también sabe que es joven, muy atractiva y definitivamente conocía a su víctima. Ya no tiene dudas de que forma o ha formado parte de *Samedi*. Ahora necesita averiguar quién es y qué la motiva.

—Muy bien, señora Lopes (que sí, que se escribe con s y no lleva tilde).

Me ha ayudado bastante —dice mientras ve a Pérez acercarse después de asegurarse de que han levantado el cadáver del brasileño—. Ahora, si me ayuda con la descripción de la sospechosa.

—Como le dije, joven, menos de 30 años. Muy alta, incluso un poco más que el señor Rodrigo por lo que pude ver cuando ella llegó y él se paro. Como le dije, era todo un galán y un caballero con una sonrisa que conquistaba a cualquier mujer. Si no estuviera yo casasa...

—¿Color de pelo, piel, ojos? —pregunta Pérez mientras se sienta al lado de su colega.

—Pelo negro, piel blanca, pero no pálida. Ya saben, un color muy mexicano, por decir algo. Yo diría que es del mismo tono de piel que usted —contesta volteando a ver a la comandante Bravo—. La piel, no el pelo. Usted tiene el pelo un poco más claro.

Aunque sabe que no significa nada en particular el comentario la pone un poco incomoda. Pérez lo nota e interviene.

—¿Qué me puede decir del color de los ojos y su complexión física? ¿Estaba buena, en pocas palabras?

—¡Pérez! —reclama Bravo—. Lo que mi colega quiere decir es si se veía en buen estado físico.

—Calma comandante, que yo no me asusto como los jóvenes de hoy que encuentran todo ofensivo. De hecho, es una buena forma de preguntar porque no deja lugar a dudas de qué es lo que quiere saber —dice Adriana antes de dirigirse directamente a Pérez—. Sí, estaba buena y mucho. Aún a pesar de que traía saco se podría adivinar su figura. Sobre los ojos, no estoy segura si verdes o de un castaño muy claro que los hacía verse avellana con la luz, pero definitivamente es como ya dije, muy atractiva.

—Muy bien, eso nos sirve mucho. ¿Podemos mandarle un especialista para hacer un retrato hablado?

—Claro, o también puedo pasarles una copia del video. No tiene audio, pero la imagen es buena, la alta definición, que le llaman.

—¡¿Del video?! —preguntan Bravo y Pérez al unísono.

Adriana los mira con expresión de sorpresa, incapaz de determinar si están contentos o enojados.

—Sí, se lo dije al primer policía que llegó. ¿No les habían dicho? Solo tenemos una cámara, pero toma directamente hacía el sitio en donde estaba sentada ella —dice mientras señala a la esquina.

Solo entonces reparan en el dispositivo casi perfectamente camuflado

entre adornos florales y mascarar brasileñas.

—Cuando averigüe quién fue el primero que llegó... —masculla Pérez.

—Olvídalo —dice Bravo—, de seguro lo puso en el informe. Sabes bien cómo son los uniformados. ¿Nos puede dar una copia del video?

—Claro que sí, de hecho lo pueden ver en sus teléfonos o cualquier computadora con Internet. La cámara tiene una aplicación y todo se guarda en *las nubes* y ya uno decide si quiere descargarlo o que se vaya borrando cuando se llena. Les puedo apuntar la clave de una vez.

—En la nube —corrige Pérez—. No en *las nubes*.

—Bueno, ¿Quieren la clave o no?

—Sí, por favor.

Bravo instala la aplicación en su teléfono, coloca los datos y accede al archivo de la grabación. No puede reproducirlo en el móvil pero sí enviar un enlace para que su equipo de la División de Investigaciones Especiales lo descargue en la base y lo pase a la División Científica de inmediato.

—Listo, con esto la podremos ver en la oficina, mientras tanto le diré a los muchachos que vayan revisándola. ¿Tiene alguna computadora con pantalla grande para verla aquí, señora Lopes?

—Sí, la podemos ver en la oficina del dueño, la tiene con clave pero no sabe que yo me la sé y como está fuera de la ciudad, no se dará cuenta. Es la puerta que está al fondo, vayan pasando, yo llevaré el café.

—Gracias, pero ya hemos tomado demasiado café hoy —replica Pérez.

—Pero no has tomado de mi café brasileño, cariño —contesta mientras le guiña un ojo.

Pérez y Bravo se sientan frente al enorme monitor de 27 pulgadas en la oficina solo para confirmar que la computadora efectivamente está protegida con contraseña y tienen que esperar a que llegue con el café.

Cuando Adriana cruza la puerta Pérez está a punto de decirle que no, pero el aroma que despide la taza lo hace cambiar de opinión de inmediato. Después del primer sorbo se alegra de que lo hayan ignorado cuando rechazó la oferta.

—Señora, si usted es soltera y está buscando nacionalizarse mexicana, soy capaz de llevarla al juzgado y desposarla hoy mismo— dice sonriendo.

—Estoy casada desde hace mucho y de cualquier forma no sabrías qué hacer con un *mujerón* como yo —dice Adriana abriendo los brazos a su máxima extensión, en clara referencia a que a pesar de medir menos de un metro con 60 centímetros su peso se acerca peligrosamente a los 100 kilos.

—Bueno, ya —dice Julieta interrumpiendo las risas—. Si no es mucha molestia, quisiéramos ver el video. Y también eres casado, Manuel.

Adriana desbloquea la computadora y accede al registro para darle a la comandante Bravo el mouse y el teclado. Inician el video en el momento en que Oliveira ingresa al restaurante.

—Se fue directo a ese lugar, sin siquiera ver los demás —advierde Bravo—. ¿Siempre se sentaba ahí?

—No, contesta Adriana, de hecho siempre buscaba uno de los lugares de la esquina, junto a la rocola.

—Es decir, uno de los lugares que no se ven bien en el tiro de esta cámara —dice Pérez—. Si el lugar el que se refiere es ese —apunta con el dedo—, notará que está casi tapado por esta máquina de malteadas.

Adriana se queda en silencio, intentando dilucidar qué quieren decir. Para ella Rodrigo Oliveira es una víctima y ahora están hablando de que se escondía de las cámaras.

—En pocas palabras —continúa Bravo hablando con Pérez—, tenía años viniendo aquí y hoy se sentó justo en el sitio en el que sabía que la cámara estaría a sus espaldas y la persona que se sentara frente a él sería la estrella de la película.

—Pero al hacer eso también quedaba expuesto él —sigue Pérez—. No tiene sentido.

—A menos que pensara que tenía poca oportunidad de salir con vida y exponer a su asesina fuera una especie de venganza póstuma.

El video continúa. Lo ven marcando un número de teléfono y quedarse callado por varios minutos con el dispositivo pegado al rostro. Después intercambia unas cortas frases antes de colgar, sacar una pistola del saco y ponerla en la mesa para cubrirla con una servilleta.

Minutos después se dan cuenta de que no pasa absolutamente nada y ponen el video en modo rápido. Lo detienen cuando el contador marca poco más de las 5:00 de la mañana cuando ven a una mujer cruzando la puerta.

—¡Espera! —exclama Pérez—. ¿Viste eso?

—¿Qué cosa?

—Regresa unos segundos.

Bravo lo hace y observa a Vega entrar por la puerta de nuevo. En esta ocasión sí lo nota. Un segundo o menos, pero ahí está. Una mirada directa a la cámara.

—¿Esta mujer había venido antes? —pregunta Pérez.

—No que yo recuerde —responde Adriana—. Y tengo muy buena memoria para mis clientes.

Pérez voltea a ver a Bravo, preocupado y Julieta aprieta los labios mientras un pensamiento cruza por su mente.

Ni Pérez ni yo nos dimos cuenta de la cámara a pesar de estar aquí casi una hora, tú la viste en cuanto llegaste. ¿Quién demonios eres?

Si la habilidad de la asesina para detectar la cámara los preocupó, no es nada comparado con lo que sienten al ver el resto del video. La ven sentarse y poner su arma sobre la mesa sin dejar de mirar a su objetivo.

Lo que pasa después deja a los tres en completo silencio. Pérez incluso se acerca a la pantalla para asegurarse de que la reproducción no está en modo acelerado. Adriana Lopes cierra los ojos cuando Vega toma a la pistola de Oliveira y la usa para rematarlo.

Después, y por si quedaba alguna duda, Vega levanta la vista, directamente hacia la cámara. Su rostro se ve perfectamente.

Hola para ti también, piensa la comandante Bravo, consciente de que la mirada va dirigida a ella.

La mujer en la grabación saca una hoja de papel y comienza a escribir su mensaje, provocando que Pérez y Bravo casi salten de la silla. Al momento de dejar la nota mira directamente a la cámara por tercera ocasión.

—¡No lleva guantes! —dice Pérez, pero Bravo ya está pausando el video y sacando su teléfono de la bolsa.

—Dime, Bravo —contesta Luis Sánchez, perito de la División Científica de la Procuraduría.

—¡Las notas! —dice de inmediato— ¡Revisen las huellas digitales en las notas!

—No entiendo, tú misma dijiste que eran profesionales, que de seguro no dejarían huellas. Le estamos dando prioridad al resto de las evidencias y pensábamos revisar esos mensajes un poco mas tarde.

—Estamos viendo el video del último homicidio. Escribió la nota sin guantes. Y por cierto, el especialista en grafología tenía razón, es una mujer.

—¡Madres! —exclama Sánchez— Muy bien, muy bien. Me encargaré de supervisar el asunto yo mismo. Los resultados deberían estar en menos de dos horas. Toma en cuenta que es probable que no tenga antecedentes, que no tengamos nada con qué compararlas. Una asesina de tres personas no dejaría sus huellas tan libremente si sabe que podemos identificarla.

—Tal vez no sea eso. Tal vez simplemente no tiene interés en escapar —

dice mientras observa en la computadora la imagen congelada de unos ojos verdes mirándola directamente a través de la cámara—. Al menos no después de terminar lo que está haciendo.

Capítulo 14

Ni las balas duelen tanto

Viernes, 07:15 A.M.

No, Vega no tiene interés alguno en escapar. Para ella su vida acabó hace 18 meses, en el mismo instante en que se terminó la vida de Laura Navarro.

Observa la sucia y fría tumba con mirada impasible. No le interesa dedicarle unas palabras, mucho menos llevarle flores. De rezar ni hablar. Su mejor amiga —su única amiga— no era una mujer religiosa y ella tampoco lo es. Sabe que lo que está enterrado a sus pies no es Laura, tampoco son ellos. Solo son restos pudriéndose y eventualmente se convertirán en polvo. Su amiga no está ahí.

Ella tampoco está en ese lugar por ella. Si quisiera recordarla iría a la casa en donde la acogió sin pedirle nada a cambio cuando cumplió 18 años y necesitaba un lugar en dónde vivir, o a la cafetería en la que solían platicar durante interminables horas que parecían pasar rápidas como un suspiro antes de que se convirtiera en una asesina profesional.

O incluso visitaría el orfanato en donde Laura se convirtió en su mejor amiga y aguantó valientemente ser violada cada semana durante tres años con tal de que el maldito cerdo que abusaba de ella no tocara a otras niñas más pequeñas.

Durante los últimos cuatro años en el *Lugar Infeliz*, como le llamaban cuando nadie escuchaba, ya no hubo violaciones. Si a algún guardia le llegó a pasar algo así por la mente, el solo rumor de que la muerte de Matías no había sido producto de un robo, como se dijo en la versión oficial, sino de que una niña no identificada —y aún interna— le había clavado un tornillo en los huevos, en el cuello y lo había golpeado hasta la muerte antes de dejarlo desangrarse debió ser suficiente para disuadirlo.

No, ya no hubo violaciones y por obvias razones eso fue una gran mejoría, pero el resto del trato que les daban siguió igual. Tanto las maestras como las trabajadoras sociales que debían atenderlas las trataban como basura, como mercancía dañada. Era como si consideraran que el orfanato era solo un lugar de paso por mientras cumplían la mayoría de edad y eran

expulsadas a las calles, en donde seguramente ante la falta de oportunidades terminarían robando, prostituyéndose y drogándose en las calles antes de acabar en la cárcel o en una fosa común.

Tristemente, no estaban equivocadas. Muchas de las *graduadas* de la *Casa Hogar Lugar Feliz* tuvieron esa clase de destino, aunque Vega de alguna manera siempre supo que no sería para ella. Lo que no sabía era que le esperaba algo peor y que se llevaría por delante a la persona que más quería en el mundo.

Cuando por fin dejó de llorar por la muerte de sus padres —y eso le tomó años— decidió dos cosas: la primera: que se las arreglaría para conseguir un trabajo honesto que le permitiera salir adelante, y la segunda: que jamás volvería a llorar por nadie.

En las dos cosas, falló.

Su mente vuelve al día en que cumplió 18 años y salió de la *Casa Hogar Lugar Feliz*. La única persona esperándola afuera era Laura. No podía ser de otra manera.

—No hay plazo que no se cumpla, hermanita. Bienvenida al mundo real —dijo mientras le ofrecía un enorme termo de café que le supo a gloria después de años bebiendo lo que hacían pasar por esa bebida dentro del orfanato.

Para ese entonces Laura tenía 21 años y tres de ellos fuera del orfanato. A pesar de todo, una de las pocas cosas positivas del *Lugar Infeliz* era que salían de ahí con sus diplomas de secundaria y bachillerato. Eso y las ganas de salir adelante le permitieron a su amiga aspirar a un modesto pero honesto trabajo de asistente de oficina.

Poco después había conocido a Osvaldo, quien era subgerente en la sucursal de una cadena de comida norteamericana. Ninguno de los dos ganaba mucho dinero, pero haciendo un gran esfuerzo y uniendo sus salarios consiguieron hacerse de una pequeña casa de dos habitaciones.

Ahora, y sin pedirle nada a cambio, le ofrecían esa segunda habitación a ella para que al menos empezara con un techo sobre su cabeza mientras encontraba su lugar en el mundo.

—¿Estás bien segura de que tu novio está de acuerdo? —preguntó Vega de nuevo mientras se dirigían a la casa en la colonia Roma Norte—. Sé que tienen poco viviendo juntos y lo menos que quiero es molestarlos.

—No seas ridícula, Selene. Nuestra casa no es mucho, pero en lo que a nosotros respecta, también es tuya.

Vega la miró con una sonrisa en el rostro. Con mucho miedo por lo que venía, pero también con alegría por empezar lo que a partir de ese momento debería de ser una buena vida.

Por supuesto que no tenía ni idea de lo que les deparaba el destino.

—Además —continuó Laura sacándola de sus pensamientos—, no puedo permitir que mi dama de honor duerma en la calle. Eso sería muy mala leche de mi parte.

—¿Qué? —preguntó Vega asombrada mientras una sonrisa empezaba a dibujarse en su juvenil rostro.

—Que Osvaldo y yo nos vamos a casar, tonta. Todavía no, tenemos que juntar algo de dinero para hacer una boda sencilla, pero nos vamos a casar. Y cuando camine hacia el altar quiero que seas tú quien me lleve del brazo. NO te preocupes, no tienes que ponerte traje de hombre.

Ambas se miraron a los ojos. Habían pasado cuatro años desde el episodio de Matías, sin embargo, el recuerdo de lo que había hecho nunca la había abandonado; ver a su amiga, a su *manita*, feliz, siguiendo adelante con su vida e incluso a punto de casarse, tuvo un poder instantáneo para empujar ese mal recuerdo un poco más hacia el olvido.

—Entonces, ¿aceptas?

—Claro que acepto —contestó Vega—. Las dos cosas, pero te advierto que si cuando te cases tiras el pinche ramo de flores a mi dirección, lo voy a patear por toda la iglesia.

La ocurrencia fue celebrada con risas y un fuerte abrazo.

Si tan solo lo hubiera sabido en ese momento, habría salido de tu vida sin voltear hacia atrás, manita.

La boda tuvo lugar poco más de un año después. Tuvieron que esperar para poder ahorrar y pagar un local modesto. Laura no tenía familia, pero Osvaldo sí. Y por supuesto querían invitarlos a todos.

Durante ese tiempo, Selene, quien también tenía su certificado de bachillerato, pasó de un trabajo a otro sin pena ni gloria, siempre durando menos de seis meses en cada uno, algunas veces simplemente porque se hartaba de recibir ordenes y otras para escapar del acoso sexual del que era objeto por parte de sus superiores que invariablemente sentían que merecían *algo más* de parte de la muy atractiva jovencita, después de todo le estaban dando trabajo a pesar de que había pasado 7 años en algo parecido a una cárcel.

Aún así se las arregló para llevar una vida casi normal hasta que el

destino quiso que un pobre imbécil le tocara el trasero en la calle y uno de los asesinos más peligrosos del mundo la viera destrozándole la cara.

Dejó la casa de Laura para ir a vivir y entrenar con Martínez unos días después, con apenas 21 años y el único contacto que mantuvo con ella fue por mensajes, primero sms y posteriormente de *Whatsapp*, siempre inventando pretextos para no verla. Incluso la eliminó de sus cuentas de redes sociales, que solo mantenía para publicar imágenes y estados falsos a fin de que nadie se extrañara por su repentina desaparición.

Selene continúa con los ojos fijos en la tumba de Laura incluso cuando escucha los característicos pasos pausados, casi imperceptibles de Yagami a sus espaldas. El ex integrante de la Yakuza californiana rompe con todo el cliché de la estatura de los japoneses; es solo un poco más bajo que ella, pero mucho más fuerte. Aún así y a pesar de todo el acero que siempre carga consigo se las arregla para ser silencioso como un maldito gato.

Su corazón se acelera un poco al notar su presencia pero no hace ni un intento por moverse. Si se tratara del animal de Richardson giraría con sus armas en la mano en ese instante, pero si algo sabe del japonés es que es un hombre de honor. Torcido, pero honor a fin de cuentas.

También sabe que le gusta probarse a sí mismo y durante años, entre broma y broma, ha estado diciendo que quería medirse a ella pero no en un entrenamiento en donde ambos saben que no pasaría de golpes y alguna mallugadura, sino en una pelea real, de vida a muerte. Después de todo fue él quien la entrenó en el uso de la tradicional *katana* y de otras armas punzo cortantes.

—No estaba seguro de si iba a encontrarte aquí, Vega —dice Yagami mientras se para justo a su lado, a menos de cinco centímetros de distancia—. Nunca fuiste una mujer de fe.

Vega no contesta, ni siquiera voltea a verlo y tampoco hace esfuerzos por alejarse del asesino. Ambos saben lo que viene. Lo que están viviendo en ese momento es solo la calma antes de la tormenta.

—Pero claro, yo sí lo soy —continúa el japonés—. De todos nosotros yo era el único al que se le iba a ocurrir que nos encontráramos en este lugar. Frente a sus tumbas. ¿Cierto?

Yagami lleva la mano al interior de su chaqueta, pero no busca un arma. Sonríe al darse cuenta de que Vega ni siquiera tensa los músculos. Ambos saben que no la atacará de esa manera. El japonés saca un extraño cigarrillo y lo enciende.

—De verdad que la querías, me puedo dar cuenta de eso —dice después de expulsar la primera bocanada de humo—. Debió ser duro para ti tener que meterle ese cuchillo en el centro de la frente. Esos recuerdos deben ser... bueno, supongo que ni las balas duelen tanto.

Capítulo 15

Consulta al oráculo

Viernes, 06:53 A.M.

Bravo y Pérez entran como trombas a la oficina del procurador Lagarda, quien levanta la vista de su computadora con una expresión de sorpresa al notar la actitud de ambos.

—Selene Vega —dice Julieta remarcando las palabras y haciendo una ligera pausa entre el nombre y el apellido mientras arroja un folder al pulcro escritorio y hace volar un par de hojas de papel con el impacto.

Lagarda pasa su vista de Bravo, a Pérez y a la carpeta antes de regresar a la comandante de la División de Investigaciones Especiales.

—¿Quién es Selene Vega? —pregunta al fin.

Pérez se mantiene callado y aprieta los labios. Es un buen policía y quiere saber la verdad pero su instinto le dice que está a punto de cruzar una línea que pocos han cruzado y vivido para contarla.

—Esperábamos que usted nos lo dijera, señor procurador —dice al fin Bravo.

A Lagarda no se le escapa el tono utilizado por Bravo al pronunciar su puesto.

—¿Qué?

El procurador abre el folder y se encuentra con una única hoja de papel. El nombre está ahí, *Selene Vega castillo*, pero el espacio de la fotografía está en blanco y la hoja tiene más tachones con marcador negro que información legible. En el centro del documento hay un cuadro con letras en rojo: *Información Reservada por el Procurador General de la República*.

—Las huellas digitales que encontramos en los mensajes nos dieron ese nombre —aclara Pérez, tomando la palabra antes de que lo haga Bravo con la esperanza de disminuir un poco la tensión—. Sin embargo al buscar el nombre en la base de datos solo obtuvimos la primera hoja del expediente, esa que imprimimos, y como verá está casi completamente censurada.

—¿Me están acusando de algo? —Lagarda observa el documento de nuevo antes de levantar la vista directo a sus agentes; Pérez baja la mirada

por un segundo, antes de recobrar los bríos y levantarla de nuevo.

—No, señor —contesta Bravo mientras señala con su dedo la fecha en la esquina inferior del expediente—, el expediente señala que la información fue reservada hace más de cuatro años antes de que usted fuera Procurador. Evidentemente la decisión, por el motivo que sea, fue tomada por su antecesor.

—Sin embargo las fechas de entradas dicen que el documento se ha actualizado algunas veces en ese lapso de tiempo. La última actualización fue hace un año, días más, días menos —dice Pérez recobrando el ímpetu—. Las únicas personas con autorización para abrir este archivo son usted y la persona que lo haya actualizado.

Lagarda los mira con semblante serio. Podrá ser más político que policía pero no es tonto. Sabe que la forma en la que llegaron lanzando el folder y gritando el nombre de la sospechosa no fue accidental, sino que estaban tratando de buscar una reacción en su rostro. Bien por ellos.

—Siéntense —dice al fin mientras mueve el *mouse* para que se active la pantalla de su computadora. Abre el módulo de datos de la Procuraduría General de la República y teclea su contraseña deliberadamente más lento de lo normal para que puedan ver las teclas que presiona.

Ninguno de los tres dice nada, pero queda claro que el gesto es una forma de cerrar el episodio anterior, con una muestra de confianza.

—Muy bien —dice mientras escribe el nombre de la sospechosa en la barra de búsqueda —veamos qué secretos nos ocultas, Selene Vega.

La búsqueda arroja un solo resultado. El Procurador hace click en él y aparece una versión digital de la misma hoja impresa que está en su escritorio, así como un mensaje en color rojo.

Este es un expediente protegido, introduzca de nuevo su clave de seguridad.

Lagarda teclea su contraseña de nuevo y las partes del expediente que estaban tachadas se vuelven visibles de inmediato. También aparece la fotografía de la joven.

Pérez y Bravo observan la pantalla extrañados. No hay antecedentes penales. El único incidente se refiere a una agresión a un hombre en la calle en el año 2012, pero no fueron presentados cargos y el agente del Ministerio Público no encontró elementos para iniciar un procedimiento oficioso.

—No entiendo nada —dice Pérez— ¿por qué bloquear un expediente de una persona que nunca ha sido procesada?

—No lo sé —responde Bravo mientras arroja a un bote de basura la pluma que estaba mordisqueando—, pero estamos como empezamos. ¡No es posible que sepamos tanto y a la vez no sepamos nada!

César Lagarda también observa el monitor, pensativo, como un jugador de ajedrez evaluando sus opciones. Después de unos segundos toma la decisión que cree más conveniente.

—No necesariamente— dice al fin mientras señala con el dedo, no con el *mouse*, una pequeña figura en la esquina inferior izquierda de la pantalla de su computadora—. ¿Recuerdan el tema de *Pegasus*?

Los ojos de Bravo prácticamente destellan mientras voltea a ver a su superior.

—¿El software de espionaje utilizado por nuestro propio gobierno para espiar a periodistas, rivales políticos y a algunos activistas? —La pregunta es retórica—. Sí, claro que lo recuerdo, tuve que responder a muchos cuestionamientos de la prensa por ser la comandante de la División de Investigaciones Especiales, a pesar de que expliqué una y otra vez que en realidad ese era un tema de inteligencia y seguridad nacional y no estaba relacionado directamente con mi área.

Y no había mentido; *Pegasus*, una herramienta de espionaje de punta que consiste en un sofisticado *software* que se infiltra en los teléfonos celulares y dispositivos inteligentes de los blancos elegidos, fue adquirido por el Gobierno de México entre 2015 y 2016 —de acuerdo a lo admitido públicamente— través del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN) y fueron ellos quienes lo utilizaron de manera indiscriminada en objetivos elegidos muchas veces por razones personales hasta que fueron descubiertos por la opinión pública a principios del año 2017.

Al menos oficialmente, pues extraoficialmente se dice que el sistema sigue activo aún hoy en día.

—Pues bien —continúa Óscar Lagarda—, *Pegasus* no fue el único software adquirido por el gobierno para temas de espionaje y seguridad nacional. Ni siquiera es el más reciente.

Bravo nota el énfasis cuando dice *adquirido por el gobierno*, tratando de dejar claro que él no tiene nada que ver, pero decide no decir nada al respecto. Recuerda una frase coloquial que era muy usada por su abuela, *ahorita no está el horno para bollos*.

—Este ícono —añade el procurador señalando una pequeña esfera que parece contener el rostro de una persona con capucha dentro de ella—, es de

Oráculo.

—¿Qué demonios es *Oráculo*? —pregunta Pérez. Bravo simplemente se mantiene callada, con los labios apretados, segura de que se trata de algo que no les conviene saber, pero es necesario en ese momento.

—*Oráculo* es un sistema de inteligencia que opera dentro de los sistemas de inteligencia. Díganos que guarda los secretos de los secretos. Es información que se obtiene de manera irregular y por canales... poco convencionales. Información que por su procedencia no puede ser usada en juicios, ni en ningún tipo de procedimiento legal reconocido por el gobierno. Ni siquiera el presidente de la República sabe de su existencia.

—Información sucia, en pocas palabras —complementa Bravo—. Obtenida no solo mediante espionaje, sino mediante engaños, robos, incluso tortura y asesinato. ¿Me equivoco?

Lagarda se limita a asentir.

—¿Y el expediente de esa mujer está en esa categoría? ¿En qué putas nos estamos metiendo? —pregunta Manuel Pérez, aunque sabe que es demasiado tarde para echarse para atrás.

Los tres guardan silencio por un momento, pensando en las implicaciones de lo que están a punto de hacer. Al fin es Lagarda quien hace la pregunta mientras lleva el mouse directo al ícono.

—Tengan en cuenta que muy seguramente en cuando haga click aquí, se activará algo tipo de alerta en el CISEN. No sé cuánto tiempo tendremos antes de que algún sujeto misterioso decida hacernos una visita para ver su representamos algún riesgo para sus intereses. ¿Estamos en esto juntos?

Pérez traga hondo antes de contestar que sí. El comandante de Homicidios es molesto en ocasiones, pero nadie puede negar su valentía ni su compromiso con el trabajo. Bravo ni siquiera tiene que decir nada.

Una advertencia de expediente restringido distinta a la primera salta en cuanto Lagarda hace *click* en el ícono de *Oráculo*. Esta vez teclea una contraseña distinta rápidamente y los tres ven un largo expediente abrirse en la pantalla ante sus ojos.

Lagarda va moviendo por las diferentes partes del documento poco a poco, asegurándose de que Bravo y Pérez lean todo el contenido junto con él. Es Julieta quien toma la palabra mientras lee.

—Mataron a sus padres en un asalto cuando tenía solo 11 años — comenta como si sus compañeros no estuvieran leyendo junto con ella—. A su papá de un disparo en la cabeza y a su mamá por estrangulamiento,

después de tenerla cautiva casi una semana.

—Mató a su segunda víctima, al alemán, estrangulándolo —advierde Pérez— ¿Creen que tenga algo que ver con eso?

—No, no lo creo. Los asesinos de sus padres no eran profesionales, nada más lejos que eso —afirma Bravo mientras sigue leyendo—. Aparentemente los muy idiotas se mataron a tiros entre ellos. Posiblemente mientras peleaban por el dinero o por la mujer.

Los tres leen la información que se va mostrando en la pantalla conforme Lagarda hace *scroll*; les llama particularmente la atención un apartado llamado *Incidente en el orfanato*.

El incidente en cuestión se refiere a la muerte de Matías Sosa, un guardia nocturno. El caso fue archivado como un homicidio derivado de un intento de robo que salió mal. Años después, cuando Vega se volvió relevante, los investigadores rescataron información entrevistando incluso a algunas de las niñas, para ese entonces ya mujeres jóvenes que habían estado en la *Casa Hogar Lugar Feliz* durante esos años.

Ya no había forma de probarlo en ese momento, pero la información de *Oráculo* iba en el sentido de que Selene Vega había matado al guardia para detener una ola de violaciones; por supuesto, en ese momento ninguna niña la acusó de nada y en el orfanato prefirieron cerrar el caso antes de que se hiciera un escándalo mediático.

El archivo era bastante detallado en cuanto a la forma en que Sosa había muerto, incluyendo la herida en los testículos y la golpiza brutal.

—Trece años —dice Bravo—. Tenía solo trece años cuando cometió su primer asesinato.

—El primer asesinato que nosotros sepamos —corrige Pérez—. Y no solo lo mató, lo masacró. Se ensañó con él hasta que quedó satisfecha. Puede ser que haya sufrido la muerte de sus padres y que el tipo ese haya sido un maldito violador que se lo merecía, pero también es claro que la chica tenía algo podrido por dentro desde niña. No conozco a muchas personas que puedan hacer algo así. Ciertamente no a muchas niñas de trece años.

En el documento hay varios apartados divididos por años, con cada año conteniendo una columna con nombres de ciudades. Tan solo en 2013 pueden leer Nueva York, Monterrey, París, Chicago, Okinawa, Buenos Aires, Guadalajara, Caracas y Manchester: los siguientes años la lista es mucho más extensa.

—¿Una ciudad por cada asesinato? —pregunta Pérez—. Si es así, nuestra

chica es una mujer muy ocupada.

—Tal vez debamos imprimir lo que este dentro de cada una de esas subcarpetas y comparar la información con homicidios sin resolver, especialmente de alto impacto —dice Bravo—, pero creo que por el momento eso es secundario. Lo que necesitamos averiguar es en dónde está y cual es su siguiente paso.

Los tres coinciden y su atención pasa a otro apartado destacado, uno que les interesa mucho en particular: *Afiliación y socios conocidos*.

Bravo, Pérez y Lagarda leen con atención la información en donde habla clara y ampliamente de un grupo de asesinos de élite que operan bajo el nombre de *Samedi*; de acuerdo al documento, Selene Vega ingresó al grupo en el año 2013, cuando tenía 22 años.

No solo eso, en el apartado *socios conocidos* puede verse información detallada —fotografías incluidas— de Luis Fernando Martínez, Ernest Richter, Rodrigo Oliveira, Derek Richardson y Katsuro Yagami, todos ellos, junto al de Selene Vega, por debajo de un espacio en blanco en donde solo se muestra el ya conocido sobrenombre de El Ruso.

—Hijos de puta —exclama Bravo mientras da un golpe sobre el escritorio—. Tienen años diciéndome que estoy loca, que persigo fantasmas y siempre han sabido de ellos. ¡Hijos de puta!

Óscar Lagarda guarda silencio. Sabe perfectamente bien cuál es la pregunta que su subordinada está a punto de hacerle y quiere contestarla de la forma más tranquila posible.

—¿Tú sabías que existían? —pregunta Bravo, dejando de lado el *usted* con el que se había dirigido a él hasta ese momento.

—No, no sabía absolutamente nada —responde calmado y mirándola directamente a los ojos—, y no me ofende que preguntes, lo entiendo perfectamente. Tengo acceso, evidentemente, pero mi trabajo es mucho más que estar viendo expedientes secretos. He consultado *Oráculo* en muy pocas ocasiones, por casos muy especiales y no hubiera llegado aquí si no estuviéramos buscando específicamente esto.

Bravo lo observa por unos segundos antes de decir algo. No es sicóloga, pero los años en la calle le han enseñado a buscar la verdad en los ojos de las personas. No ve mentira en los ojos del procurador.

—Bien, eso me basta, por ahora.

Continúan revisando el documento, hasta llegar a un apartado casi al final: *Retiro de Samedi - Incidente Laura Navarro*.

—Laura Navarro, el nombre me recuerda algo, pero no estoy segura de qué es—dice Bravo.

—Yo sí —interviene Pérez apartando la mirada de la pantalla—. He tenido que estar en muchas escenas de homicidios. No me quejo, es parte de mi trabajo. Con el tiempo te vuelves un poco insensible y no las recuerdo todas, pero sí hay algunas que no olvido. Las que son tan terribles que no me dejan dormir en la noche.

Lagarda hace click en el enlace y tanto él como Bravo se horrorizan al leer la relatoría de los hechos y ver las fotografías que la acompañan.

Capítulo 16

El filo de las hojas grita

Viernes, 07:21 A.M.

—Debió ser duro para ti meterle ese cuchillo en el centro de la frente. Esos recuerdos deben ser... bueno, supongo que ni las balas duelen tanto.

Las palabras de Katsuro Yagami le pegan como un martillo pero se las arregla para mantenerse en silencio aunque todo su ser grita por dentro. Aunque los recuerdos amenazan con destrozarla en maneras que hacen que lo que ellos le hicieron parezca juego de niños.

—No te preocupes, entiendo perfectamente lo que sientes —agrega el japonés tras otras bocanada de humo—. Yo mismo he tenido que matar a algunos buenos amigos, pero ya sabes, cuando se trata de ellos o tú, tienes que escoger tu vida. Es lo que somos. Es lo que nos hace diferentes a los objetivos. Es lo que nos hace vivir más que ellos.

Solo entonces voltea a verlo. Con la mirada le dice que está equivocado, si hubiera dependido de ella hubiera entregado su vida con gusto para salvar la de su amiga y la de los suyos, pero no le dieron esa opción. La orden era quebrar su alma antes de quebrar su cuerpo.

—Oh, ya veo —dice el ex yacuzá—. Bueno, es una verdadera lástima. Ojalá nunca hubieras desafiado al Ruso.

Y esas palabras la llevan de regreso a un recuerdo muy desagradable, el de la última vez que cruzó una palabra con El Ruso.

—¿A qué te refieres con qué no vas a hacer eso? —dice El Ruso amenazante—. No recuerdo haberte dado la opción de elegir.

—No es lo mío, jefe. No es algo que me guste hacer. Estoy segura que Richter o Richardson lo harán gustosos. Yagami incluso, que es una máquina de seguir tus ordenes.

La misión era sencilla. De ejecutar, al menos, pero no de digerir. Un activista ambiental había estado metiéndose en un lugar en donde no debía y estaba cerca de conseguir información que, de salir a la luz, hubiera derrumbado un negocio de millones de dólares relacionado con la destrucción de una parte importante de la Sierra Madre del Sur, principalmente en el

punto que toca el Estado de Oaxaca.

El empresario y político involucrado lo quería muerto, pero no era tan sencillo, querían que simulara un robo que salió mal y que matara a toda la familia, incluyendo al hijo adolescente y a las dos pequeñas niña que apenas cursan la escuela primaria.

—No se lo estoy pidiendo a ellos, de hecho, tampoco te lo estoy pidiendo a ti —responde El Ruso—. Te lo estoy ordenando.

Vega vio la amenaza en sus ojos, pero no estaba dispuesta a ceder. Después de casi cinco años de misiones exitosas y sobre todo, limpias, se había ganado su derecho a disentir. O al menos eso creía.

—Después de lo de Nueva York dijimos que no me enviarías a matar a más niños. Vamos, no es necesario que sea yo, el único que está en una misión activa en este momento es Oliveira, los demás están disponibles. Puede hacerlo cualquiera de ellos.

—No, Selene. Después de lo de Nueva York *tú* pediste que no te mandara a matar más niños, yo nunca te prometí nada. Aún así, respeté tus deseos por todo este tiempo. La pregunta es, ¿vas a cumplir las órdenes o ya no eres útil para *Samedi*?

El Ruso no mueve un músculo de su cuerpo, pero Vega sabe por Martínez, que hay un botón de emergencia en el suelo junto a su pie derecho. Si lo presiona sus guardaespaldas entrarán en menos de 20 segundos. Y ni siquiera está segura de que su imponente empleador necesite ayuda para acabar con ella, sobre todo considerando que está desarmada.

—Supongo que el expediente está en el lugar de siempre —dice resignada mientras le da la espalda y sale de la oficina.

Una vez más, la mente de Vega salta de un recuerdo a otro. Se ve como si se tratara de otra persona llegando de nuevo a la casa del activista después de medianoche y abriendo la puerta que no contaba con alarmas o seguridad de ningún tipo más allá que una inútil cerradura *antibumping* que logró forzar en menos de 90 segundos.

Apenas y entra a la sala principal siente que debería irse de ahí. La poca luz que entra por una de las grandes ventanas le permite ver la última foto familiar, impresa de un tamaño ridículamente grande. Los cinco miembros de la familia posan sonrientes sin saber que esa sería una de las últimas fotos que se tomarían juntos.

No puede ir a las habitaciones de la planta alta, al menos no hasta que haga que baje alguien, pues los asesina arriba nadie se creería la historia del

robo. La idea es hacer creer a la Policía que fue obligada a matar a la primera víctima al verse descubierta y después no le quedó más remedio que acabar con todos los testigos.

Se dispone a dejar caer una pesada lámpara de vidrio sobre la mesa esperando que el ruido atraiga al padre o a la madre. Entonces es ella quien escucha un sonido. Voltea a su derecha y la ve.

La hija de en medio, una pequeña de rizos rojizos y mejillas redondeadas aún tiene en la mano el vaso de agua por el que bajó a la cocina y la mira horrorizada. Está vestida con una bata de dormir de Mérida, la princesa escocesa de la película *Valiente*, que también es una niña de pelirroja. Vega sabe por su expediente que tiene 11 años, los mismos que tenía ella cuando le arrebataron a sus padres.

Acaricia la empuñadura de su pistola aún sin sacarla de la funda. Si la niña también tiene que morir no hace ninguna diferencia que sea la primera o la última. Entonces ve en sus ojos la misma mirada aterrorizada que vio en los pedazos ensangrentados del vidrio del auto de su padre 15 años atrás. La misma mirada que provenía de sus ojos.

Un ruido proveniente de la planta alta la saca de su trance y ve al padre de familia bajar rápidamente con un bate de beisbol en la mano y seguido de su esposa. El cuerpo del desafortunado activista sale disparado hacia atrás al recibir dos certeros disparos en el centro del pecho; Selene se sorprende cuando se da cuenta que ni siquiera el cadáver de su esposo detiene el paso de la madre que sigue corriendo, desafiando a la asesina para llegar a su pequeña hija, a quien cubre con su cuerpo.

No dice nada, no tiene que decir nada. Sus ojos son muy claros y gritan *mátame a mí, pero solamente a mí*. Si la mirada de la niña le recordó a la suya, la de la mujer es exactamente igual a la de su madre. Es la mirada de alguien que se dispone a hacer el máximo sacrificio por proteger a las personas que ama. Es la mirada de una madre que está dispuesta a morir por sus hijos.

Vega duda. Sabe que le dieron ordenes muy claras, pero también sabe que el objetivo principal está muerto y eso todavía puede pasar por un asalto que salió mal. Lleva una mascara de esquiar y ni la niña, ni su madre ni los otros dos hijos que para ese momento ya están llorando de rodillas junto al cuerpo de su padre han visto su rostro.

Basta de muerte, piensa mientras camina hacia atrás, aún empuñando el arma para actuar como una ladrona nerviosa, *El Ruso y el cliente tendrán que*

conformarse con esto.

Entonces sale de la casa y al perdonar la vida de una familia firma la sentencia de muerte de otra.

Viéndolo en retrospectiva, se siente estúpida por haber creído que no iba a haber consecuencias. Las hubo y lo peor es que ni siquiera fueron para ella.

El recuerdo se interrumpe cuando Yagami se quita la chaqueta y la deja caer frente a Vega dejando ver la *katana* que mantenía oculta.

—Es la misma que utilicé con ella hace un año. Pero supongo que la recuerdas bien.

Vega ni siquiera se inmuta cuando Yagami toma el arma con su mano derecha. Tampoco aprovecha la oportunidad que le presenta cuando se inclina frente a ella y deja el hermoso sable, cuidadosamente, sobre la chaqueta recién arrojada. No quiere que se ensucie con el pasto cubierto de rocío.

Muy a su pesar, Vega admira la belleza del arma. La hoja de acero es de 70 centímetros y tiene suficiente filo para cortar la cabeza de cualquier ser humano de un solo golpe si la esgrimen las manos adecuadas.

La *tsuka*, o bien, empuñadura, está hecha de roble y recubierta de una fina seda de color blanco brillante con las formas tradicionales de los samurais, mientras que la *tsuba*, o guarda, es de color negro con decorado blanco.

—Supongo que no traes contigo la *katana* que te di después del trabajo de Madrid —dice—. De cualquier forma me queda claro que no sería justo. Te entrené con ella solo un par de años y yo la he usado prácticamente desde que empecé a caminar.

Vega no contesta, la sangre bombeando por sus venas le dice que están a punto de empezar. Yagami saca entonces un *tantō*, un cuchillo japonés de forma casi idéntica a una *katana*, pero de solo 30 centímetros de largo.

—Pero estoy seguro que sí traes algunos de tus cuchillos. Siempre te encantaron esas toscas cosas estilo americano. Me perdonarás si este es un poco largo, pero es de hecho el más pequeño en mi colección.

El cuchillo táctico Ka-Bar de Vega no tiene nada que envidiarle. La hoja afilada por un lado con dientes serrados por el otro solo mide 18 centímetros, pero con los diez del mango casi iguala la extensión del arma de Yagami. Lo saca de la parte interna de su chaqueta sin decir una palabra.

—Siempre lista. No esperaba menos de ti. —El japonés sonrío—. ¿Empezamos?

Vega lanza el primer golpe. Un movimiento de derecha a izquierda que

Yagami elude con un ágil salto hacia atrás logrando salvar su cuello en el proceso, pero no logra esquivar la patada giratoria de Vega que se impacta directamente en el centro de su pecho.

En la fracción de segundo que le toma caer de espaldas al suelo observa a su oponente lanzándose hacia él. Sabe que si se queda quieto un instante esta muerto, así que gira hacia su derecha en cuanto hace contacto con el césped, apenas a tiempo para que su rostro desocupe el espacio que ya utiliza el pie de Vega.

Con el mismo ímpetu lanza un golpe directo al tobillo de su rival, específicamente al área de los tendones, pero solo encuentra aire; aún así, aprovecha los valiosos instantes que Vega pierde al retirar el pie del camino de la afilada hoja para levantarse.

Yagami sonrío y piensa que ahora es su turno. Comienza a hacer girar su *tantō* en la mano en rápidos movimientos que han servido en el pasado para distraer a sus rivales.

Lanza una estocada en diagonal, de abajo a arriba que Vega detiene con su propio cuchillo solo para darse cuenta, demasiado tarde, que su rival nunca tuvo intención de alcanzarla. La patada lineal que recibe en el centro del pecho la hace caer de nalgas sobre una dura tumba.

Yagami busca terminar la pelea clavando su arma en el cuello de su ex compañera, pero ésta apoya las manos en el frío cemento y se eleva levantando sus piernas con todas sus fuerzas; el *tantō* del japonés alcanza a rozar el muslo izquierdo, pero los talones de Vega se impactan directamente en la quijada enemiga haciendo volar un par de dientes.

Se miran con respeto mientras recobran el aire antes de empezar a lanzar golpes de cuchillo una y otra vez provocando que todo el cementerio se inunde del peculiar sonido que hace el acero contra el acero, pero sin llegar a tocar carne, ni siquiera tela.

Al fin, jadeantes, saltan cada uno hacia atrás dejando un poco más de dos metros de separación entre ellos.

—Eres buena, Vega —se esfuerza por decir Yagami—. Ya lo sabía, por supuesto, pero eres muy buena. Es una pena que tenga que matarte. Te prometo que oraré por tu alma, como ya lo hice hace un año.

El japonés salta hacia el frente y amaga con su arma, pero solo se trata de una maniobra de distracción. En el momento en que el metal del cuchillo de Vega encuentra el de Yagamí, el oriental se dejar caer con una velocidad que solo es posible adquirir con décadas de entrenamiento y usa la inercia para

hacer rodar el cuerpo de su rival apresando sus piernas con las suyas y arrancarle el cuchillo de las manos en el proceso

Ahora está sobre ella con la punta de su arma a centímetros de la parte baja del cuello de Vega mientras ésta utiliza su mano y su antebrazo para tratar de detenerlo.

—Tranquila chica, tranquila *yūjin* —dice mientras hace bajar el *tantō* cada vez más—. Lo hiciste bien, lo hiciste muy bien. Tus ancestros están orgullosos de ti, pero se acab...

La voz de Yagami se corta a medio enunciado cuando siente un duro golpe al lado del abdomen y casi inmediatamente pierde la fuerza en las manos.

Suelta el *tantō* y voltea hacia la parte baja de su torso para ver la mano ensangrentada de Vega retirar la pequeña daga de puño que había mantenida oculta y que acaba de usar para perforar su hígado.

Regresa la mirada hacia su ex compañera de y sonrío, aunque su gesto solo obtiene como respuesta un movimiento que lo hace girar y quedar tendido viendo al cielo mientras ella se levanta.

—Tengo que admitir que eso no lo vi venir, Selene—dice mientras un hilo de sangre oscura empieza a salir de su boca—. Te has superado a ti misma.

Vega no dice nada. La herida de Yagami es mortal y sabe que puede dejarlo desangrarse, pero también sabe que no es una opción. Tiene que cerrar el círculo, así que camina hasta el lugar en donde dejó su *katana* y la toma. Saca el arma de la *saya* y admira la belleza de la hoja, hasta que el reflejo de su rostro en el acero la hace voltear la mirada.

—Sí, eso es, eso es —dice el japonés al verla tomar su preciada arma—. No me imagino una mejor muerte. Espero que te la lleves y le des un buen uso después. Si me pasas el *tantō*, sería un honor para mí.

Yagami se pone de rodillas, preparado para enterrar su propia arma en sus tripas y hacer un profundo y fatal corte de lado a lado para que después su oponente le conceda el honor de decapitarlo en el ritual conocido como *seppuku* o bien, *harakiri*, solo para ver en la mirada de Vega que no tiene ninguna intención de permitirle morir con honor, al tradicional estilo *samurai*.

—Ni siquiera me vas a permitir eso, ¿eh? Creo que después de todo los otros tenían razón, cuando te lo propones puedes ser una perra.

A pesar de todo Vega considera que debe ser justicia poética que la

última palabra que le dirija Yagami sea la misma que le gritó Laura antes de morir.

—Tranquilo —dice Vega un momento antes de decapitarlo—. Te mostrare la misma clemencia que le mostraste a ella.

Capítulo 17

No es lo mismo ver los toros...

Viernes, 08:13 A.M.

Pérez conduce por encima del límite de velocidad, pero no tan rápido como Bravo quisiera. La comandante lleva algunos minutos haciendo un gran esfuerzo para mantenerse en silencio y no tomarla contra su colega, pero a fin de cuentas la impaciencia la vence.

—¡Con una chingada, Pérez! ¡Te juro que creo que una abuela en bicicleta llegaría más rápido de Oaxaca a Veracruz que nosotros a la maldita escena del crimen!

—¿Qué? —pregunta el comandante de Homicidios completamente perdido con la referencia.

—Nada, no dije nada —contesta moviendo la cabeza de un lado al otro. Aún en las circunstancias, la expresión de Pérez le provoca una sonrisa—. ¿Tú no lees mucho, verdad?

—Sí leo, solo que posiblemente no leamos lo mismo. No estamos obligados a tener los mismos gustos.

—El Libro Vaquero y Maxim México no cuentan precisamente como literatura, te aviso.

Pérez guarda silencio por unos segundos sin mucho que decir, tratando de adivinar si fue una frase al tanteo o habrá dejado alguna revista fuera de los cajones de su escritorio.

—Bueno, ya párale —dice mientras se aferra al volante y se concentra en la calle—. Te apuesto un mes de sueldo a que el tipo seguirá igual de muerto cuando lleguemos.

Obviamente no es lo que le preocupa y Pérez lo sabe. Los primeros dos asesinatos fueron durante la noche y dentro de las respectivas casas de las víctimas; el tercero, aunque fue en un lugar público ocurrió en un lugar casi completamente desierto —excepto por la señora Adriana Lopes y su delicioso café brasileño—, por lo que la información había sido relativamente fácil de controlar.

En ninguno de los homicidios llegaron representantes de la prensa antes

que elementos de Policía. Hasta este.

El cuarto homicidio fue distinto. Un par de estudiantes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México decidieron cortar camino al cruzar por el Panteón Francés de La Piedad, ubicado en la colonia Buenos Aires y se encontraron el cuerpo decapitado de Yagami. Sobra decir que lo primero que hicieron fue subir fotos y videos a todas las redes sociales que pudieron y menos de media hora después, el lugar era un maldito circo.

Los policías habían llegado cuando menos 15 minutos después que los amigos de los improvisados cineastas de gore, por lo que la posibilidad de encontrar cualquier tipo de evidencia sin contaminar era más reducida que encontrar a un asesino en la luna.

¿*Qué putas te traes entre manos, Selene?*, piensa la comandante Bravo y al momento se preocupa al darse cuenta de que, aunque haya sido en su mente, la llamó por su primer nombre. Como si fuera una amiga o al menos una vieja conocida y no una asesina despiadada.

Toma su teléfono móvil y abre la aplicación de Twitter, lo primero que encuentra es una imagen del torso de Yagami con el *hashtag* #*SerialKillerCDMX*. Un rápido *scroll* después de hacer *click* en la etiqueta le sirve para ver decenas de imágenes y videos, entre ellas las de la cabeza cercenada a un par de metros del resto del cadáver.

Cualquier policía o incluso lector de novelas policíacas sabe que la etiqueta está equivocada. Un asesino serial mata en espacios de tiempo más separados y generalmente con el mismo método y por motivos muy particulares. Selene Vega no encaja en esa descripción, pero ese no es el punto. Lo importante es que de alguna manera quienes están compartiendo las imágenes se enteraron de que el del cementerio no es el primer hombre asesinado de forma especialmente violenta en menos de 12 horas.

—A ver, Pérez, entiendo que no pudimos evitar que estos estudiantes descubrieran el cuerpo y lo subieran como idiotas a sus redes sociales, pero ¿cómo surgió la etiqueta de asesino serial? ¿Cómo supieron de los otros? —pregunta molesta.

—Si estás insinuando que alguno de mis agentes de homicidios filtró la información...

Bravo masculla algo que Pérez no alcanza a entender mientras mira por la ventana.

—Mira, Julieta. No solo mi equipo ha estado en las escenas —añade el comandante de la División de Homicidios—. Pudo ser un agente de la Policía

Municipal, un primer respondiente, alguien de la morgue, incluso algún compañero de la Científica o uno de los tuyos y conste que no estoy acusando a nadie.

—Está bien —responde al fin—. Tienes razón. No se trata de iniciar una pelea cuando por fin estamos trabajando bien, ¿de acuerdo? Ha sido una noche larga y pinta para ser un día igual. A pesar de todo lo que hemos descubierto no siento que estemos cerca de detener a Selene Vega, aunque por otra parte algo me dice que toda esta historia de sangre esta cerca de terminar y nuestro papel sería más de espectadores que de protagonistas.

—Vaya, me da gusto saber que no soy el único que siente lo mismo —coincide Pérez— Siento que han estado jugando con nosotros.

Bravo coincide en silencio mientras la robótica voz del sistema de navegación del auto les indica que deben dar una vuelta a la derecha en 200 metros para llegar al objetivo.

—¿Sabes que los primeros sistemas de navegación por voz que se desarrollaron en Alemania no tuvieron el éxito esperado porque los hombres alemanes los desconectaron? —pregunta Pérez con intención de liberar la tensión con un poco de plática banal—. Aparentemente no les gustó que una mujer les estuviera dando ordenes, para que les griten sus mujeres mejor se quedaban en sus casas.

Pérez comienza a reír a carcajadas y Bravo, en un momento, recuerda el motivo por el que nunca se han llevado bien.

Lo machista no se quita, aún siendo un buen policía, piensa, pero decide guardarse sus opiniones sobre él, al menos mientras resuelven ese caso. De cualquier manera el comentario no le parece tan importante, lo que le molesta un poco es la risa, sobre todo considerando lo difícil que fue para ella lograr que hombres, algunos con más experiencia que ella, siguieran sus órdenes cuando fue ascendida a comandante.

—Creo que ese es un mito de Internet de finales de los años 90's, ya sabes, uno de los primeros *HOAX* que se difundieron en línea y muchas personas lo toman como un hecho.

—No, claro que no —insiste Pérez—. Estoy seguro de que lo leí en un lugar serio.

De pronto Pérez parece caer en cuenta que el comentario puede malinterpretarse en el sentido de que él no le guste seguir órdenes de su compañera por ser una mujer, aunque solo estén trabajando juntos en esa caso por circunstancias especiales.

—Escucha, Julieta, todas esas cosas que dijeron de ti cuando te dieron el control de la unidad, quiero que sepas que no tuve nada que ver. La verdad es que nunca te he tenido en alta estima más que nada por lo que pasó entre nosotros cuando éramos novatos, pero siempre he considerado que eres una buena policía. Mucho mejor que otros que tienen más tiempo en esto que tú.

Pérez no necesita entrar en detalles, ambos saben a qué cosas se refiere. Cuando Bravo fue ascendida lo primero que dijeron es que se acostaba con el procurador o con el secretario de Seguridad Pública, o con los dos. Hubo mensajes de *puta* en su casillero, en su auto e incluso corrieron entre periodistas el rumor de que tenía una afición a meterse con hombres casados.

Los medios de comunicación más serios ignoraron el rumor, calificándolo como el chisme que era, pero hubo algunas revistas policíacas especializadas en temas amarillistas que le dedicaron páginas enteras con descalificaciones de lo más variadas.

Desde su ingreso a la Policía Investigadora Julieta Bravo tuvo que trabajar más que sus compañeros para mostrar su valía, pero los primeros meses como comandante de la Unidad de Investigaciones Especiales fueron prácticamente un infierno. Eso terminó cuando logró descubrir y dismantelar a una banda de trata de blancas que operaba desde la colonia Narvarte y se ganó el reconocimiento público no solo por detener a los criminales, sino por rescatar a 16 mujeres, 7 de ellas menores de edad.

—¿A qué viene eso ahora, Pérez? —pregunta sin ninguna intención de disculparse por aquella quijada fracturada. Después de todo han pasado 10 años y se lo merecía.

—Viene a que sé bien lo que piensas de mí, me lo gané y posiblemente tenías razón, antes, pero la gente cambia. Tengo una niña de cuatro años en casa y quiero que crezca en un mundo en donde ningún imbécil, como lo fui yo contigo, le diga qué puede y qué no puede hacer.

El intento de Bravo de disimular su sonrisa no tiene mucho éxito. Al final solo atina a agradecer a su colega y comentarle que cuando acaben con este caso le gustaría conocer a su esposa y a su hija.

El tema se acaba cuando llegan a la puerta del cementerio. Se estacionan junto a la puerta principal y caminan hacia la entrada en donde han colocado un cordón de seguridad para impedir que se acerquen más curiosos de los que ya han pisado los alrededores del cuerpo.

Si en las primeras tres escenas no hubo periodistas, a esta parecen haber llegado todos los de la ciudad o al menos uno o dos por cada medio de

comunicación.

—Comandante, ¿qué nos puede decir sobre el decapitado? ¿Es cierto que hay al menos dos o posiblemente tres más? —pregunta un reportero a Pérez mientras es rodeado por cámaras.

—Las preguntas pueden hacerla a la comandante encargada del caso — dice volteando a ver a Bravo—, pero les adelanto que los va a mandar a la mierda. Es más, si ella me lo pide, yo mismo les indico el camino hacía alla. Está justo pasando por tu chingada madre.

Bravo se permite una sonrisa, sabe que la perorata de su colega quedó perfectamente grabada en decenas de cámaras, pero si un reportero o reportera se atreve a difundirla se le cerrarían las puertas en cuanto a información extraoficial se refiere. Y quienes se dedican al periodismo policíaco trabajan con datos *fuera de libreta* casi tanto como con datos duros.

Ambos comandantes pasan el cordón de seguridad dejando a un mar de periodistas detrás de ellos. Yagami —en dos partes— está a más de 50 metros de distancia entre algunas tumbas con lápidas altas y esculturas que impiden un tiro directo de parte de los camarógrafos.

Los agentes de la División Científica aún no han llegado y los uniformados tienen ordenes de no tocar absolutamente nada, aunque para ese momento seguir el protocolo puede ser inútil considerando que al menos una veintena de estudiantes se estuvieron tomando fotos con el macabro vestigio del enfrentamiento antes de salir huyendo con la llegada de los primeros Policías.

—Espero que esos idiotas no se hayan llevado nada o la vamos a tener más difícil —comenta Pérez.

Bravo apenas dirige una mirada al fiambre. Sabe que no encontrará mucho y esa parte le toca a Pérez, que a fin de cuentas es el especialista en homicidios. En las pocas horas que llevan trabajando juntos ha decidido que confía en él, pero sobre todo en su capacidad y en su experiencia. Después de la plática que acaban de tener en el auto también confía en que le dirá sus conclusiones. No, el cuerpo es responsabilidad de Pérez y de su equipo, lo que a ella le interesa es lo que pueda encontrar alrededor.

Ve restos de sangre separados entre sí por algunos metros de distancia con el tradicional dibujo que deja una mancha por proyección.

—Obviamente fue decapitado y posiblemente con la misma espada ensangrentada que está a sus pies —afirma Bravo—, pero antes de eso hubo una pelea con armas blancas más cortas, posiblemente cuchillos.

—Coincido —dice Pérez mientras señala con el dedo un pequeño montón de pasto que se ve más aplastado que los demás y que tiene un poco de sangre por contacto, ya no por proyección —. Y te aseguro que una de esas armas cayó y estuvo un buen rato aquí.

No necesitan decirlo para saber lo que piensan resulta evidente que uno de los estudiantes que estuvo en la escena se la llevó.

—¿Por qué no se habrán llevado la espada? —pregunta Bravo—. Hay que admitir que es muy bonita, para ser un arma mortal.

—¿Ya viste cuánto mide? De seguro se dieron cuenta que no podían esconderla tan fácil como un cuchillo, además se estaban tomando fotos cuando llegaron los patrulleros, así que supongo que salieron corriendo sin pensar en otra cosas —contesta Pérez—. Por cierto, las *katanas* son sables, no espadas. Las espadas tienen doble filo.

Bravo voltea y sonrío al ver el rostro satisfecho de Pérez. Sin duda ese comentario fue su manera de vengarse por el que hizo ella acerca de sus hábitos de lectura y su modo de conducir.

—*Touché*, comandante —dice mientras concede la derrota con un movimiento de cabeza.

Ninguno de los dos se preocupa demasiado por el arma perdida, otros agentes se encargarán de rastrear a los estudiantes por medio de sus redes sociales para tratar de recuperarla y muy posiblemente lo harían en cuanto empiecen a presumirla, pero por el momento están más interesados en otra cosa.

—No la veo por ningún lado —dice Bravo.

—Tal vez esta vez decidió no dejar una, o no tuvo tiempo.

—No. Ha dejado tres notas en tres cadáveres. Tiene que haber dejado una. ¿En dónde demonios la pusiste, Selene?

Esta vez dijo su nombre en voz alta y la mirada extrañada de Pérez indica que no le pasó desapercibido. Si el policía piensa algo, se lo guarda para él.

—Tal vez se la llevó uno de esos tontos —dice Pérez.

—No lo creo, ya estaría en redes sociales para este momento.

—Entonces no tengo ni idea. A menos que...

Pérez saca un par de guantes de su chaqueta y se acerca a la cabeza del japonés despacio, tratando de no ensuciar la escena más de lo que ya lo hizo una manada de *millennials* poco impresionables.

—Hija de su madre —dice mientras saca una pequeña bolsa de plástico con cierre hermético, tipo *Ziploc* de la boca de Yagami.

—No me jodas, Pérez.

—No te jodo, Bravo. Aquí está tu nota.

Pérez extiende la bolsa hermética sin abrirla, con mucho cuidado para que se vea el contenido de la nota. La lee en silencio antes de mostrársela.

Ya casi es hora, Julieta.

El comandante de la División de Homicidios levanta la mirada y voltea a ver a su colega, preocupado por lo que parece ser, más que nunca, una amenaza directa.

—¿Ya casi es hora? ¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé, dice Bravo.

Aunque Julieta le sostiene la mirada, Pérez nota que no está siendo completamente sincera pero decide que le dará un poco más de tiempo antes de insistir.

Continúan identificando evidencia en silencio por varios minutos apoyados por elementos del equipo de Homicidios y los recién llegados de la Científica hasta que deciden que no encontrarán nada más ahí. El equipo forense se encargará de levantar todo para su posterior análisis en el laboratorio.

—Vamos con Lagarda —pide Bravo—. Necesitamos reagruparnos y ver los próximos pasos.

Pérez, que podrá ser un cabrón pero no es tonto, entiende que la petición está relacionada con la nota. Asiente con la cabeza y empieza a caminar directo hacia el auto.

La *jauría*—así le llaman a los periodistas, aunque solo cuando ellos no los escuchan—, sigue en el mismo sitio, esperando información que claramente no les vamos a dar.

—Qué se jodan —dice Bravo.

Efectivamente, los bombardean con preguntas en cuanto están a su alcance.

—Bravo, Pérez, tienen que decirnos algo.

—No se pueden ir así, necesitamos información.

—La gente necesita saber si está en peligro.

—¿Hay un loco decapitando gente por toda la ciudad?

—¿Por qué lo están protegiendo? ¿Importa más ese asesino que los ciudadanos?

Todos los cuestionamientos quedan sin respuesta cuando Pérez y Bravo suben al auto. El primero conduce en silencio por varios minutos. No es hasta

que están bastante alejados del lugar que lanza la pregunta.

—¿Esa nota te dijo algo, verdad?

Bravo voltea a verlo con algo de duda en la mirada. Ya ha decidido que confía en él, pero esto es... de cualquier forma se decide a hablar.

—Quisiera pensar otra cosa, pero no es casualidad. No puede serlo. Lo que dice la nota es lo mism... —Ninguno de los dos se percató del pesado vehículo Hummer con defensa reforzada, de las llamadas *tumbaburros*, hasta que los embiste justo del lado del conductor.

La camioneta propiedad de la Procuraduría que le ha sido asignada a Pérez da tres vueltas y media para acabar sobre su toldo con los dos golpeados comandantes en el interior. A pesar de haberse llevado el golpe más fuerte, Pérez es el primero en salir, arrastrándose trabajosamente.

—Maldito pendejo hijo de puta —masculla mientras practicante gatea hacia la ventana de Bravo, pensando que se trató de un accidente—. ¿Estás bien, Julieta? Un cabrón se debe haber pasado un alt... —Unas botas vaqueras se le hunden en el abdomen y le roban todo el oxígeno de su cuerpo.

—Hola, entrometidos —dice con un marcado acento texano el hombre rubio con bigote ridículo que acaba de patear a Pérez—. Vaya, comandante Bravo, aún en esas condiciones tengo que admitir que es usted más bella en persona que en fotografías. Tal vez debamos divertirnos un poco antes de matarla, después de todo todas las mexicanas deberían tener el placer de conocer a un amante de verdad al menos una vez.

Aún mareada por el choque, Bravo reconoce a Derek Richardson de las fotografías que apenas unas horas antes revisaron en la oficina de Lagarda.

—Manuel —dice con dificultad mientras voltea a ver a su colega tendido en el pavimento—. Manuel, ¿estás bien?

—Oh, no te preocupes por él, zorrita. Preocúpate por ti. Él va a estar muerto en unos instantes, contigo me voy a divertir mucho, mucho más. Como dicen ustedes los mexicanos, van a ver que no es lo mismo ver los toros desde la barrera que estar en el redondel.

—Ese es un dicho español, estúpido —dice Pérez con dificultad mientras escupe sangre y trata de tomar su arma; son sus últimas palabras, antes de que Richardson le pegue un tiro en la cabeza.

—¡Pérez! —grita Bravo antes de volver la mirada al norteamericano—. Te voy a matar por esto, hijo de puta. Te voy a matar.

—Deberías ser más gentil conmigo —contesta Richardson mientras la toma de un brazo y la arrastra fuera del vehículo— después de todo voy a

hacerte muchas cosas mientras descubro qué demonios quiere Vega contigo. Y después de eso voy a hacerte muchas, muchas más, así que empezar a tratarme mas no es lo más inteligente.

Bravo queda tendida en el pavimento, mientras Richardson le apunta con su Magnum .357.

—Ahora, sube a mi auto o te disparo en una rodilla y te subo yo mismo.

Julieta comienza a incorporarse, pero pierde la fuerza en las piernas y cae con una rodilla al suelo y las manos en el asfalto.

—¡Que te levantes, puta! —grita Richardson, mientras se acerca demasiado, Mucho más de lo que debería.

Bravo sujeta con ambas manos la mano armada del asesino mientras se levanta rápidamente, golpeando con la parte superior de su cabeza la parte derecha del rostro de su agresor, justo en el pómulo, el ojo y la nariz.

Richardson, cuya especialidad nunca ha sido la lucha cuerpo a cuerpo, suelta la pistola y da dos pasos hacia atrás llevándose las manos al rostro. Cuando abre los ojos ve a Bravo apuntándole con su propia arma.

—¿Qué vas a hacer ahora, zorra? ¿Arrestarme? ¿Interrogarme? No hay nada con lo que puedas amenazarme que me dé más miedo que lo que sé que me puede hacer El Ruso. No te voy a decir una puta palabra.

—Lo sé —responde Bravo.

Y entonces le vuela la cabeza.

Capítulo 18

Segunda llamada

Viernes, 09:26 A.M.

El Ruso levanta el teléfono. Observa el número en la vieja pantalla antes de presionar el botón verde, sin decir una sola palabra.

—Richardson mató a Pérez, pero ella lo mató a él. Bravo, no Vega. Tus cinco fantásticos están muertos, y dijiste que eso era imposible.

El Ruso se mantiene un par de segundos en silencio. Tarda unos instantes en darse cuenta de qué es lo que siente, no había tenido esa sensación en años. Irónicamente descubrirlo le provoca una sonrisa. Lo que siente es miedo, con un poco de ansiedad.

—Deja de comportarte como un niño llorón. Es hora de desquitar el sueldo. Encárgate de ella.

—Estás loco si crees que voy a... —Furioso, lanza el teléfono contra la pared al darse cuenta de que El Ruso lo dejó hablando solo.

Capítulo 19

Un voto de confianza

Viernes, 10:53 A.M.

Lagarda no puede mantenerse quieto. Considerando eso, resulta favorable que su oficina sea más grande que cualquier otra —o incluso otras, combinadas— dentro de la Procuraduría General de la República. Camina de un lado a otro con las manos y la quijada apretada y Bravo entiende perfectamente el motivo por el que está furioso.

Lo entiende perfectamente, pero no piensa ceder ni un solo ápice y mucho menos recibir la reprimenda en silencio. Mucho menos ahora después de todo lo que ha pasado y por lo que ha pasado.

—Simplemente no lo entiendo, Julieta. Yo también estoy consternado por la muerte de Manuel, era un excelente agente y lamento mucho lo que le pasó, pero estamos tras la pista de una asesina desquiciada que va dejando un reguero de muertos por toda la ciudad y cuando por fin tenemos a alguien que puede servirnos para saber cómo atraparla, alguien que puede darnos información para acabar con esto y de paso desbaratar con esa maldita asociación de asesinos, le vuelas la cabeza.

—Era él o yo. —Primera mentira.

—¡Mis huevos era él o tú! ¡Le disparaste con su propia arma, lo que significa que lo tenías bajo control!

—Pelemos, le quité su arma y le apunté con su arma, sí, pero cuando le pedí que pusiera las manos detrás de la cabeza se ríe y comenzó a avanzar hacia mí, dispuesto a matarme. —Segunda mentira—. Después de lo que sabemos de ellos, de lo que sabemos que son capaces de hacer aun desarmados, ¿usted se hubiera arriesgado?

La explicación, aunque falsa, parece calmar a Óscar Lagarda, quien por fin deja de caminar y pone ambas manos en su escritorio. Respira para tranquilizarse y cambiar su tono de voz.

—Muy bien. Voy a tomar esa respuesta como buena por el momento, pero no creas que no habrá una investigación formal cuando terminemos con esto. No podemos estar matando a sospechosos desarmados, comandante. De

cualquier forma, desde que llamaste para pedir apoyo hasta que regresaste aquí pasaron casi dos horas. ¿A dónde demonios fuiste, Julieta?

—Fui a seguir una pista antes de que se enfriara. —Tercera mentira—. Justo antes de matar a Manuel, Richardson se burló de él diciendo que tenía que darle una buena recompensa al soplón que nos había traicionado. Un soplón en el que Pérez confiaba.

—¿Soplón? Prácticamente todos los habitantes de la Ciudad de México, ¡qué digo de la Ciudad de México!, de todo el país sabían que habían encontrado un cadáver en ese cementerio gracias a que esa maldita etiqueta se volvió trending topic nacional. El maldito *gringo* pudo seguirlos desde ahí. No era necesario que hubiera un soplón.

—Para seguirnos no, pero Richardson sabía cosas que no le hemos dicho a los medios. Sabía de las notas que Vega me había estado dejando y quería saber el motivo.

—¿Acaso crees que...?

—No lo creo, estoy segura. Si Richardson no hubiera sabido de esas notas se hubiera escondido o simplemente hubiera tratado de matar a Vega. Se arriesgó a salir de su escondite y fue por mí a causa de esas notas. Mató a Pérez porque alguien le dijo de esas putas notas.

Lagarda, más tranquilo, mira directamente a sus ojos a su agente tratando de descifrar la mejor manera de hablarle.

—No puedes dejar que esas ideas se te metan en la cabeza, Julieta. La muerte de Manuel no fue culpa tuya. No quiero que pienses eso ni por un maldito momento.

—Oh, no me culpo, procurador. Culpo a esos asesinos y a cualquier desgraciado que los haya ayudado. Los quiero a todos, detenidos o muertos, incluyendo al maldito Ruso.

La determinación en sus ojos no deja lugar a dudas. Lagarda sabe que esta frenética odisea que inició apenas la noche anterior está a punto de acabar y quiere —necesita— ser parte del final.

—Muy bien, ¿qué pasó con el informante del que hablas? Si sabe algo relevante me gustaría hablar con él.

—Eso no va ser posible en este momento, aunque tampoco va a ser necesario.

—Bravo —dice el procurador mientras la mira con preocupación—. ¿Qué hiciste? Por favor no me digas que... somos policías, Julieta, no criminales. ¿El informante está bien?

Bravo mira a su superior fijamente. Son solo unos segundos, pero parecen eternos. Al fin, decide contestar.

—Me dijo lo que necesitaba saber.

—Eso no fue lo que te pregunté.

—Pero es lo que le estoy contestando.

Lagarda podría insistir, podría incluso usar la carta del rango, amenazarla con suspenderla o incluso quitarle la placa. La mirada de Julieta le dice que ninguna de esas amenazas surtirá efecto.

—Muy bien, muy bien. Háblame entonces de lo que te dijo el soplón. Dime que estamos al menos más cerca de atrapar a esos bastardos.

—Me habló de los cinco. De Martínez, Richter, Oliveira, Yagami y Richardson. También me contó de Vega a quien parece tenerle un miedo extraordinario, pero insiste en que no conoce la identidad de El Ruso, nunca lo ha visto.

—Otra maldita pista muerta, entonces.

Bravo levanta la mirada. A pesar de todo lo que ha pasado en el día, se permite esbozar una pequeña sonrisa.

—Todo lo contrario. No conoce a ese maldito, pero sabe en dónde puedo encontrarlo. También me dijo que está desprotegido. Sus cinco asesinos murieron en menos de 12 horas, evidentemente no ha tenido tiempo de buscar remplazos, si es que puede remplazar a personas tan peligrosas en primer lugar, y no tiene a nadie que le cuide las espaldas.

Los ojos del Procurador se abren tanto que parece que están a punto de salir de su sitio.

—¿Te dijo dónde encontrarlo? ¿Por qué demonios no iniciaste por ahí en primer lugar?

Bravo se encoge de hombros antes de continuar.

—Está en un galerón en la colonia Roma, a unas cuadras de Insurgentes en un edificio que solía ser una fábrica y tiene años abandonado. Al menos eso es lo que parece desde el exterior, pero es su base de operaciones.

Lagarda la mira sorprendido, como niño al que le han adelantado que recibirá el regalo que pidió para Navidad.

—¿Y qué estamos esperando? ¡Tenemos que armar un equipo de asalto, solo lo mejor de lo mejor e ir por ese cabrón antes de que entienda que está perdido y decida salir del país!.

—No. El soplón me dejó algo muy claro. Es imposible que *Samedi* haya podido operar durante tanto tiempo sin infiltrados protegiéndolos desde las

corporaciones policíacas. Ignora quién o quiénes son, pero sabe que existen. Ha escuchado de ellos.

—*Ignora* —dice el procurador remarcando la palabra—. En tiempo presente, lo que significa que ese soplón sigue vivo.

—No presiones, Lagarda.

—Tranquila, Julieta. Mi preocupación es genuina. Tienes que entender que eres una de las mejores agentes de México y no quisiera que tu carrera se viera truncada. Pero si descubro que mataste a un informante a sangre fría no voy a dudar en despedirte y ordenar una investigación.

Así como maté a Richardson. Eso es lo que quieres decir, piensa Bravo sin un solo dejo de remordimiento.

—Nada de equipo de asalto, nada de operación a gran escala —remarca Bravo—. No sabemos en quién podemos confiar.

La palabra *sabemos* no pasa desapercibida para el procurador. Al menos confía en él y eso es una buena noticia.

—¿Qué tienes en mente entonces? —pregunta Lagarda—. Supongo que no piensas ir por él tú sola.

—¿Está bien entrenado en el uso de armas, procurador?

Óscar Lagarda se toma un par de segundos antes de contestar. Aunque su puesto es, como bien dijo Bravo hace unas horas, político, el protocolo dicta que todos los funcionarios de las corporaciones policíacas tienen que recibir capacitación en el uso de armas de fuego. Él, además, resultó tener un talento natural y excelente puntería.

—Me puedo defender sin problemas, y también puedo causarle problemas a quien quiera que se nos ponga enfrente, pero me sigue pareciendo muy arriesgado considerando la clase de personas con las que estamos tratando.

—Es nuestra oportunidad de atraparlo, Óscar. —El uso del nombre de pila no fue casual—. Yo voy a vengar a Pérez y usted va a impulsar su carrera de una forma que ayer a esta hora ni siquiera se imaginaba.

Óscar Lagarda, como ya lo hemos establecido, es un hombre ambicioso y con muchos planes para su futuro.

—No se trata de eso, Julieta. También quiero vengar a Pérez y claro que voy contigo, estoy ansioso de ver la cara de ese hijo de puta cuando lo atrapemos. Solo opino que debemos incluir a dos o tres personas más, tal vez alguien del grupo de Pérez.

—No. Ellos estuvieron en todas las escenas del crimen y sabían de las

notas dirigidas hacia mí. Cualquiera de ellos pudo haber filtrado la información.

—Muy bien, entonces alguien de tu división. De seguro sabes en quiénes puedes confiar y en quiénes no.

Bravo baja los ojos un par de segundos, valorando la situación y buscando la decisión correcta.

—No, tampoco me gusta la idea. Confío en mi gente, pero si lo que hemos aprendido sobre El Ruso es cierto, no podemos estar seguros. Cuando pasas mucho tiempo en la calle te expones a muchas cosas. Algunas peligrosas y algunas muy tentadoras. Tal vez El Ruso tenga a alguien en la nomina o cuenta con información con la que presionarlos.

—Nos dejas sin opciones, Julieta. Necesitamos al menos a una persona más. Alguien que nos cubra las espaldas.

Julieta Bravo abre los ojos como quien acaba de tener una buena idea. Y la tiene.

—Tu jefe de seguridad. —El trato de *usted* se acabó y al procurador no parece molestarle.

—¿Cómo?

—Tu equipo de seguridad personal no trabaja en la calle desde hace mucho tiempo, tal vez ellos no estén tan expuestos, especialmente el comandante, que tiene formación militar. ¿Confías en él?

—¿En Almeida? Pongo mi vida en sus manos todos los días. Por supuesto que confío en él.

—Entonces ya está. Un equipo de tres debería de ser suficiente para poder llegar sin hacer mucho ruido y para enfrentar lo que sea que nos pongan enfrente.

—Tal vez Almeida y Flores —insiste Lagarda—. Él también es de todas mis confianzas y es experto en combate cuerpo a cuerpo.

—Solo el comandante Almeida, Óscar. De verdad no es bueno que hagamos el grupo más grande. Si se entera de que vamos por él, se va a escapar y todo esto habrá sido en vano.

Lagarda sabe que no tiene caso insistir. Se sentiría mucho más seguro si llevan más apoyo, pero no quiere perder la confianza de su subordinada. A fin de cuentas ella es la clave de todo.

—Muy bien, solamente nosotros tres entonces. ¿Estamos listos para irnos? —pregunta.

—Iré a abajo a cambiarme la camiseta, traigo sangre de... —El recuerdo

de ver a Pérez caer con un balazo en la cabeza le llega de golpe—. También necesito tomar algo de equipo y asegurarme de llevar suficientes balas. ¿Nos vemos en el estacionamiento en 20 minutos?

—En 20 minutos será —dice mientras levanta el teléfono y le pide a su asistente que llame a su jefe de seguridad personal—. Revisaré mi equipo y nos vemos abajo.

Cuando Lagarda y Almeida bajan al estacionamiento, Bravo ya se encuentra junto a un vehículo oficial, con las llaves en la mano. Es claro que ella piensa conducir y que aunque les dijo a qué zona se dirigen, no pretende revelarles la dirección exacta del sitio a donde van.

Supongo que hasta la confianza tiene límites, piensa el procurador. Bien, juguemos esto a tu manera.

—Bien, así que a la Roma, a unas cuadras de Insurgentes —dice el procurador mientras sube al auto, dejando en claro que está de acuerdo con no preguntar más por el momento.

Lagarda aprovecha el camino para poner a Almeida al tanto de la situación. El veterano comandante escucha toda la historia sin interrumpir, con una expresión que denota incredulidad.

—¿Asesinos de élite? —dice cuando su jefe termina—. ¿Me están diciendo que tenemos un equipo de asesinos de élite operando a sus anchas por todo el mundo y que su base de operaciones está en México?

—Yo tampoco lo creía. Si me lo hubieras dicho ayer por la noche te hubiera tomado por loco, pero créeme, son reales.

—Por lo que me cuenta mas bien lo eran —corrige Almeida—. Cinco asesinos de élite ejecutados por una sola mujer y solo queda el jefe, quien probablemente sea el mas peligroso y aquí vamos, los tres, sin apoyo y sin informar de la operación.

—Cuatro —interviene Bravo—. Cuatro asesinos de élite fueron ejecutados por una sola mujer. Yo me cargué al quinto.

—Cómo sea, debimos traer apoyo. Debemos pedir refuerzos —dice mientras saca su teléfono celular.

—Guarda eso —ordena Lagarda—. Bravo y yo coincidimos en que es mejor así. No queremos prevenirlo.

El Procurador observa de reojo a Bravo, tratando de descifrar si esa orden y el *coincidimos* contribuyó a reforzar la confianza que ya siente en él. El rostro de la comandante de la División de Investigaciones Especiales, sin embargo, se mantiene inescrutable.

Almeida acata la instrucción y guarda el teléfono. Hacen el resto del camino en silencio, preparándose para lo que viene. Al fin, menos de media hora después, llegan a un viejo edificio tipo fábrica con un gran portón metálico con restos de oxido en las bisagras. En la entrada hay varios sellos blancos del Gobierno de Ciudad de México con la palabra *Clausurado* en color naranja. Los sellos se ven recientes.

—Bueno, no parece ser una base de un grupo que hace trabajos internacionales —opina Almeida—. De hecho, parece que acaban de clausurar el lugar.

—Observa más de cerca —responde Bravo mientras despega la esquina de uno de los sellos—. El metal de la puerta está sucio, como si no lo hubieran limpiado en meses o años, pero si miras debajo de los sellos es prácticamente reluciente.

—Alguien ha estado poniendo y quitando estos avisos de forma regular durante algún tiempo —concede Almeida—. Bien, eso no significa que estén escondiendo algo, tal vez el funcionario encargado de esta área quiere justificar el sueldo.

—Y tal vez un peligroso líder de un equipo de asesinos nos esté esperando adentro con una ametralladora en cada mano —dice Lagarda—. Quiten el seguro a sus armas. Bravo, tú diriges.

La comandante Bravo asiente con la cabeza y abre la puerta. Ni siquiera se sorprende al darse cuenta de que no tiene seguro. Empuja despacio y entra en la vieja construcción. Los grandes ventanales que están en el segundo piso permiten la entrada de luz natural. El lugar se ve prácticamente desierto. No hay muebles, puertas. Nada que indique que se usa de forma regular.

—¿Y bien? —pregunta Almeida.

—El soplón dice que la primera parte es una fachada vacía, por si entra alguien. Al fondo hay una puerta que da al patio, después a un gimnasio, un cuadrilátero, armería y un centro de operaciones tan equipado como el nuestro. Al final está la oficina de El Ruso.

—Adelante entonces —dice Lagarda.

Bravo empieza a caminar, despacio, tratando de ver si hay alguien en los alrededores o en el piso de arriba. Al fondo, en el piso superior, hay un oscuro cuarto que no es alcanzado por la luz de las ventanas.

—Si un francotirador nos estuviera esperando de seguro se colocaría justo en ese sitio —apunta Bravo.

—Precisamente —responde Óscar Lagarda mientras coloca la fría punta

de su pistola en la nuca de Julieta—. Suelta el arma, ahora.

Almeida no espera a que Bravo acate la orden. Le quita la pistola de la mano mientras su jefe la mantiene encañonada.

—Tenías razón, jefe. Está tan cegada por todo lo que ha pasado hoy que no sospechó nada.

—No te sorprendas tanto, Julieta —dice Lagarda mientras la observa casi con ternura—. Después de todo tú misma lo habías deducido. No hubieran podido operar durante tanto tiempo sin que alguien los ayude desde dentro. Supongo que lo nunca te imaginaste es que ese *alguien* estuviera tan bien colocado.

—Eres un hijo de puta —contesta Bravo—. Todo eso que dijiste de traer un equipo especial y el numerito de Almeida en el auto a punto de pedir refuerzos fue circo, ¿cierto? Nunca tenían intención de traer a alguien más.

—No del todo. Flores también está con nosotros, por eso quería que estuviera aquí, pero al final no fue necesario.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Dispararme por la espalda como el maldito cobarde que eres?

—No, claro que no. Podría hacerlo y después congelar la investigación. Nunca sabrían que fue una bala de mi arma la que te voló la cabeza, pero sería demasiado papeleo. Dejaré que te mate el tipo que está allá arriba, quien quiera que sea.

Lagarda hace un gesto de saludo con la mano y Bravo observa una pequeña luz roja que inmediatamente después se coloca en el centro de su pecho. Lagarda retira su pistola de la cabeza de Julieta y la guarda en su funda.

—Verás, el equipo contaba con cinco especialistas, seis, antes de que esa perra se saliera del caudal, pero eso no quiere decir que no tengan integrantes, digamos, de menor rango —explica Lagarda—. Les llaman *aspirantes* y uno de ellos, deseoso por ocupar un puesto en la mesa de los chicos grandes está a punto de hacerte un hoyo en el pecho. O tal vez te vuele la cabeza, supongo que dependerá de qué tan seguro se sienta.

Lagarda da un par de pasos hacia adelante y se coloca casi frente a Bravo, cuidando de no estar entre ella y el francotirador.

—Hay, sin embargo, una salida —dice con una mirada que incluso parece sincera—. Con el tema de Vega, El Ruso se dio cuenta de que es buena idea tener a una mujer en el equipo. Es una buena herramienta para abrir ciertas puertas. En pocas palabras te estamos ofreciendo agregar nuevas

responsabilidades a tu empleo actual.

Bravo lo mira con odio. Gira despacio las manos que mantiene en el aire hasta que sus palmas quedan frente a ella, forma un par de puños y después levanta ambos dedos medios. Dirige uno a Lagarda y otro a Almeida.

—Te dije que no iba a aceptar, jefe —dice Almeida riéndose antes de levantar la pistola de Bravo y hacer un par de disparos hacia el techo, sin dirección alguna en particular.

—Bien, entonces es una pena que hayas decidido venir a este lugar sin refuerzos —continúa el procurador—. Cuando viste que alguien te apuntaba con un rifle trataste de dispararle, pero estaba demasiado lejos para que pudieras acertarle con una pistola. Si te sirve de consuelo, me aseguraré de que te entierren con todos los honores.

—¿Sabes qué otra cosa es una pena? —pregunta Bravo mientras dibuja una sonrisa con sus labios.

Lagarda no contesta, pero la sonrisa de Julieta lo hace sentirse incomodo. No es la actitud propia de alguien que está a punto de recibir un disparo.

—Es una pena que esa camisa tan pulcra que posiblemente cueste varios días de mi sueldo vaya a quedar arruinada, corrupto vendido de mierda.

Solo entonces el procurador general de la República se da cuenta de que el punto rojo ya no está en el pecho de Bravo. De lo que no tiene manera de darse cuenta es de que ahora está en su espalda. El sonido del disparo es ensordecedor, pero para cuando llega a los oídos de Óscar Lagarda ya está un poco demasiado muerto para escucharlo.

Almeida, que no es ningún imbécil, sabe que no hay sitio en donde cubrirse y no tiene ninguna oportunidad de acertar desde esa distancia a quien acaba de matar a su jefe, así que suelta su arma, la de Bravo y levanta las manos.

—Oye, escucha, solo seguía órdenes, ¿de acuerdo? Sé que Lagarda tenía algo que ver con *Samedi*, pero no sé mucho, no sé casi nada, de hecho. Pero estoy dispuesto a declarar.

—¿Qusiera interceder por ti, pero de qué mierda nos sirve tu declaración si no sabes nada? —contesta Bravo un instante antes de que un segundo disparo reviente la cabeza del ex militar.

Capítulo 20

Ya casi es hora, Julieta

Viernes, 09:48 A.M.

Bravo está parada por fuera de su restaurante favorito. Es más bien una pequeña fonda en cuyo letrero puede leerse *La Cocina Norteña de Tina*, a la que Julieta ha ido una o dos veces por semana durante muchos años porque le recuerda a su hogar, a los platos que su madre ponía en la mesa cuando era pequeña, antes de que decidiera irse a la Ciudad de México a cumplir su sueño de ser agente investigadora de la Policía Federal.

Recuerda el mensaje en la última nota, el que le dejaron dentro de la boca de la cabeza cercenada de Yagami: *Ya casi es hora, Julieta*.

Debo estar loca por estar aquí, piensa mientras valora darse la media vuelta y dirigirse a la Procuraduría o al menos pedir apoyo a sus compañeros antes de entrar a lo que puede ser una trampa. El recuerdo de la cabeza de Manuel Pérez destrozada a sangre fría por el disparo de Richardson la hace cambiar de opinión y abre la puerta.

Martina Castro —*Doña Tina*—, la dueña del lugar y la culpable de que esa fonda sirva las mejores *chimichangas* y la mejor carne con chile de la Ciudad de México se sorprende un poco al verla entrar, después de todo casi siempre acude alrededor de las 12:30 de la tarde, media hora antes de que las decenas de empleados que trabajan en las oficinas de alrededor abarrotan el lugar y lo conviertan en una verdadera locura; aún así, la recibe con la frase que le ha estado diciendo por años en clara referencia a que llega justo antes de la hora más movida del lugar.

—Ya casi es hora, Julieta. Aunque esta vez viniste muy temprano. ¿Será que te ganó el hambre?

Julieta Bravo hace su mejor esfuerzo por disimular y devolverle la sonrisa mientras se dirige a la mesa en la que suele sentarse, que en esta ocasión no está vacía.

—Ay, *mijita*. Fíjate que tu mesa está ocupada, como te digo, viniste temprano. Pero puedes sentarte en otro lugar, es lo de menos y enseguida te atiendo.

—No se preocupe, *Doña Tina* —contesta sin detener el paso—. De hecho vengo a verla a ella.

Martina voltea a ver a la ocupante de la mesa solo por un segundo y se encoge de hombros antes de regresar a la cocina mientras Julieta Bravo se sienta frente a Selene Vega.

Las dos mujeres se ven en silencio. Bravo pone atención a la mesa buscando algún arma oculta, tal vez debajo de una servilleta como en el restaurante brasileño, pero lo único que encuentra es un plato con una *chimichanga* entera y la mitad de otra.

—Ya entiendo porque vienes tan seguido, Julieta. De verdad son las mejores que he probado.

La comandante Bravo se mantiene en silencio, primero, porque sigue pensando que debe de estar loca por llegar sin refuerzos y, segundo, porque después de tantas horas buscando a esa joven mujer, ahora que la tiene e menos de un metro de distancia no se le ocurre nada qué decir.

—Supe lo de Richardson. Lamento que haya asesinado a tu colega y también lamento no haber tenido oportunidad de hacerle a ese maldito texano despreciable lo que tenía en mente —dice mientras hace el plato a un lado—. Era un cerdo y tenía planes interesantes para él, pero al menos pudiste vengar a tu compañero. De verdad me da gusto que hayas salido con vida.

En ese momento Bravo recuerda que Richardson dejó muy claro que iba por ella debido al interés que Vega le había mostrado. Debido a las notas. En cierta forma la mujer que está frente a ella tiene parte de la culpa de la muerte de Pérez. Hace un gran esfuerzo por mantenerse controlada

—Déjate de estupideces y dime qué demonios quieres conmigo. ¿Por qué esas notas? ¿Exactamente qué esperas de mí?

Selene da un pequeño sorbo a su agua de melón sin dejar de ver a los ojos a Julieta.

—Quiero que nos ayudemos, Julieta, porque si conozco a El Ruso, y lo conozco bien, puede ser que estés viviendo las últimas horas de tu vida.

Julieta sabe que es un aviso y no una amenaza, pero no puede evitar tensar todo su cuerpo mientras su mano, en un movimiento mitad reflejo y mitad memoria muscular, se posiciona en su muslo derecho.

—La buena noticia es que aún puedes salir con vida de esto si decides aceptar mi ayuda —continúa Vega sin inmutarse porque la mano de Bravo esté a centímetros de su pistola.

—Creí que todos los asesinos de *Samedi* estaban muertos —dice Bravo

mientras relaja la mano derecha, pero sin retirarla del muslo— ¿Así que de quién se supone que debo de cuidarme?

—Los asesinos principales de *Samedi* están muertos —corrige Vega— Pero hay cuando menos ocho aspirantes activos tan solo en la Ciudad de México. Cualquiera de ellos estaría dispuesto a ganar puntos metiéndote una bala en la cabeza.

—¿Aspirantes?

—Aspirantes. Así les llamamos. Se trata de asesinos que han demostrado su utilidad en operaciones menores, pero todavía no son considerados como parte del equipo principal. Supongo que El Ruso estará considerando ascender a algunos pronto para tratar de reconstruir la organización antes de que los clientes decidan irse con la competencia, pero si hacemos las cosas bien no le alcanzará la vida para eso.

Bravo entiende, por fin, el motivo de las notas con su nombre, o al menos parte del mismo.

—¿No puedes enfrentarte a él sola, verdad? Realmente es tan peligroso como dicen. Tan peligroso como para matarte a ti.

—No pretendo salir con vida de esto, comandante, pero me iré completamente satisfecha si él se va junto conmigo. Acertó a medias. En realidad espero poder con él pero si no es así, me gustaría pensar que alguien más lo hará pagar de una manera u otra.

Las dos mujeres se miran a los ojos. Julieta sabe que está frente a una asesina despiadada que probablemente —seguramente— ha matado a muchas personas, y muchas de ellas inocentes, pero también sabe que se ha metido en una situación demasiado complicada y confiar en ella puede ser su mejor oportunidad para salir por su propio pie.

—¿Y qué crees que va a pasar contigo después? —pregunta con tono duro—, ¿qué simplemente voy a felicitarte por lograr tu objetivo y desearte buena suerte? No he entrado a detalle a revisar todo lo que has hecho, pero me queda claro que has matado a mucha gente. Eres una asesina, Selene Vega, y las asesinas no deben estar libres en la calle.

—213 mil —dice Vega sin inmutarse.

—¿213 mil qué? —pregunta Bravo.

—El número varía un poco dependiendo de quién haga la medición o de la población actual del mundo —contesta Vega—, pero la última vez que busqué el dato, se calculaba que 213 mil personas mueren cada día por diversos factores: edad, enfermedad, accidentes, suicidios, asesinatos, entre

otros factores.

—¿Y acaso eso lo hace mejor? ¿Significa que lo que ustedes hacen no es tan terrible porque de todos modos mueren cientos de miles más? ¿Eso es lo que te dices para dormir por las noches?

A pesar de la molestia creciente en el rostro y en la voz de Bravo, Vega se nota calmada. Se toma su tiempo antes de responder.

—No estoy diciendo eso, comandante. Lo que le estoy diciendo es que todos los días muere gente y siempre, siempre ha habido personas que quieren ver a otras personas muertas y están dispuestas a pagar por ello. Lo que le estoy diciendo es que aún si *Samedi* no hubiera existido jamás, aún si yo no hubiera formado parte, la gente a la que matamos hubiera sido asesinada de una forma u otra. Quienes ordenaron poner fin a sus vidas simplemente lo hubieran hecho a través de otro grupo.

En ese momento y por primera vez desde que conoció de la existencia de Selene Vega, Julieta Bravo se da cuenta de que a fin de cuentas es un ser humano tratando de justificar sus acciones, por horribles que sean, de la misma forma en que lo haría cualquiera. También ve una oportunidad de tratar de meterse en su mente. Elige muy bien las siguientes palabras y las esgrime con tanta fuerza como lo haría con un arma contundente.

—Entonces supongo que de acuerdo a esa lógica un asesinato por aquí y otro por allá no hacen la diferencia, ¿verdad? Pues te aseguro que sí marcan la diferencia para los seres queridos de las víctimas, pero eso ya lo sabes. Estoy segura de que lo que pasó con Laura y su familia fue un parteaguas para ti.

La oración causa el objetivo deseado. Aunque trata de disimularlo, la comandante nota un ligero cambio en la expresión de la asesina. Sus sospechas eran ciertas, ellos significaban mucho para ella. Lo que pasó ese día, hace casi un año, fue lo que detonó todo lo que ha estado ocurriendo durante las últimas horas.

Aún así, necesita más. Leyó el informe de *Oráculo*, vio lo que les hicieron, pero necesita escucharlo de sus labios. Si va a darle la espalda a todo en lo que cree para trabajar lado a lado con esa asesina y acabar con esa organización de asesinos necesita estar segura de que es sincera con ella y hacerla narrar esa terrible historia es una buena forma de ponerla a prueba.

—Háblame de ese día, y no te guardes detalles.

—Estamos perdiendo tiempo, comandante, y es su vida la que esta en juego.

—Me importa una mierda. Quiero que me digas lo que pasó ese día o me largo de aquí y regreso con una unidad de operaciones especiales a mis espaldas. Dime qué fue lo que te hicieron para que decidas emprender esta cruzada suicida contra ellos.

—Creo que para estas alturas lo sabes muy bien.

—Dímelo de cualquier forma.

Selene Vega entiende lo que le están pidiendo, así que hace a un lado su plato y respira profundamente antes de empezar a contar su historia. Aunque no fue lo que le pidieron, empieza con un breve resumen en donde habla del asesinato de sus padres, de su paso por el orfanato —incluyendo los detalles de la muerte del perverso y pedófilo vigilante nocturno—, de su primer trabajo, que consistió en la muerte de una niña de 11 años y de la vez que desobedeció las ordenes de El Ruso.

Todo eso para llegar a su último día como una asesina de *Samedi*.

—Pasaron varios días desde que le di muerte a ese activista ambiental. Al finalizar la misión no hubo reclamos de ningún tipo, no enviaron a nadie más a terminar con la familia, así que cuando El Ruso pidió verme pensé que sería simplemente para hacerme una advertencia. Ya sabes, *te la voy a dejar pasar pero más vale que no vuelvas a desobedecerme* o algo así. Estaba muy equivocada y esa equivocación me lo costó todo.

»Recibí el primer golpe en el momento en que entré a la oficina. Una certera patada de Martínez que casi me fractura la rodilla derecha; ciertamente podría haberlo hecho si lo hubiera querido, pero me queda claro que incluso en ese momento se estaba conteniendo.

»Cuando caí al suelo, Yagami ya estaba prácticamente sobre mí. Un codazo directo a mi frente fue suficiente para hacerme perder el sentido.

»Al recobrar la conciencia iba en el asiento trasero del auto. Martínez conducía y Yagami iba atrás, a mi lado. Aún estaba mareada cuando intenté golpearlo, por lo que no tuvo dificultad en tomar mi brazo y clavarme una jeringa en el cuello. Al principio pensé que era algún tipo de veneno, pero después caí en cuenta que esa sería una muerte demasiado sencilla para lo que El Ruso tenía en mente.

»Lo que había en la jeringa era una dosis bastante fuerte de *escopolamina*, una droga que adquirió bastante notoriedad a mediados de 2010, aunque con otro nombre.

—*Burundanga* —asiente Bravo—. La droga de los secuestradores y los violadores.

—Exacto. Una dosis muy elevada puede ser mortal, pero en la cantidad adecuada inhibe la voluntad de la víctima e incluso la hace perder la noción de la realidad.

»Aún en ese estado reconocí la calle en donde estaba la casa de Laura y Osvaldo en cuanto comenzamos a acercarnos. Un débil *no* salió de mis labios, pero ni Martínez ni Yagami me respondieron. Los vecinos, si es que vieron o escucharon algo, decidieron no llamar a la Policía. En esa colonia estaban acostumbrados a guardar silencio por su propia seguridad ante las cosas sospechosas.

»Cuando entramos pude ver a Laura tirada con las manos atadas por detrás de la espalda y amordazada en el suelo. También me di cuenta de que Richter ya había torturado a Osvaldo por un largo rato. Estaba sentado en una silla, con las manos atadas al respaldo y una cuerda enredada en su cuello. Richter la apretaba poco a poco hasta que casi perdía el conocimiento para después aflojar y dejarlo respirar de nuevo mientras él, entre lagrimas, solo pedía que dejaran en paz a su familia.

—Por eso lo mataste de esa manera —interrumpe Bravo—. Lo estrangulaste con tus manos, pero no de una sola vez. Apretabas y aflojabas para asegurarte de que él sintiera lo que sintió tu amigo.

Vega no responde. La joven está sentada a la mesa, pero su mente parece estar muy lejos.

—Mi llegada lo cambió todo. Sabían que tenía aprecio y agradecimiento por Osvaldo, pero nada más. No les interesaba torturarlo frente a mí. No a él. Él solo era diversión momentánea por mientras yo llegaba. El aperitivo antes del plato fuerte y el postre. Richter tomó la cuerda y apretó por última vez. Esa vez, sin aflojar al final.

»Después se acercó a mí y comenzó a golpearme. Richardson se le unió en un momento mientras Martínez, Oliveira y Yagami me observaban impasibles. Si algo les molestó, decidieron guardar silencio. Todos los golpes fueron en el cuerpo, principalmente a los costados. Querían hacerme daño, que sintiera dolos, pero cuidando que no perdiera la conciencia.

»Mientras me golpeaban, Oliveira se acercó a Laura y le dijo que esto estaba pasando por mi culpa. Que no tenían absolutamente nada en contra de ella y su familia, pero que ser mi amiga había sido su sentencia de muerte. El muy sádico le acariciaba el rostro y le hablaba con dulzura mientras se lo decía, como si fuera una especie de amigo.

»Entonces, cuando pensaron que era suficiente, Richardson tomó su

cuchillo y lo enterró en mi muslo, arriba de la rodilla. Richter se rió ante mi mueca de dolor justo antes de voltear hacia ella.

—¿Te refieres a Laura, o a la pequeña niña? —pregunta Julieta consciente de que para ese momento sus ojos comienzan a llenarse de lagrimas a pesar de los intentos por evitarlo.

—Me refiero a Selene —contesta Selene Vega—. La pequeña se llamaba Selene y apenas tenía dos años de edad. A pesar de que tenía varios años sin verme, Laura le puso ese nombre a su hija en mi honor, por mí. En recuerdo por lo que había hecho por ella en al orfanato. En honor de una amistad que nunca merecí.

Julieta Bravo aprieta los puños y la quijada. El recuerdo de las fotos de las escena del crimen que vio en el reporte de *Oráculo* la golpea como un martillo y tiene que hacer gala de toda su fortaleza mental para no interrumpir a su interlocutora, para dejarla terminar una historia que luchaba por salir desde hace casi un año.

—Richter era un maldito hijo de puta —continúa Vega, quien a diferencia de Bravo tiene los ojos secos—. Primero se acercó a Laura y le dijo todo lo que pensaba hacerle a su hija.

»¿Creen que por ser tan pequeña no puedo usarla? Una perra es una perra, sin importar el tamaño que tenga, dijo con la locura inyectada en sus ojos. Y si sobrevive después de esto, posiblemente la corte en pedazos.

—Laura gritaba debajo de la mordaza intentando moverse si éxito, mientras yo, completamente nulificada por la droga y los golpes recibidos no podía ni siquiera arrastrarme, mucho menos intentar hacer algo para ayudar a mi amiga o su hija.

»Entonces, y en lo que para ellos fue un acto piadoso, Martínez le hizo una seña a Yagami, éste tomó su *katana* y en un movimiento casi imposible de detener acabó con la vida de la pequeña Selene de un solo tajo.

—Dios mío.

—Fue una muerte rápida. Instantánea, en realidad —dice Vega con voz triste apartando la mirada de los ojos de Bravo—. Mucho mejor que lo que le esperaba en manos de Richter.

—¿Y se supone que eso lo hace mejor? —pregunta Bravo casi gritando—. ¡Piedad hubiera sido dejarla viva, en una estación de policía, en un hospital, en donde sea! ¡Piedad hubiera sido no matar a una niña de dos años enfrente de su madre, malditos locos de mierda!

Vega no intenta moverse de su sitio ni buscar su arma a pesar de que ve a

Julieta ya no solo acercar, sino poner su mano sobre la cacha de la pistola. En lugar de eso, continúa su relato .

—Laura ya no gritaba, solo lloraba con los ojos cerrados. Richter enloqueció y encaró primero a Yagami y después a Martínez amenazándolos con contarle a El Ruso lo que habían hecho. Que habían desobedecido sus ordenes de torturarlos a todos.

»Martínez, sin embargo, sabía que no diría nada y el hablador de Richter también, así que decidió desquitar su furia contra su siguiente objetivo.

»Me impidieron divertirme con tu hija, pues me la voy a cobrar contigo, dijo mientras giraba su cuchillo con la mano izquierda y se desabrochaba el pantalón con la derecha. Y no voy a ser el único, porque el que se niegue, tendrá que vérselas con El Ruso. Y mi cuchillo también va a formar parte del arsenal sexual. Voy a hacerte gritar hasta que se te desgarran las cuerdas vocales.

—Le quitó la mordaza y Laura, llorando, me gritó las últimas palabras que me dirigiría en mi vida.

»¡Espero que te torturen muy lentamente, que te corten en pedazos y duren días contigo, maldita perra!

—Ese grito me hizo sacar fuerzas que ya no sabía que tenía. Aún no sé bien cómo, pero me saqué el cuchillo que Richardson había enterrado en el muslo. Sabía que tenía una sola oportunidad y la aproveché. Lo lancé con todas mis fuerzas, directo al centro de la frente de mi mejor amiga. De mi única amiga. Acabé con la vida de la única persona que había hecho algo bueno por mí desde la muerte de mis padres.

Julieta había listo las fotos de la escena del crimen, incluyendo la de Laura con la herida de cuchillo en la frente, pero hasta ese momento había pensado que había sido uno de los asesinos quien le había dado muerte. No había entendido que había sido la misma Vega quien la había matado y lo había hecho para evitar que la torturaran hasta morir.

—De lo que siguió a continuación no tiene caso darte detalles. No fueron días, como pidió Laura, pero sí fueron horas. Muchas horas. Las cosas que hicieron conmigo van a estar grabadas en mi mente para siempre. Golpes, cuchillos, violación, pero ni siquiera me importaba. Mi amiga, su esposo y su hija habían muerto por mi culpa. Sus cadáveres aún estaban tibios junto a mí. No podían hacerme más daño. Ni siquiera recuerdo haber gritado, aunque es posible que lo haya hecho. De lo que estoy segura es de que no lloré. Ya estaba muerta, ¿sabes? Y las mujeres muertas no lloran.

»Al final Martínez ordenó que se fueran. Dijo que merecía morir con algo de dignidad y Richter obedeció a regañadientes. El maldito cobarde nunca tuvo bolas suficientes para enfrentarlo.

—Y Martínez te dejó vivir.

—No a propósito, no. Me disparó en el pecho y me dejó ahí para que muriera.

—¿De verdad crees eso? —pregunta Bravo mirándola a los ojos—. ¿Un asesino tan capaz como Luis Fernando Martínez fallando a esa distancia? Te dejó vivir, Selene. Te dio un tiro sabiendo que no estaba apuntando al corazón. La herida pudo matarte de todos modos, claro, pero trató de darte una oportunidad.

Vega guarda silencio. Lo sabía, por supuesto. Siempre lo ha sabido, pero tenía que renegar de esa información para poder matarlo. Por eso tenía que ser el primero. De cualquier manera, ya no importa.

—¿Cómo saliste de ahí?

—Esperé un tiempo prudente y tomé el teléfono de Osvaldo. Marqué el número de uno de los aspirantes y le dije que estaba en un trabajo que había salido mal y que si me ayudaba, me encargaría de acelerar su ingreso a *Samedi*. Ni siquiera recuerdo el nombre del pobre tonto, pero me fue de utilidad.

—Y lo mataste, evidentemente. ¿Qué es una muerte más para la gran asesina Selene Vega, cierto?

—Más bien, ¿qué es un asesino menos? El tipo no era uno de nosotros, pero era un homicida, un aspirante. No olvides eso.

Bravo guarda silencio y Vega toma otro trago de agua. Después aprovecha para terminar su historia.

—Me tomó casi seis meses volver a caminar. El resto del tiempo me dediqué a entrenar. Es increíble lo que puedes hacer cuando tu única motivación es la venganza.

»Esperé la fecha con mucha paciencia hasta asegurarme de elegir un día en el que todos estuvieran en la ciudad. Eso era fundamental. Si les daba tiempo de procesar la situación alguno se escaparía.

Bravo observa fijamente a Vega incapaz de saber si ella hubiera sido capaz de hacer lo mismo de haber estado en su situación. No puede evitar sentir algo de empatía, pero tampoco hace a un lado el hecho de que está tratando con una peligrosa asesina.

—Bien, entonces dices que tratarán de matarme hoy y que lo hará un

aspirante —dice mientras saca una hoja de papel— escribe sus nombres aquí y yo diré que di con un informante. Los detendremos antes de que tengan oportunidad de actuar.

—No los conozco —responde Vega—. No a todos, al menos. Solo tenía datos de dos aspirantes y uno, al que le pedí ayuda, ya no está en el panorama. Esa información completa solo la tenían dos personas.

—Asumo que una de esas personas es El Ruso —infiere Bravo—. ¿Y la segunda?

Selene Vega hace una pausa y se asegura de que Bravo esté mirándola antes de responder.

—El procurador general Óscar Lagarda.

Julieta Bravo guarda silencio. Está perfectamente consciente de la corrupción que impera en las corporaciones policíacas de México, y aunque no tiene un motivo específico para desconfiar de Lagarda, tampoco lo tiene para hacerlo de la mujer que está sentada frente a ella.

Muy bien, Julieta. A la lista de malas decisiones del día puedes agregar creer en la palabra de una asesina antes que en la inocencia de tu superior directo.

—¿Y se supone que debo de creerte así de sencillo?

—No esperaría que lo hicieras —contesta Vega—, pero afortunadamente hay una manera muy sencilla de comprobarlo.

—¿Y cuál es esa manera?

—Que acompañes a Lagarda al sitio en donde tratarán de ejecutarte, por supuesto.

—Creo que hay una parte de esa oración que no me gusta del todo. Ah, sí, es la parte en donde me ejecutan.

—Dije donde *tratarán*. Si sigues mi plan, los que van a morir en ese lugar serán ellos.

—¿Ellos?

—Lagarda, el aspirante y posiblemente el jefe de seguridad de Lagarda. Ellos.

—¿Almeida también está en esto?

—No estoy completamente segura, pero puedo apostar a que sí. Sé bien cómo trabajan.

Bravo respira profundamente mientras sopesa sus opciones. Si lo que Vega dice es cierto, Lagarda va a tratar de matarla eventualmente y es mejor para ella que lo intente mientras ella está prevenida.

—Muy bien, Selene. ¿Cuál es el plan?

—En realidad es mucho más sencillo de lo que puedes pensar. *Samedi* tiene varias casas de seguridad repartidas en diversos puntos de la ciudad. También tiene sitios falsos, pensados específicamente para tender trampas. Por ejemplo llevar a una emboscada a otro equipo de asesinos, alguna corporación policíaca internacional, etcétera. Yo voy a darte la ubicación de uno de esos lugares falsos.

—¿Y Lagarda los conoce?

—Lagarda los conoce todos. Cuando le digas que una fuente te ha dado la ubicación de *Samedi* y se de cuenta de que en realidad tienes la dirección de uno de los sitios de trampa, pensará que ha sido El Ruso a través de un falso soplón, quien te ha dado la información.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Porque sé perfectamente cómo trabaja. El Ruso siempre ha retado a Lagarda, diciendo que alguna vez tendrá que ensuciarse las manos. Cuando el procurador vea que te han dado la dirección de un sitio falso, especialmente uno que tiene un lugar perfecto para un francotirador, será él mismo quien llame a uno de los aspirantes para que te espere mientras él te guía a la trampa. No sé quién será el idiota al que activen, pero te garantizo que estará muerto antes de que ustedes lleguen.

Bravo lo medita por un momento. Es arriesgado, sí, pero si Lagarda realmente está implicado y considerando los contactos que tiene, puede ser la única opción. Definitivamente no ve cómo será posible convencer a un juez de que ponga al procurador general tras las rejas basándose en la palabra de una Policía y una asesina.

—Más te vale que seas tú quien esté detrás de la mira de ese rifle cuando lleguemos, Vega.

—Lo estaré. Pero tienes que entender que yo no estoy jugando a capturarlos. En este país saldrían impunes y con una sonrisa en la cara. Lagarda y quien quiera que lo acompañe están sucios y mueren hoy.

—¿Y después?

—Y después vamos por El Ruso.

Capítulo 21

Los rusos duros no ruegan

Viernes, 12:13 P.M.

Julieta Bravo está de pie frente a la fastuosa residencia ubicada en Lomas de Chapultepec, una de las zonas más exclusivas de la Ciudad de México. Junto a ella se encuentra Selene Vega, posiblemente la mujer más peligrosa y mejor entrenada del país y esas no son buenas noticias para Bolat Vyagorov, el dueño de esa propiedad de más de 2 mil metros cuadrados.

Cuando Vega le reveló la identidad de El Ruso ni siquiera se sorprendió. No es que tuviera sospechas de él en particular, ni siquiera le había pasado por la mente, lo que no le sorprendió para nada fue que el despiadado líder de un grupo de asesinos internacionales se tratara de un influyente y multimillonario empresario conocido por su filantropía.

Bolat Vyagorov nació en Aktau, Kazajistán en 1963, aunque con otro nombre que pocas personas vivas conocen. Hijo de un obrero de la industria petrolera que trabajaba 14 horas diarias y de una ama de casa que siempre soñaron, sin lograrlo, sacar a sus hijos de ese lugar.

Tuvo un hermano dos años mayor que él que murió de una forma particularmente misteriosa cuando tenía 15 años, acuchillado por la espalda cuando ambos regresaban de la escuela. El niño de 13 años dijo con lagrimas en los ojos que se trató de tres jóvenes que nunca había visto y trataron de robarles sus mochilas. La Policía nunca pudo encontrar a los responsables y tampoco mostraron mucho interés en ello.

Como muchos niños que nacieron y crecieron en esa ciudad tradicionalmente militar, cuando creció entendió que sus opciones eran reducidas: trabajar en una planta nuclear, en un yacimiento petrolero o alistarse en las Fuerzas Armadas Soviéticas. Se decantó por la tercera opción en 1981 en el mismo día en que cumplió 18 años de edad.

Desde muy pronto durante su entrenamiento sus superiores se dieron cuenta de que el joven tenía la sangre fría, la capacidad física y la facilidad por la violencia que buscaban en los candidatos para formar parte de los *Spetsnaz*, la temida unidad de fuerzas especiales de élite de Rusia, con tanto

éxito que en menos de un año logró incluso abrirse camino para entrar al equipo *Spetsnaz Alfa*, lo mejor de lo mejor. Básicamente el equivalente al *Seal Team Six* en Estados Unidos o el *Special Air Services* del Ejército Británico.

Sirvió de forma ejemplar y con éxito en incontables misiones encubiertas de las que hay poco o ningún registro durante una década, hasta que a finales de 1991, aprovechando la disolución de la Unión Soviética y la pérdida de muchos archivos, decidió desertar, inventar una nueva identidad y dedicarse a trabajar como mercenario.

Un par de años después y utilizando el inmenso botín que encontró en la casa de un blanco y decidió no reportar a su empleador en turno, emigró al continente americano con dos objetivos: crear un equipo de asesinos de élite que pudiera actuar en todo el mundo y al mismo tiempo crear una pantalla de hombre de negocios responsable y exitoso. El país elegido para tal emprendimiento fue México, confiado en que la conocida corrupción de las autoridades le haría mucho más sencillo instalarse ahí que en otros países de los denominados de primer mundo.

Así nació Bolat Vyagorov, un reconocido y apreciado empresario de la industria de las telecomunicaciones y filántropo siempre preocupado por regresar a la comunidad un poco de lo obtenido. Al mismo tiempo nació El Ruso, uno de los líderes criminales más peligrosos que han vivido en el país. Sobra decir que las autoridades hacendarías de México jamás se preocuparon por indagar el origen del capital financiero con el que Vyagorov creó cientos de empleos en tiempo récord, mucho menos investigarían una década después, cuando esos cientos se convirtieron en miles.

Y ese es el hombre al que Selene Vega y Julieta Bravo tienen que matar. Básicamente un héroe de las clases marginadas que durante años ha llevado de manera desinteresada agua potable, educación y salud a zonas que anteriormente no contaban con esos servicios.

Independientemente de la trayectoria y la reputación que Vyagorov pueda tener, ya no hay forma de dar marcha atrás. La espiral de violencia iniciada por Vega poco más de 15 horas atrás está a punto de llegar al final y aunque Bravo no eligió colocarse en medio, no tiene ninguna intención de salir huyendo antes de que todo concluya.

—Si quieres irte, esta es posiblemente tu última oportunidad —dice Vega sin voltear a verla.

—Sabes que no tengo esa opción —contesta con la vista al frente—. No

realmente. Solo quiero saber...

—¿Si voy a dejar que lo captures vivo? ¿Que trates de iniciar un proceso legal en contra de él? No. La respuesta es no. Sabías bien a dónde llevaba el camino de ladrillos, y estos siempre fueron rojos.

—Sé bien lo que piensas y los motivos que tienes para matarlo. Lo único que digo es que para alguien como él, alguien acostumbrado a los lujos, la cárcel debe ser un castigo mucho peor que la muerte.

—No siempre estuvo acostumbrado a los lujos. Creció entre la miseria y formó parte de las Spetsnaz, así que una prisión sería un jardín de niños para él. ¿Y realmente crees que estará mucho tiempo en la cárcel? ¿O que la pisará, al menos? No, comandante, El Ruso muere hoy. El Ruso muere hoy o tú y yo no tenemos nada qué hacer juntas.

Bueno, cruzaremos ese puente cuando llegemos, piensa Bravo, aunque asiente ante la exigencia de Vega.

—¿Y de tu destino, qué me puedes decir? —pregunta Bravo—. No me contestaste en el restaurante qué esperas que yo, una agente de policía haga con una peligrosa asesina después.

Selene Vega se permite una ligera sonrisa.

—Esa es tu decisión, comandante. A cómo yo lo veo, tienes tres opciones: la primera, que me detengas. Ciertamente tienes documentos, datos, cifras y un largo expediente para mandarme a prisión por el resto de mi vida. La segunda, que me mates, posiblemente esa sea la mejor opción. Te garantizó que no opondré resistencia si tomas cualquiera de esas dos opciones, siempre y cuando el cadáver de El Ruso esté frente a nosotras.

—¿Y la tercera?

—La tercera opción, si es que ambas salimos con vida, es que me dejes ir. Aunque te adelanto que si tomas esa estarás liberando a una persona que no sabe hacer otra cosa que matar. Te aseguro que no me encontrarías un año después como mesera en un café o como feliz ama de casa. Aunque si cambiaría algo, jamás en la vida volvería a matar a un niño o a una niña.

Pero eso no significa que no matarías a personas inocentes y yo tendría que vivir sabiendo eso, ¿verdad?, piensa Bravo mientras voltea a ver directamente a la asesina a su lado y le hace un leve gesto de asentimiento moviendo la cabeza de arriba a abajo.

—¿Qué nos espera adentro? —pregunta cambiando de tema—. Supongo que esta es su casa, no el centro de operaciones de *Samedi*.

—Supones mal. Hay una construcción subterránea diseñada

especialmente para *Samedi*. Su familia tiene prohibido pasar a esa parte de la casa y de hecho no tienen las contraseñas de seguridad. En cinco años aquí nunca vi que su esposa o sus hijos se metieran en donde no debían.

—¿De verdad? ¿Me estás diciendo que reúne regularmente a un grupo de asesinos en el mismo sitio en donde tiene a su familia?

—¿Qué tanto sabes de él? Es decir, ¿qué has escuchado o leído?

—Poco en realidad. Nunca lo he visto pero es difícil abrir un periódico o una página de noticias y no encontrarse con su nombre. Originario de Kazajistán, radicado en México desde hace más de 20 años y propietario de grandes empresas, entre ellas un monstruo de telecomunicaciones que se ha expandido por todo el continente.

—¿Sólo eso?

—No, por supuesto que no. Es todo un símbolo de filantropía en el País. Trabaja especialmente con educación, agua potable y servicios de salud.

—Todo eso es verdad. También es verdad que utiliza sus fundaciones para lavar el dinero que obtiene de su verdadero trabajo, y también es verdad que las autoridades de México se hacen de la vista gorda por más que engorden sus cuentas bancarias.

—Por eso se instaló en México, supongo. —dice Bravo— Creyó, y no le faltó razón, que sería más fácil sobornar al sistema tributario mexicano que al de Estados Unidos o el de algún país europeo.

—Exacto —continúa Vega, extrañamente calmada a pesar de estar a solo unos metros de su objetivo final—. Sabiendo todo eso, ¿Cuándo fue la última vez que lo viste en algún evento, en alguna foto?

Bravo hace un esfuerzo por recordar, pero la única fotografía que viene a su mente es una imagen de archivo que parece ser la misma que usan en todas las notas de él.

—No soy muy afecta a los eventos sociales, pero no, no recuerdo muchas imágenes de él.

—El Ruso sufre de agorafobia. No estoy segura desde cuándo, evidentemente no desde siempre, o nunca hubiera podido ser un militar y mucho menos un asesino, pero sí sé que no ha puesto un pie fuera de esta propiedad cuando menos desde hace 10 años.

—Muy bien —dice Bravo armando el rompecabezas que parece más extraño ahora que ha tomado forma que antes, cuando era un galimatías—. Entonces tenemos a un asesino apodado El Ruso, aunque en realidad es *kazajo*, que también resulta ser uno de los empresarios más ricos del país y un

filántropo apreciado y respetado que sufre de agorafobia. ¿Algo más?

—Solo que ha vivido mucho más tiempo de lo que debería y yo estoy aquí para arreglarlo. Solo eso.

A pesar de que aún no es la 1:00 de la tarde, la zona se siente especialmente tranquila, sin mucho movimiento en la calle. Es casi como si los vecinos, aún sin saber a ciencia cierta de que se trata supieran que no es buena idea acercarse mucho a esa casa.

—Bien, entonces repito la pregunta que te hice hace unos momentos —dice Bravo, asegurándose de que su arma esté sujeta firmemente a su pistolera en el muslo derecho—. ¿Qué nos espera adentro?

Vega no contesta al instante. Sus ojos están fijos en la casa y se muestra inmóvil. La única señal de que sigue viva es la vena que se inflama y desinflama rítmicamente al lado izquierdo de su cuello. Bravo está a punto de preguntar de nuevo cuando llega la respuesta.

—Hay dos opciones: la primera es que su equipo de seguridad nos esté vigilando y comiencen a dispararnos en cuanto intentemos entrar. En ese caso, debemos tratar de saltar la cerca por sitios distintos para tener más posibilidades. La segunda opción es que...

Vega deja de hablar cuando la pesada reja de acero frente a ellas se abre de forma automática.

—¿Segunda opción entonces? —pregunta Bravo.

—Así parece —contesta Vega mientras empieza a caminar.

No encuentran resistencia en el jardín principal y tampoco mientras caminan por alrededor de la casa. Bravo avanza con su Glock de 9 milímetros en la mano derecha analizando cada rincón, pero no Vega. Selene Vega camina despreocupada como si fuera a una reunión familiar. Julieta entiende que la reja abierta fue una invitación, pero no está dispuesta a confiarse.

La entrada al inmenso *bunker* subterráneo ni siquiera está oculta. La puerta se encuentra justo junto al área de baños de la piscina y es evidente que tiene unas escaleras que llevan hacia abajo.

—Dentro de la casa también hay accesos, pero nosotros utilizamos esta puerta —explica Vega mientras descubre un teclado e introduce su código de seguridad, 24601, que todavía funciona.

La puerta se abre en silencio, dejando escapar un ligero resplandor rojo proveniente del fondo de la construcción.

—Sí, a El Ruso le gusta el rojo.

Ambas comienzan a descender las escaleras. Llega el momento en que

Bravo se siente estúpida por llevar su pistola en la mano mientras Vega camina tan tranquila, así que decide regresarla a la funda.

La comandante de la Unidad de Investigaciones Especiales pasa de sorpresa en sorpresa mientras se mueve por el interior del lugar. Aunque no se abren todas las puertas puede constatar que cuenta con gimnasio, cuadrilátero, arsenal con área de tiro insonorizada, una sala de operaciones con tantos monitores que parece sacada de la NASA, celdas de detención, áreas para dormir, cocina, entre muchas otras cosas. Pero nada de eso importa tanto como llegar a la oficina que está al final.

Vega empuja la puerta con el dedo índice y está se abre sin resistencia, al fondo, Bolat Vyagorov, el hombre conocido como El Ruso, recibe a las dos mujeres con una sonrisa y no se inmuta ni siquiera cuando Bravo saca su arma y apunta directo hacia él.

—Bienvenidas. Pasen, pasen por favor. ¿Me permiten ofrecerles algo de beber? —pregunta mientras él mismo se sirve una medida de vodka en un vaso de cristal.

Bravo reconoce la bebida, la ha visto en algunos artículos de Internet y en un programa de televisión, es una *Russo-Baltique*, con un ridículo costo de un millón de euros por botella. De cualquier manera, Julieta está segura de que el asesino no pagó por ella.

—¿No? Qué decepción. La estaba reservando para una ocasión especial —dice mientras juguetea con la dorada botella de vidrio a prueba de balas— ¿y qué mejor ocasión que ésta?

El Ruso bebe el contenido del vaso de un solo trago e inmediatamente se sirve el segundo.

Bravo observa a Vega, quien se mantiene en silencio. Después de la historia que le contó esperaba ver odio en su mirada pero no ve nada, ahí no hay nada y eso hace que la joven junto a ella parezca aún mas aterradora. Al fin, es ella la primera en hablar.

—No sé por qué motivo nos dejó entrar, señor Vyagorov, —dice sin dejar de apuntarle con su arma—, pero no obtendrá nada a su favor con eso. Entréguese y me aseguraré de reportar que no opuso resistencia. Es la mejor oportunidad que tendría hoy. La única que pienso darle.

Las carcajadas de El Ruso llenan la habitación. Da un sorbo a su vaso antes de contestar.

—¿Va a arrestarme, comandante Bravo? ¿De verdad cree que Vega la dejará hacer eso? ¿Y de verdad no sabe el motivo por el que las dejé entrar?

Spoiler: tiene que ver con usted.

Bravo se mantiene en silencio. Lo sospecha, por supuesto, no es ninguna estúpida, pero decide callar.

—Las dejé entrar porque de cualquier forma los idiotas que quedaban vivos para protegerme no iban a poder con ella, pero probablemente si la hubieran matado a usted, y no me interesa que muera. ¿Sabe qué hubiera hecho Vega si las cosas se hubieran puesto difíciles? La habría usado a usted como señuelo, como carne de cañón y después los hubiera matado a todos. En esa situación solo quedaríamos ella y yo, y pienso que tengo una mejor oportunidad de negociar con usted aquí. Después de todo, voy a ofrecerle un muy buen trabajo.

Bravo sabe que está diciendo la verdad. Selene Vega es más que capaz de sacrificarla si con eso se asegura de llegar ante El Ruso, pero es ya no importa. Ahora están ahí y lo importante es acabar con el hombre frente a ellas. Mantiene su atención en él, ya lidiará con la asesina después.

—La única oportunidad que tiene es la que le acabo de dar. Entréguese, confíese y denos toda la información que tenga. —Bravo nota que Vega no se ha movido, pero decide no presionar por ese lado—. ¿Qué le hace pensar que le diré que sí cuando ya mande al diablo a Lagarda?

—El imbécil de Lagarda —responde El Ruso riendo—. Con él estaba el tema personal, supongo que usted se sintió traicionada, pero ahora que tuvo más tiempo para pensarlo me gustaría que lo reconsiderara. Una mujer tan hábil y en la posición en la que está sería un gran activo para mi modesta organización. Podría incluso ser la segunda al mando.

—Y supongo que lo único que tengo que hacer para ganarme ese privilegiado lugar es matar a Vega, ¿cierto?

—Bueno, la mataríamos entre los dos, por supuesto. —Un trago más—. No se ofenda, comandante, pero usted sola no podría con ella. No todavía al menos, pero sé como entrenarla para volverla casi invencible.

Vega sigue sin moverse, sin hablar. Como si no estuvieran hablando de ella. Bravo ni siquiera está segura de que esté respirando.

—No puedo creer que en realidad esté pensando que voy a considerarlo —dice mientras baja la mano izquierda al fondo de la empuñadura, justo sobre el cargador para tener más estabilidad y mejor puntería—. ¿Y a Pérez quién le devuelve la vida? ¿Le importa acaso que haya dejado a una esposa y a una niña pequeña?

—Ah, pero esa es otra razón —contesta El Ruso—. Usted sabe que con

su mísero sueldo de policía no puede hacer nada por esa familia, pero si yo la ayudo pueden pasar el resto de su vida sin preocuparse por dinero. Creo que eso es lo que le gustaría a su amigo.

Bravo mueve el arma unos centímetros abajo y a la izquierda y dispara un tiro preciso. La lujosa botella de vodka sale disparada de la mesa sin romperse ni con el impacto de bala, ni con la caída al suelo.

—Vaya, parece que no exageraban en la publicidad cuando decían que era una botella a prueba de balas —dice Bravo mientras observa el líquido derramarse poco a poco—. Última oportunidad, ¿se va a entregar o no?

—No.

Bravo baja su arma y voltea a ver a Selene Vega.

—Todo tuyo.

—Muy bien, Vega —dice El Ruso mientras se levanta de la silla desarmado y presiona un botón que hace girar un cuadro a sus espaldas, revelando una estantería con una *katana*, varios cuchillos de combate y dos viejas pistolas de duelistas, de las de un solo disparo—. Supongo que no esperarás que ruegue por mi vida. ¿Cómo vamos a hacer esto?

Por respuesta, Vega saca su Desert Eagle de 12 milímetros en un rápido movimiento y dispara un tiro directo a su torso, justo en el punto en que el abdomen se junta con el pecho. El Ruso abre los ojos sorprendido antes de dar dos pasos hacia atrás y caer sobre su trasero.

Entonces, solo entonces, Vega se permite hablar. Gritar, en realidad, mientras deja salir un año de furia contenida.

—¡Vete a la mierda, hijo de puta! ¡Vete a la mierda! ¿Creíste que iba a darte una oportunidad? ¿Creíste que esto iba a acabar en una pelea cuerpo a cuerpo? ¿Un duelo? ¿Un final honorable? ¡No mereces una maldita oportunidad!

El Ruso empieza a reír mientras sale sangre de su boca.

—Bien, bien. Al final aprendiste algo, ¿cierto? Pero te faltó mucho, tanto que a Martínez sí decidiste acabarlo cuerpo a cuerpo. Como si fuera diferente, como si fuera mejor que yo.

—¡No te compares con Martínez! No tuvo el valor para desobedecerte, merecía morir, pero era mil veces mejor que tú. No eres nada frente a él.

La risa de El Ruso se convierte en una carcajada mientras lleva su mano a la herida de bala.

—Nunca lo supiste, ¿verdad? A pesar de toda tu inteligencia y de toda tu intuición, de verdad que nunca lo supiste.

Vega se acerca dispuesta a darle el tiro de gracia que ponga fin a su existencia y que cierre ese maldito capítulo que le ha costado tanto. La mirada, antes muerta, ahora está llena de odio.

—Pobre niña idiota. ¿Crees que es casualidad que Martínez estuviera ahí cuando casi matas a ese tipo a golpes en la calle? ¿Quién crees que arregló que la Fiscalía no siguiera el caso de oficio? ¿O que no hubiera investigación cuando masacraste a ese guardia en el orfanato?

Vega duda por un momento. Siente que algo se revuelve en sus entrañas. Sabe lo que El Ruso está a punto de decirle, pero no quiere creer que sea verdad. Aunque lo sea.

—No.

—Apenas estábamos iniciando, ¿sabes? No teníamos el equipo de profesionales que logramos formar después y *subrogabamos*, por decirlo de alguna manera, algunos de los trabajos. Los trabajos menores, los que tenían que ver con gente —la mira directamente antes de decir la última palabra de la frase— insignificante.

—Cállate —ordena Vega, pero El Ruso no está dispuesto a hacerlo. Sabe que la herida en su estómago es mortal y pretende llevarse una última satisfacción antes de irse.

—Se suponía que solo iban a matar a tu padre ¿sabes? Y tenía que hacerlo parecer un robo que salió mal. Es curiosa la cantidad de clientes que piden eso, como si fuera el plato principal en el menú. Al menos el idiota contratado por Martínez hizo bien esa parte, pero después cometió la estupidez de llevarse a tu madre. Maldito pendejo.

—¡Dije que te calles! —Vega amartilla su arma y El Ruso sonrío al ver su mano temblando.

—A Martínez le tomó cuatro días encontrarlo. A él y a los otros idiotas que se le unieron para violar a tu madre. Los mató y lo hizo parecer una pelea entre ellos. Lamentablemente para tu madre no podía saber qué había visto o escuchado, así que tuvo que matarla a ella también. La ahorcó con sus propias manos. Me dijo cuáles fueron sus últimas palabras, ¿quieres oírlas?

Bravo se adelanta sujetando su arma por el cañón, dispuesta a darle un golpe a El Ruso para callarlo, pero Vega extiende su mano, indicándole que se detenga.

—*Selene. Mi Selene* —Dice El Ruso mostrando una sonrisa con los dientes manchados de sangre—. Esas fueron las últimas palabras de tu madre. Aunque en realidad no tenía ningún sentido que ella le pidiera a su asesino

que cuidara a su hija y solo estaba delirando mientras se le escapaba la vida no pude convencer a Martínez. Lo tomó como un ruego y te cuidó desde entonces. Aún en el orfanato, aún después de que saliste y por lo que veo, aún cuando le ordené que te matara. Martínez no fallaba, ¿sabes?

Una lagrima baja por el rostro de Vega. La primera lagrima derramada en alrededor de un año.

—Patética —espeta El Ruso mientras escupe sangre—. Patética como él. ¿Vas a terminar lo que empezaste?

Selene se limpia la lagrima con el dorso de la mano izquierda mientras aprieta la pistola con la mano derecha. Bravo se adelanta y la mira directo a los ojos.

—Selene, no lo hagas. Solo míralo, mira cómo vive, mira a lo que está acostumbrado. Vivir en prisión será peor castigo que la muerte. Tenemos suficiente para asegurar una cadena perpetua.

—¿De verdad lo crees? —contesta Vega ante la risa de El Ruso—. Con todo el dinero que tiene, con su nombre, su reputación, con las obras benéficas, con los políticos que de seguro tiene en la bolsa, ¿de verdad crees que será sentenciado a prisión?

—Tengo que creerlo. El sistema está podrido, es cierto, pero tenemos datos, nombres, fechas. Te tenemos a ti.

—Aún si ocurriera, aún si lo condenaran, ¿cuánto tiempo crees que pasaría antes de que fuera el rey de la prisión? No, comandante, los hombres como él saben cómo poner a otros hombres a su servicio.

—Deja el arma, Selene.

—Teníamos un trato, comandante.

—Eres una ilusa si crees que lo van a poner tras las rejas.

—¡Deja la puta pistola, Selene!

El Ruso las mira divertido. La sonrisa se convierte en carcajadas.

—Eso, mátense entre ustedes. Asesinas o policías, cómo sea, para mí siguen siendo un maldito par de perras estúpidas.

Las dos mujeres suben su mano armada al mismo tiempo, pero solo una tiene verdadera intención de disparar. El estruendo llena la habitación una fracción de segundo antes de que el caliente trozo de plomo encuentre su objetivo.

Epílogo

Un día más

Martes, 05:25 A.M.

Se levanta de la cama cinco minutos antes de que suene la alarma como siempre lo ha hecho. Se sienta en la orilla del colchón y comienza a tallarse los ojos con ambas manos, con la falsa creencia de que eso la ayuda a despertar, aunque solo consigue irritarlos un poco.

Al retirar las manos de su rostro le sonrío a la mujer que ve en el espejo. Nunca le ha quedado claro el motivo por el que lo hace, pero se ha convertido en parte de su rutina desde que salió con vida de la casa de El Ruso.

Un día más para seguir viva, piensa.

La ducha que toma no es excesivamente larga y el tiempo que ocupa para arreglarse tampoco. Sale de su habitación y se dirige a la cocina, guiada por el olor de café que despide la cafetera automática previamente programada.

Enciende el televisor y escucha las noticias del noticiero matutino con el mismo tema que ha estado dominando la agenda de los medios de comunicación.

—El Embajador Especial de Kazajistán realizó otra protesta pública ante los nulos resultados y lo que calificó como falta de compromiso de las autoridades mexicanas por resolver el homicidio del empresario y filántropo Bolat Vyagorov —narra la presentadora de noticias—. Como recordarán, el ciudadano kazajo fue encontrado sin vida y con dos disparos en su domicilio particular hace más de siete meses.

La imagen en la pantalla hace un corte para dar paso a un sujeto alto, delgado y tan rubio que parece no tener cejas sobre los ojos. Se puede ver la molestia en su rostro y casi se pueden sentir los escupitajos en cada una de sus palabras, hablando español con un acento que dificulta entenderlo.

—Lo que pasó con nuestro compatriota es un insulto y una muestra de la falta de estado de derecho que impera en este país. Bolat se entregó en cuerpo y alma a esta patria como si fuera la suya. Pudo irse cuando hizo su fortuna, o al menos mantener un bajo perfil, disfrutar de su riqueza ganada honestamente sin necesidad de figurar en público, pero en lugar de eso

decidió regresarle a la sociedad. Hay decenas de escuelas que fueron creadas gracias a él, sin contar los hospitales en lugares que no contaban ni con doctor ¿y cómo se lo pagan? Ejecutándolo de una forma por demás cobarde.

—¿Ejecutándolo? Entonces ustedes rechazan la versión oficial de que pudo tratarse de un intento de robo o un intento de secuestro que no prosperó? —pregunta una reportera en el lugar de la entrevista.

—¡Por supuesto que rechazamos esa versión y además la encontramos insultante! El señor Vyagorov recibió dos disparos, de diferentes calibres. Evidentemente realizado por dos personas distintas. Además quienes lo mataron no se llevaron absolutamente nada de valor. No señorita, eso no fue un robo, fue una ejecución.

—¿Y ustedes saben o sospechan de algún motivo? ¿Quién podría quererlo muerto?

—Eso lo tiene que investigar la Policía Mexicana —contesta el embajador—, pero no parece que tengan ganas de hacer su trabajo. Ni siquiera con la entrada del nuevo presidente parecen estar dispuestos a dejar de ser mediocres.

La imagen vuelve a la presentadora del noticiero, junto con un *banner* que avisa de una noticia de última hora.

—Tenemos información de primera mano. La Policía Capitalina reporta el hallazgo del cadáver del joven Iván Techellea, de solo 14 años de edad. El hijo del empresario textil había desaparecido desde la tarde ayer, al salir de la escuela y aunque las autoridades sospechaban inicialmente de un secuestro, los nuevos informes indican que posiblemente fue asesinado en las primeras horas de su desaparición.

Toma su teléfono celular y abre la aplicación de mensajería *Telegram* asegurándose de que la opción de eliminar mensaje leído esté activada.

El chico Tellechea, teclea rápidamente. *Solo dime que no tuviste nada que ver con eso.*

En cuestión de segundos, una animación muestra el mensaje convirtiéndose en basura y desapareciendo, como prueba de que ha sido leído.

Sabes que no trabajo con niños, es el mensaje que también desaparece en cuanto lo lee.

Da la respuesta por buena y presiona el botón lateral de su *smartphone* para oscurecer la pantalla. Está a punto de ponerlo sobre la mesa pero la vibración en su mano y el *display* encendido de nuevo le dicen que ha llegado

otro mensaje.

La comandante de la División de Investigaciones Especiales sonríe al leer el contenido.

Y odio a los malditos que s  lo hacen. Inv tame a comer y te digo cómo puedo ayudarte a atraparlos. O lo que quieras que hagamos con ellos.

FIN

Nota del autor

Bueno, hemos llegado al final.

Primero que nada quiero darte las gracias por llegar hasta aquí, no es fácil confiar en un autor desconocido y mucho menos leer todo hasta el final. Si lo hiciste, espero que haya sido porque encontraste una historia entretenida, porque a fin de cuentas, ¿de qué demonios sirve una novela si no entretiene?

En pocas palabras y aunque suene a cliché o a frase hecha, si te divertiste leyendo esta historia al menos la mitad de lo que yo me divertí escribiéndola, entonces estoy más que satisfecho.

Las Mujeres Muertas No Lloran es mi primera novela como tal; antes de ésta solo había publicado dos eBooks de relatos policíacos bajo el nombre **De Histerias Cortas** cuyos enlaces, si te interesan, puedes encontrar en la última página de este libro.

Este es mi primer esfuerzo por escribir algo un poco más largo. Cuando era solo una idea trataba de la historia de Selene Vega y nada más. La comandante Julieta Bravo era un personaje secundario sin mayor peso en la trama, pero en cuanto comencé a escribirla me gritó que ella también debería ser protagonista y ¿ustedes discutirían con una comandante de Policía armada?

Yo tampoco. Así es como se convirtió en una historia de dos y me alegro que lo haya hecho.

¿Hay más historias de Bravo en el futuro? ¿O de Vega? Tal vez, ideas no faltan, pero necesito que tú me ayudes con eso.

Si te gustó esta historia me atrevo a pedirte que me ayudes comentando en tus redes sociales o incluso compartiendo el enlace de descarga. Los escritores independientes no tenemos un equipo de publicidad detrás de nosotros y las menciones de boca en boca, o de post en post, son lo mejor que puede pasarnos para ayudarnos a seguir escribiendo.

De hecho, tanto si te gustó esta historia como si no lo hizo, me encantaría saberlo, por lo que reitero a tu disposición mis cuentas de redes sociales y mi correo electrónico para recibir cualquier clase de comentario, bueno, regular o malo.

Mail: eldaniloluna@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/ElDaniloLuna>

Twitter: <https://twitter.com/eldaniloluna>

Pero sobre todo te pide que me ayudes, si tienes posibilidad de hacerlo y si así lo deseas, con una reseña en la misma página de la novela en Amazon para que otros lectores puedan saber qué esperar y decidan si vale la pena dar una oportunidad a la historia de Vega y Bravo.

De antemano, muchas gracias y nos vemos en historias posteriores.

Danilo Luna
Enero de 2019

Otras obras del autor

De Histerias Cortas, Volumen I

<https://www.amazon.com/dp/B07GHSV5YB>
<https://www.amazon.es/dp/B07GHSV5YB>
<https://www.amazon.com.mx/dp/B07GHSV5YB>

De Histerias Cortas, Volumen II

<https://www.amazon.com/dp/B07JMZNCCV>
<https://www.amazon.es/dp/B07JMZNCCV>
<https://www.amazon.com.mx/dp/B07JMZNCCV>

*Promoción permanente: Compra un volumen de De Histerias Cortas, cualquiera de los dos, envía una captura de pantalla de la confirmación de compra a eldaniloluna@gmail.com y te mando el otro volumen en formato ePub completamente gratis.